

ESTEBAN NAVARRO

EL LODO MÁGICO

Vive la aventura



Lectulandia

Un anciano le cuenta a su nieto una historia acerca de un lodo mágico que es capaz de curar cualquier enfermedad y que solo existe en un lugar llamado Belsité. El lodo actúa por contacto y tan solo hay que aplicarlo sobre la parte del cuerpo enferma para que surta efecto. El nieto del anciano le cuenta la historia a dos amigos del colegio y los tres se embarcan en una aventura para localizar el lugar de la montaña donde se halla el lodo y averiguar si la historia del anciano es cierta.

Lo que en un principio parecía un viaje carente de complicaciones, se transforma en una odisea donde los tres amigos tienen que quitarle la pipa a un Menuto (un duende de la montaña) y sortear una serie de pruebas como subir a un tren fantasma y buscar una rana alada fabricada en bronce. Los tres amigos tienen que viajar a poblaciones como Huesca, Caravaca de la Cruz, Murcia o Ávila, buscando diferentes objetos que necesitan para encontrar el lodo.

Lectulandia

Esteban Navarro

El lodo mágico

ePUB v1.0

Jianka 01.10.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *El lodo mágico*
Esteban Navarro, 2012.

Editor original: Jianka (v1.0)
ePub base v2.0

Al niño que todos llevamos dentro.



—1—

A modo de prólogo

Siempre se relataron, con mayor o menor acierto, con mayor o menor entusiasmo, historias acerca de prodigios que se creyeron mágicos. Pasajes de un pasado próximo,

al que la lógica y la ausencia de imaginación los borró de la memoria colectiva y los desvaneció de la mente infantil. Los vaporizó de la quimera más ancestral, de la cuna de los miedos, de los fantasmas que pueblan los sueños en las frías y solitarias noches de los inviernos gélidos. Y no es que esos hechos fuesen mágicos en sus inicios o cuando ocurrieron, sino que se les dotó de esa magia en el transcurrir del tiempo y a medida que fueron cuajando como acontecimientos inexplicables. Historias acontecidas en pueblos. En ciudades pequeñas. Historias que con el transcurrir de los años se transformaron en leyendas y donde cada uno de sus improvisados trovadores las dotó de una pizca de misterio, de un residuo de sus propias creencias y procuraron llenar cada uno de esos huecos, de la narración, con sus propias aportaciones.

Con el paso del tiempo esos cuentos perdieron fuelle y empezaron a creerse inventados, inconcebibles. Pensaron que nunca ocurrieron, que era del todo imposible que fuesen ciertos. Los desprovieron de su magia...



—2—

Jueves 29 de octubre

El graznido de una manada de patos logró, por unos instantes, distraer a Alberto de la ilustrativa asignatura del profesor don Luis. Era justo lo que el chico necesitaba:

un inicio de lapsus para divagar su atención fuera de la clase de historia.

A Alberto siempre le ocurría igual. Unas veces empezaba con los patos, que asolaban los ventanales de la escuela con sus estridentes graznidos. En otras ocasiones eran las moscas, las que forzaban su mirada en localizarlas revoloteando por encima de los pupitres. En alguna ocasión fueron las arañas del polvo las que buscaron su atención. Y hasta el jardinero, rastrillando las hojas caídas de los árboles del patio, desplazaron los ojos de Alberto a través de los grandes ventanales.

Y finalmente...

—¡Alberto! —gritó don Luis— ¿Qué es lo último que he dicho?

Ya hacía un buen rato que el profesor más emblemático del colegio Santa Ágata de Osa se había percatado de la ausencia cerebral de Alberto. Enérgico, clavó sus ojos en el niño mirándole por encima de sus gafas cuadradas y de cristales oscurecidos.

—Pues... —dudó un instante Alberto— Mire don Luis, estaba usted diciendo que...

De nuevo lo había vuelto a pillar despistado. Por enésima vez en esa mañana otoñal. El niño agotó las increíbles excusas de ocasiones anteriores, así que optó por no decir nada. Miró con complicidad a Andrés, el compañero que se sentaba justo a su lado. Lo observó escrutándole para ver si mostraba alguna señal que le permitiera averiguar de qué trataba la clase de historia. Por lo menos antes de que el maestro se enfadara y soltara una, de sus ya conocidas reprimendas, por la constante falta de atención en la asignatura. Buscó en los ojos de su compañero alguna pista, algún vestigio. Algo que le indicara cual era el tema de hoy.

Pero Andrés no dijo nada. No podía, ni siquiera, musitar palabra alguna sin que el profesor se diese cuenta. Su compañero no quiso implicarse y optó por el silencio.

—¡Lo imaginaba! —clamó don Luis, elevando el tono de voz y visiblemente irritado—. Siempre pensando en las musarañas, eternamente divagando, ausente de forma perpetua...

El resto de compañeros sonrieron al principio y luego soltaron una estruendosa carcajada.

—Haz el favor de aterrizar inmediatamente y sentarte en tu silla Alberto —abroncó don Luis, mientras andaba de un lado hacia otro de la tarima con las manos cruzadas detrás de la espalda y refunfuñando palabras incomprensibles.

Pero su mirada se pausó y su rostro no pudo evitar tornarse afable. Todos los alumnos lo conocían. Sabían que don Luis estaba ejercitando el papel de profesor duro, pero que en el fondo era un buenazo. Siempre lo había sido. Alberto escuchó de fondo las risas de los compañeros de aula: diez chicos y ocho chicas. No se ofendió. Era obligado reconocer que don Luis tenía razón, él era un despistado y necesitaba bien poco para distraerse con cualquier cosa. Es la aflicción que tenían que soportar

los soñadores. Un sinfín de pesadumbres y penalidades, aderezadas con una pizca de mala conciencia, por no ser como los demás, por no seguir el ritmo marcado por el entorno. Incluso entonces, metido en medio de una amonestación del profesor, era incapaz de mantener la atención. Se abstraía. Y solamente el creciente bullicio, provocado por la algarabía de sus compañeros de clase, fue lo que le hizo retornar al pupitre y percibir los ojos abiertos, hasta casi salirse de sus cuencas, del maestro de historia.

El profesor don Luis era muy querido en Osca. De hecho, como casi todos los alumnos, nació en esa ciudad y conocía a todos los padres desde que éstos eran unos niños. No era excesivamente viejo, a pesar de aparentar más edad de la que realmente tenía. Una larga enfermedad degenerativa le obligaba a plasmar su vigoroso temperamento con los escolares, cuando éstos no atendían en clase. Aunque todos sabían que era por el bien de ellos, que su mal carácter era fingido y que el buen profesor se esforzaba en parecer un ogro de ojos hinchados para provocar un miedo que nunca tendrían sus estudiantes. No podía evitar deslizarse una sonrisa por debajo de su boca, ni bajar el tono de voz cuando advertía que algún alumno se atemorizaba con sus reprimendas y se daba cuenta de que se había, quizá, extralimitado con el rapapolvo. Don Luis siempre les estaba diciendo que lo único que quería era hacer de ellos es que fuesen hombres de provecho, de prepararles para afrontar la vida que les esperaba ahí afuera.

Mientras Alberto se distraía de nuevo, vio a don Luis haciendo aspavientos con los brazos y paseando de un lado a otro de la tarima, golpeando la pizarra con los nudillos de la mano. Pero el chico no lo escuchaba. Sus oídos permanecían cerrados como una concha marina ante las inclemencias del mar. Era como si viera al profesor en una película de cine mudo.

Y finalmente, el estridente y retumbante sonido de la sirena anunciando el final de la clase fue su salvación. Como siempre.

Ordenadamente salieron todos los alumnos al pasillo. El profesor se entretuvo en meter sus cosas en una carpeta de piel marrón.

—Vaya bronca te ha metido Alberto —le dijo, riéndose, su compañero Andrés, mientras arrancaba con los dientes trozos de una estirada tira de regaliz.

—También me podías haber echado una mano y soplarme acerca de lo que hablaba don Luis —le censuró.

Alberto reconoció que era un reproche injusto hacia su compañero de pupitre pues sabía que Andrés le ayudaba siempre que le era posible y en más de una ocasión le había sacado de los devaneos de su soñadora mente.

—Yo tampoco prestaba demasiada atención... ¿sabes? —respondió Andrés con un tono de voz que sonó a disculpa.

—¡Serás! Tú no necesitas estar pendiente de nada Andrés —le dijo—. Con un poco que escuches es suficiente.

Andrés era un alumno ejemplar, casi modélico. Era un entendido en todo lo referente a la electrónica, informática, técnica y cualquier tipo de ciencia. Siempre estaba construyendo aparatos con bobinas, cables o imanes. Le apasionaba inventar. En una ocasión llegó a armar un radio transistor y todos los de la clase estuvieron escuchando una emisora árabe. Se quedaron perplejos cuando de aquella caja de zapatos, atada con cuerdas y unos cuantos trozos de esparadrapo, surgieron, por unas improvisadas ranuras laterales, voces inteligibles y cánticos islamitas. En otra ocasión trajo a clase de ciencias unas gafas a las que había equipado con unos limpiaparabrisas en miniatura. En la base de una de las varillas incrustó, quemando el plástico, una pila alcalina de voltio y medio, con la que alimentaba las pequeñas escobillas que limpiaban los cristales de las gotas de lluvia. El profesor casi se muere de risa y algunos de sus amigos enmudecieron al observar la capacidad de inventiva de Andrés. Sin ninguna duda era de los alumnos más aventajados de clase, su capacidad de estudio era única y su inventiva imprevisible e infinita. Le bastaba echar una ojeada a cualquier libro de la asignatura que fuera, para quedarse con todo. Era incluso capaz de memorizar párrafos enteros en muy poco tiempo, llegando incluso a recitar diez hojas seguidas de la vida de *Felipe II*, sin apenas entretenerse en tragar saliva.

A pesar de todo, Andrés no era el típico empollón sabelotodo, que se jactaba de su facilidad para los estudios y se apartaba del resto de compañeros de clase como un anacoreta, meditabundo y aislado del mundo que lo rodea. Nada de eso. Andrés era un buen amigo tanto dentro del colegio, como fuera de él. Además, para envidia del resto de estudiantes, era un excelente deportista. Una paradoja de la naturaleza que mezclaba la inteligencia mental y la fuerza física, algo que la sabiduría popular desechaba por imposible y que tiraba por tierra a los acérrimos defensores de que un chico listo no puede ser atleta y de que un gimnasta no puede ser inteligente. En Andrés se aunaban ambas cualidades y se repartían equitativamente conformando la perfección tanto interior como exterior. Su apariencia física tenía enamoradas a la práctica totalidad de alumnas del colegio. Era alto, medía un metro ochenta; que para un chico de quince años es mucho. Delgado y fornido. Ojos azules y cabello rubio ondulado. Una barbilla americana, con forma cuadrada y marcando los huesos de la mandíbula. Nariz alargada, tipo griego.

—¡Ja! Menos mal que no me preguntó a mí —dijo Andrés, mientras soltaba una enorme risotada, dejando ver su enorme boca de dientes perfectamente alineados.

Y es que a Andrés le gustaba hacerse el mártir y aparentar que también lo hubieran podido pillar desprevenido en clase. Siempre lo decía, pero la verdad, nunca le habían hecho una pregunta que no hubiese sido capaz de responder. Cualquier

profesor, de cualquier asignatura, lo utilizaba como baza a la hora de solventar los problemas que pudieran surgir en una rueda de preguntas. Pero a él le gustaba sentirse humano y errar como los demás.

—Hubiéramos repartido el rapapolvo —le comentó Alberto, mientras que él no paraba de carcajear, mostrando la lengua negra por el exceso de regaliz.

Andrés y Alberto eran amigos desde niños. Sus padres se conocían, también, desde hacía muchos años. Antes de nacer Andrés y Alberto ya habían trabajado juntos en la vendimia francesa y habían quedado en varias ocasiones para ir al cine o para comer. Los chicos solían estudiar y jugar juntos. Los domingos por la mañana iban al parque de Osca a pescar ranas en el río, andar por las arboledas o pasear por el pantano. También daban largas caminatas por la dehesa. Y por las tardes frecuentaban el único cine del pueblo, y si la película que pasaban era interesante, entraban a verla. En caso contrario, volvían al parque, donde caminaban y charlaban hasta que los atrapaba la noche. En cualquier caso, con Andrés nunca faltaban los temas de conversación y ambos se enfrascaban en largas e interminables charlas sobre cualquier tema, por embrollado o enmarañado que fuese.

Pero lo que más les gustaba a los chicos era soñar. Y con quince años, recién cumplidos, imaginaban no hacerse mayores para no separarse nunca. Les gustaría ser como *Peter Pan* y perpetuarse para siempre en el *País de Nunca Jamás*. Quedarse allí, en Osca, al lado del pantano y observar como pasaba el tiempo ante sus ojos. Ver como las aves migratorias venían cada año y se posaban en los frondosos árboles del parque. O como la estación esperaba paciente la llegada de los trenes.

Un día, Andrés le dijo a Alberto:

—Cuando tengamos novias dejaremos de vernos tanto.

Era una visión catastrofista del mundo de los adultos, pero posiblemente se ajustaba más a la realidad que otras perspectivas más idílicas. Por su parte Alberto le replicó que no tenía porqué ser necesariamente así, que aunque cada uno tenga su vida, podían quedar de vez en cuando para charlar, hacer deporte o ir al cine; incluso salir juntos con sus respectivas parejas.

—Sí, pero para eso se tienen que llevar bien las novias entre sí.

—¿Y por qué no?

—No sé, lo malo es que tengamos que discutir por las chicas.

Ciertamente estaban hartos de ver películas donde la trayectoria de la vida del protagonista se desviaba por culpa de alguna mujer. El criminal que había conseguido el botín de su vida y que se encontraba en la frontera con Nuevo México, a punto de cruzar a la salvación, de repente detenía el coche y viraba ciento ochenta grados para regresar a buscar a la chica. Lo que no sabía es que en esa casa de madera, siempre al lado de las vías del tren, siempre con las paredes desconchadas, le esperaban un puñado de coches de la policía estatal, y el ingenuo y enamorado fugitivo terminaba

sus días en la cárcel del condado. Eso sí, contento de haber hecho lo correcto e intentar fugarse con la chica; aunque ésta le hubiera traicionado. ¡Ay, el amor! lamentaban los dos amigos, con vergüenza ajena. Lucharían por llevarse a la más guapa, aunque Alberto sospechaba que la más guapa siempre sería para Andrés.

Alberto, el soñador, media un metro setenta y tres, tenía los ojos de color marrón, el cabello negro y liso, delgado y fuerte, barbilla redonda y boca fina y pequeña. Cuando paseaban los dos juntos: Andrés y Alberto, las chicas de su misma edad los miraban e incluso a veces les echaban algún piropo, cosa que hacía que Andrés se sonrojara sobremanera. Esa previsión le hacía ruborizarse incluso antes de llegar a pasar delante de las chicas. Era algo similar a lo que ocurría con el experimento del perro al que cada vez que le llevaba comida su cuidador, el animal salivaba. Llegando a crear tal relación entre la entrada del cuidador con la comida y el pobre perro, que con sólo abrir la puerta para acceder a la perrera, el animal babeaba y la boca se le hacía agua. Así que Andrés se sonrojaba incluso cuando paseaba por el parque y veía a lo lejos dos chicas del colegio, sentadas en algún banco y hablando de sus cosas. No era, ni siquiera, necesario que lo miraran, solo con que él las viera era suficiente para activar su rubor.

—¿Vamos a casa de Juan para ver que está haciendo? —le preguntó Andrés.

—Ok —replicó Alberto, sin pensárselo dos veces.

Juan era un amigo común de los dos. Eran buenos compañeros, pese a que él no iba a la misma clase que Andrés y Alberto. Aunque buen zagal y de buenas maneras, no congeniaba tanto como lo hacían ellos dos. Daba la sensación de que estaba apartado del resto de alumnos del colegio, a pesar de que ellos se deshacían en intentos de entronizarlo y hacerlo partícipe de la amistad del grupo. Los demás chicos del colegio se reían de él de forma abusiva e indiscriminada por un defecto que tenía en el habla: era tartamudo. Él se daba cuenta de que eso suponía un problema a la hora de relacionarse, y aunque tenían una edad en que la crueldad de los niños se difumina y la empatía crece, lo cierto es que Juan se sentía cohibido delante de según que chicos. Y respecto a las chicas la cosa era peor, ya que su tartamudez aumentaba y era del todo imposible que pudiera entablar una conversación, mínimamente coherente, con alguna mujer. Sus padres lo llevaron a varios médicos de la capital que probaron un sinfín de terapias para curarlo, pero fueron del todo inútiles. Cada vez que se ponía nervioso se acentuaba su tartajeo y eso hacía que los ineptos de clase, como era el caso de un chico llamado Tomás, se rieran más de él, lo que creaba un círculo vicioso que le producía más atranque al hablar.

Ese chico, Tomás, era un repelente. Extremadamente delgado, pelirrojo y pecoso, ojos verdes y pelo corto; prácticamente rapado, lo que acentuaba su aspecto de malo. Su familia era muy conocida, ya que su abuelo fue un magnate de la harina. La mayor empresa de almidones de Osca era de ellos y el que tiene el dinero tiene el poder,

llegando incluso a especular que Tomás aprobaba los exámenes sin necesidad de estudiar, por el aporte económico que su padre hacía al colegio. Su padre era el dueño de una de las gestorías más importantes de la ciudad y llevaba el papeleo de muchas empresas. Así que la familia de Tomás pertenecía a la élite de los caciques, ejerciendo influencia en múltiples ámbitos, incluida la escuela.

—¿Cómo se explica, sino, que un inútil como ése pueda pasar los cursos sin apenas estudiar? —se llegaron a preguntar sus compañeros de clase.

Pero esa costumbre, importada de los americanos, de que los deportistas, por el hecho de serlo, ya aprueban los exámenes aunque no se presenten a ellos, ha derivado en un vicio que se ha enquistado entre pequeñas poblaciones y se aprueba a los hijos de los pudientes y de los caciques; aunque no sean merecedores de ello. Los profesores, presionados por el director del colegio, no quieren llevarse mal con los que en algún momento les pueden ser de utilidad. Lo que origina un círculo de favores del que difícilmente se puede salir.

Alberto, Andrés y Juan salían juntos, cuando la preocupada madre de Juan lo dejaba ir con ellos. Su madre no se fiaba demasiado de la influencia que pudieran ejercer sus amigos sobre su hijo. Su desmedido afán proteccionista no hacía más que acentuar su retraimiento, ya de por sí aparatoso. A los tres les gustaba pasar las tardes en la dehesa, junto al río, donde tiraban piedras, comían pipas, masticaban chicle, consumían regaliz y hablaban, hablaban y hablaban. Esa era la mejor terapia para combatir el tartamudeo, ya que se dieron sobrada cuenta Alberto y Andrés de que cuando Juan estaba con ellos no tartamudeaba. Alguna vez que había venido a compartir los momentos en el parque otro chico del colegio, el comportamiento de Juan ya no era el mismo: se le trababa la lengua una cosa mala. Lo que era irrefutable es que se trataba más de un problema psicológico que físico. Juan era retraído con los demás, pero cuando estaba con Alberto y Andrés se soltaba y parecía otra persona.

No ayudaba a su timidez el aspecto físico que ofrecía: bajo, medía un metro sesenta. Grueso, aunque sin llegar a estar gordo. Fuerte, también le gustaba hacer deporte. Ojos pardos. Gafas. Tez blanca. Cabello pelirrojo y rizado. Cara redonda. Nariz gruesa y boca enorme, con los dientes separados. Alberto pensaba que se avergonzaba de juntarse con Andrés y con él, por el contraste de su apariencia física en relación a ellos; aunque nunca hizo ningún comentario al respecto y, por supuesto, nunca ninguno de ellos se había referido a él como el *patito feo*, ni resaltó la carencia de atributos físicos agradables, después de todo, Andrés y Alberto eran buenos chicos.



—3—

¿Es cierta esta historia?

Esa tarde pasearon, y charlaron mientras tanto, todos juntos por el camino de la dehesa. Cansados de andar, se sentaron junto al río, donde estaban los patos y los

cisnes. La alfombra de hojas conformaba un paisaje bucólico. Alberto y Juan le pidieron a su amigo Andrés, muy dado a contar historias, que les narrara una leyenda interesante para amenizar el atardecer antes de volver a casa. Andrés era único relatando cuentos y además facilitaba tantos detalles, que siempre que iniciaba alguna fábula sus amigos no podían dejar de escucharlo. Los cisnes solían acercarse hasta donde se encontraban ellos y Alberto llegó a pensar que entendían lo que Andrés narraba con tanta devoción, no omitiendo detalle alguno de las historias con las que los distraía en las tardes de la dehesa.

—Sabéis —empezó la historia, mientras hurgaba en el bolsillo de su chaqueta para sacar un trozo de regaliz— mi abuelo pudo morir mucho antes de que llegara su hora.

Alberto y Juan se apresuraron a acomodarse al lado de Andrés y desearon que nada ni nadie los interrumpiera para no cortar el hilo de la historia que iniciaba en esos momentos.

—Siendo aún joven y con pleno apogeo, físico y psíquico, cogió gangrena en un pie. Se la diagnosticaron justo después de volver de un ascenso al Himalaya. Allí subió con un reducido grupo de escaladores, amigos de él, y estuvieron perdidos varios días hasta que fueron rescatados en unas condiciones pésimas. Consiguieron su objetivo pero el frío les pasó factura a todos y pagaron caro el haberse enfrentado a la naturaleza en su propio terreno.

A Andrés le gustaba recrearse en las historias que narraba y se regocijaba sin ningún tipo de miramiento en los más nimios detalles, por insignificantes que fueran. Eso le daba más realce a sus palabras y la atención prestada por sus amigos era esclava de su dicción.

—Sufrió una severa congelación en los dedos de ambos pies. El izquierdo lograron salvarlo tras mucho esfuerzo, pero el derecho no quedaba más remedio que cortarlo antes de que la necrosis se le extendiera por la pierna y fuera demasiado tarde.

Alberto y Juan suspiraron.

—En aquella época solo existía una forma de parar el avance putrefacto de la gangrena...

Andrés se detuvo y miró a Juan invitándole a terminar la frase.

—Cortando el pie —dijo Juan sin tartamudear, pero dudando de su respuesta.

—Así es, pero mi abuelo se negó rotundamente y no quiso someterse a la operación aún a riesgo de perder la vida.

—Era testarudo —afirmó Juan.

—¡Qué fuerte! pero si al final no murió de gangrena —exclamó Alberto.

Andrés le solicitó con la mirada a que se explicara.

—Mi padre me dijo en una ocasión que tu abuelo murió de muerte natural, es

decir: de viejo.

—Sí, ya sabes que falleció años más tarde de muerte natural —objetó Andrés de forma coherente, mientras se llevaba a la boca un trozo delgado de regaliz.

—¿Entonces qué ocurrió? —replicaron Alberto y Juan al mismo tiempo.

—Dejadme que os cuente la historia ya. Impacientes —observó Andrés.

Andrés imprimía tal intriga en sus cuentos que se hacía difícil poder esperar al desenlace de los mismos.

—En aquella época mi abuelo estaba casado con su primera mujer: María del Mar. Y tenían dos hijos: Andrés, mi padre, y Sonia, mi tía. Los fines de semana acostumbraban ir al pantano de *Belsité* acompañados de amigos. Allí hay un embalse de principios de siglo, que por motivos que se desconocen no funciona como tal, es decir, que tuvieron que hacer otro más nuevo y éste quedó como monumento y zona de interés paisajístico. Bueno, la verdad, es que creo que la obra original tenía fugas; el terreno es muy poroso, y no consiguieron retener el agua para el embalse, así que abandonaron la obra a medio hacer y empezaron otro pantano unos kilómetros más abajo.

—Es verdad, yo fui una vez con mis padres —dijo Juan reforzando la historia de Andrés, mientras se colocaba bien las gafas, arrastrándolas desde el puente de las mismas, hasta la base de la nariz.

—Sí, está en la zona alta de Osca, justo después de Guísar —corroboró Andrés, señalando hacia la dirección donde estaba el embalse.

—¡Sigue contando! ¿Qué pasa con ese pantano? —animó a que prosiguiera con la interesante historia, mientras abría una bolsa de pipas saladas.

—Bien, mi abuelo no les refirió nada a su mujer ni a sus hijos sobre la gangrena, más bien les dijo que ya estaba curado, que sólo había sido una congelación leve de los dedos del pie y que se pudo sanar con una medicación adecuada que le recetó el médico del pueblo. Se lió una media elástica bien apretada para que no se viera la putrefacción del pie y aguantó el dolor como pudo.

—¿No les quería preocupar? —preguntó Alberto.

—Igual pensó que no era gangrena y que solamente se trataba de una herida provocada por el frío —interrumpió Juan—, ya sabéis que el frío puede quemar y el calor puede helar llevado al extremo...

—Ssssssch —siseó Andrés para que callaran y le dejaran seguir con la historia—. Mi abuela se encargaba de preparar la comida. Se esmeraba en ello y dedicaba la noche anterior a elaborar los más succulentos manjares que hacían las delicias de todos los excursionistas. Lo metía todo en canastas de mimbre, junto con manteles, cubiertos y utensilios para pasar una jornada en el campo. Al día siguiente se desplazaban todos hasta allí en un viejo Citroën Pato...

—¿Citroën Pato? —preguntó Juan extrañado, anticipándose a Alberto, que justo

iba a formular la misma pregunta.

—Sí, es un coche parecido al "*dos caballos*", pero más viejo y grande. Antiguo. Fue muy popular en los años treinta, también era conocido con el nombre de *Stromberg*.

—A mí siempre me han encantado los coches viejos —dijo Juan.

Alberto asintió con la cabeza.

—¿Viejo? —preguntó Andrés serio.

—Bueno, perdona —se disculpó al darse cuenta de la ofensa infringida—. Quise decir antiguo.

—Viejo, antiguo... ¡qué más da! —dijo Alberto— son sinónimos que vienen a decir lo mismo.

—Pues no señor —rebatía Andrés—, aunque creas que son palabras equivalentes, la verdad es que hay pequeñas diferencias.

—¿Explícate?

—Algo viejo es algo que tiene muchos años y que está deslucido, estropeado. Sinónimos de viejo podrían ser: ajado, decrepito, o incluso trasnochado. Pero antiguo es otra cosa amigo Alberto, antiguo encajaría más en tradicional, añejo, vetusto.

Andrés tenía un increíble dominio del lenguaje y conocía un amplio abanico de palabras que la mayoría de personas apenas utilizaban. Alguna vez había contado que una de sus lecturas preferidas era precisamente esa: el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española.

—Además —añadió—, los sinónimos no existen realmente.

—¿No? —preguntaron los dos al mismo tiempo.

—Pues no, porque los sinónimos deberían ser dos formas de nombrar la misma cosa y lo que hacen realmente es nombrar cosas parecidas.

—Pon un ejemplo Andrés que no te acabo de entender —le dijo Alberto.

Juan se encogió de hombros.

—Veamos —cogió aire para hablar—, la palabra camino y sendero podrían pasar por sinónimos, ¿es así?

Los dos amigos asintieron con la cabeza.

—Según el diccionario un camino es una vía de tierra por donde se transita habitualmente o la dirección que ha de seguirse para llegar a un lugar.

—Correcto —dijo Alberto.

—Y un sendero es, siempre según el diccionario, senda o camino pequeño y estrecho. ¿Veis la diferencia? ¿Se puede decir entonces que son sinónimos camino y sendero?

Ya conocían a Andrés desde hacía tiempo y sabían de su especial inclinación a confrontaciones dialécticas de difícil término. Hubiera sido de todo estéril el alargar más los ejemplos que a buen seguro les pondría acerca de las diferencias entre

palabras que pasaban por sinónimos y que realmente no lo eran. Decidieron claudicar y darle la razón para que continuara con la historia de su abuelo. Empezaba a estar en un punto interesante.

—Bueno —siguió narrando—, una vez en las arboledas del pantano, mi abuelo aparcaba el coche, y mi abuela y mi tía Sonia, extendían el mantel y sacaban la comida de los cestos. Mi abuela era muy maniática con las hormigas y siempre buscaba un sitio libre de hormigueros y de piedras, bajo las cuales, según ella, siempre se escondían los escorpiones.

—¿Escorpiones en Belsité? —preguntó Juan.

—No, en esa región no hay escorpiones, pero el padre de mi abuela murió de una picadura de uno, y desde entonces les había cogido auténtico terror.

—Sigue —le animó Alberto.

—¿Por dónde iba?

—Decías que aparcaban el coche y extendían el mantel en una zona libre de hormigueros y de piedras...

—¡Ah! Ya recuerdo. Bueno pues se sentaban todos en círculo, alrededor de los manjares preparados por mi abuela. Comían, charlaban, reían y explicaban anécdotas e historias de cuando eran pequeños. Fábulas de fantasmas y de espíritus del más allá que volvían para atormentar a quienes les hicieron daño o bien para alegrar a aquellos que los quisieron cuando aún estaban en vida.

—Que buena forma de pasar un día de fiesta —dijo Juan.

—Sí, la verdad es que nuestros padres se divertían más que nosotros. El hecho de tener menos avances tecnológicos les hacía ser más felices y disfrutaban mejor de los ratos de ocio. Yo aún recuerdo como mi familia sacaba las sillas a la puerta de casa en verano y se juntaban con el resto de vecinos e iniciaban tertulias eternas hasta altas horas de la mañana mientras que nosotros jugábamos en la calle...

—Ahora eres tú el que interrumpes —recriminó Juan con razón.

—Es verdad, no me había dado cuenta. Sigue Andrés, por favor.

—Mas tarde, si la temperatura lo permitía, se bañaban todos en las pozas de Belsité.

—¿Y el pie de tu abuelo? Los demás verían la gangrena.

—Mi abuelo procuraba que nada hiciera presagiar lo que le ocurría en el pie. Se bañaba el primero, zambullendo los pies en el agua nada más quitarse los calcetines y no salía hasta asegurarse de que nadie le veía. Además, aprovechaba el abundante barro de las pozas para cubrirse la herida y simular que era fango seco lo que adornaba sus tobillos.

—¿Tuvo que ser duro para él, verdad? —preguntó Alberto imaginando la situación por la que pasó el pobre abuelo de Andrés.

—Ya lo creo Alberto, pero la gente de antes era así de testaruda y no se les podía

cambiar fácilmente —argumentó Andrés mientras cogía un puñado de pipas de la mano de Juan. Y es que le gustaba mezclar dulce y salado, a pesar de que le había dicho infinidad de veces de que no era una combinación muy sana. Igual que no era bueno combinar fruta y leche o carne y queso.

—Bueno, ¿cómo se curó? —preguntó Juan, con la frente empapada en sudor y sacando un pañuelo de tela del bolsillo trasero de su pantalón.

—¿Cómo sabes que se curó? —cuestionó Andrés, como si le extrañara la pregunta de Juan.

—Se supone que no murió por la gangrena... ¿verdad? Antes comentaste con Alberto que falleció de viejo —respondió Juan.

—Sí, sí, tienes razón, no me acordaba que os había dicho que murió años más tarde. Pues bien, estando allí en el pantano, después de comer y tomar café, las mujeres recogían los manteles, lavaban los platos y los cubiertos en una fuente de agua cristalina que había junto a la arboleda. Los niños, mi padre y mi tía se iban a jugar a pelota. Mi abuelo y sus amigos encendían sus pipas de madera y buscaban algún rincón tranquilo donde fumar y disfrutar del aroma del tabaco. Al lado de la alameda de Belsité pasa un río, o pasaba, bastante caudaloso. Estaba lleno de piedras y formaba una especie de poza o cenagal, donde se estancaba el agua que no corría y en el fondo de esos barrizales se formaban unas capas gruesas de lodo. Mi abuelo se sentó en una de las piedras grandes, blancas y limpias que había al lado de una de esas pozas. Fue allí, donde se encontraba descansando y supongo que meditando sobre la proximidad de su muerte o charlando con algún amigo, cuando y sin darse cuenta, resbaló, metiendo los dos pies en la charca, hasta casi la altura de la rodilla.

—Vaya faena, lo que le faltaba al pobre hombre —lamentó Alberto mientras se limpiaba las manos, sacudiéndolas, de los restos de las pipas.

—Sí, Alberto, con todo el problema de la putrefacción del pie, y el no querer contarle a su familia. Bueno, se secó como pudo, pero al verlo resbalar y oírlo maldecir en voz alta, todos se acercaron a donde se encontraba él, por lo que no pudo quitarse la media que le cubría el pie, para poderla secar y evitar que el dolor le desfigurara el rostro.

—¿Y qué dijo? —preguntó interesado Juan, mientras se enjugaba el sudor de la frente con un pañuelo.

—Pues nada, se excusó con que casi no se había mojado y que ya se secaría convenientemente en casa. Cogió su pipa de dentro de la ciénaga. La puso sobre la piedra blanca, donde había estado sentado, para que se secara al sol.

—¡Qué valiente! —exclamó Alberto.

Los dos oyentes tenían en cuenta que la historia que contaba Andrés era referente a su abuelo, a su propia familia, lo que le daba una especial credibilidad y suponían que agradecería cualquier comentario agradable referente a la valía de su abuelo y la

entereza y dignidad con la que soportó la terrible gangrena, que sin saberlo le estaba devorando el pie.

—Cuando al fin regresaron a casa, mi abuelo se encerró en el cuarto de baño y se dispuso a ver como seguía la herida del pie, para lo que tuvo que retirar la enmohecida media elástica. La despegó con sumo cuidado. No le dolía y pensó que se había entumecido de tal forma la herida que hasta los nervios se le habían atrofiado. Y cual fue su sorpresa al observar, mientras retiraba la venda que cubría la herida, que la gangrena había desaparecido completamente. Su pie se encontraba mejor que antes de la congelación. No se lo podía creer, por un momento pensó que estaba soñando. Limpió el barro que cubría sus tobillos. Pasó la mano varias veces hasta cerciorarse de que el pie estaba limpio. Y allí donde la sangre no circulaba y los tejidos de la carne se le iban destruyendo incansablemente, allí fue donde vio con asombro como su piel se había tornado rosada. Primero pensó que se había confundido de pie, que la memoria le jugaba una mala pasada y que estaba mirando la extremidad equivocada. No era posible que una necrosis de tal calado se hubiera desvanecido de esa forma, como si nunca hubiera existido.

—¡Ostras, que pasada! —exclamó Juan—. ¡Es una historia increíble!

—Ya lo sé, pero os puedo decir que es verdad, ese suceso me lo contó mi abuelo y él nunca mentía.

—¿Se lo contó a alguien más? —preguntó Juan.

—Bueno, mi abuelo no regresó al médico y mucho menos dijo nada a nadie sobre lo sucedido. Desde entonces hizo vida normal y como no era conocida su gangrena tampoco tenía que ser conocida su cura milagrosa.

—Pero a ti te lo contó, ¿no? —preguntó Alberto.

—Así es. Fue poco antes de morir que decidió contarme la maravillosa historia del lodo mágico. Supongo que necesitaba que alguien le creyese, que alguien supiera lo que el portentoso barro hizo por él y como lo rescató de las garras de la muerte.

—¿Volvió a ir a Belsité? —preguntó Alberto, interesado por la aventura que acababa de oír y mientras sacaba un paquete de chicles de fresa sin azúcar del bolsillo de la americana.

—Sí —contestó Andrés—, quería sobre todo encontrar la pipa de madera que puso a secar cuando se cayó en la charca. No se acordó de recogerla y se la dejó encima de una piedra blanca. Era difícil que pudiera hallar la cachimba, teniendo en cuenta que era mucha la gente que iba a pasar el fin de semana allí. A pesar de ir al mismo lugar donde estaba y buscarla por todas partes, nunca la encontró. De todas formas no se aproximó a la poza mágica, donde había caído aquel día.

—¿Por qué? —cuestionó Juan tartamudeando ligeramente.

—Tenía miedo, no quería que se supiera lo que le había ocurrido. Mi abuelo era muy reservado, pensaba que si la gente se percataba de lo que podía hacer esa charca,

se convertiría en un lugar de culto, se explotaría y se enriquecerían unos cuantos. Así que prefirió callar y no decir nada a nadie, sólo me lo contó a mi antes de morir, supongo que no quería llevarse el secreto a la tumba.

Las reflexiones de Andrés eran más argumentaciones en favor de su abuelo que certezas. Alberto y Juan no creyeron que el abuelo de Andrés le hubiese dicho nunca los motivos por los que guardó semejante secreto, pero el caso es que quiso contarlo a alguien antes de morir.

—Sería fantástico poder ponerme un poco de barro en mi boca y hablar bien de una vez por todas —exclamó Juan con una enorme sonrisa dibujada en su cara.

—Amigo Juan, tú ya hablas perfectamente, el problema es nervioso, mira que bien lo haces ahora que estamos solos —replicó Andrés para darle ánimos.

—Sí, pero ese lodo envasado podría solucionar muchas enfermedades y podría ayudar a mucha gente —razonó en voz alta—. No creo que la naturaleza lo haya puesto ahí para que se pudra en el olvido.

—¿De quién Alberto? De cuatro ricos que serían aún más acaudalados con la explotación del barro reconstituyente. Esa fuente es natural, y como tal debe ser finita. Seguramente se llenarían unas cuantas botellas y luego desaparecería para siempre, dejaría a mucha gente sin curar y se empezarían a comercializar un sinfín de marcas de lodo que asegurarían ser el auténtico lodo mágico de las pozas de Belsité. Habría guerras por conseguir un poco de lodo extraordinario. Figuraros, si hay disputas por un poco de petróleo, que no cura nada, que habría por una pizca de lodo, que es capaz de sanar la más aberrante de las enfermedades.

—Tienes razón Andrés, pero de todas formas tampoco sabemos si es verdad —replicó Alberto, seguro de que iba a herir los sentimientos de su amigo.

—¿Cómo? Si mi abuelo me lo contó es que es cierto. Ya sabes que él nunca mentía —objetó enfadado Andrés y sin dejar de mordisquear un trozo pequeño de regaliz, cosa que hacía con más fuerza cuando más nervioso estaba.

—Oye, si que hay una forma de saberlo —gritó Alberto de repente, pensando en la magnífica idea que se le acababa de ocurrir.

Los dos, Andrés y Juan, lo miraron perplejos.

—¿Por qué no vamos a Belsité y localizamos la poza mágica? —dijo—. No creo que sea tan difícil de encontrar y más teniendo en cuenta la suerte de detalles acerca del lugar donde se cayó tu abuelo...

Andrés y Juan lo observaron entonces con ironía.

—¿Cómo sabremos cuál es? Hay una cantidad inmensa de charcas —impugnó Juan.

—Y de rocas blancas —reafirmó Andrés.

Los dos parecían dispuestos a hacerle desistir de su idea.

—Nos podríamos hacer un corte en una mano, por ejemplo, un rasguño en un

dedo, e ir metiéndolo en todos los charcos de piedras grandes y blancas, piedras donde se pueda sentar la gente. Al encontrar la poza buena, la que sanó a tu abuelo, se nos curará la herida enseguida —manifestó Alberto, sin mucha seguridad en lo que decía.

Andrés sonrió y Juan percibió cierta inseguridad en las palabras de Alberto.

—Vale, vale, ha sido mala idea el contaros esa historia —lamentó Andrés, arrepentido por hacerlos participe del legado de su abuelo—. Pero en caso de encontrar la charca con el lodo mágico, ¿qué haremos? ¿para qué queremos el lodo? Pensad que hay que tener bien claro los objetivos de tan descabellada idea. Mi abuelo, que era una persona increíblemente inteligente, desechó la idea de utilizar el lodo. Prefirió ocultar su existencia y el lugar donde lo encontró.

—No sé, lo primero sería acertar con el sitio, luego, ya veremos... —afirmó—. ¿No os devora la curiosidad por dentro de saber si existe el lodo y el poder experimentar sus propiedades mágicas?

—La curiosidad mató al gato —vaticinó Juan.

—Sí, pero sin la curiosidad, sin la inquietud, nunca se hubiera conseguido nada —argumentó Alberto—. Recordad que los grandes avances de la humanidad han sido siempre fruto de hombres y mujeres intranquilos, preocupados por algo y fue esa quemazón interior la que les empujó a seguir adelante y a buscar respuestas. El ser humano avanza porque busca respuestas a preguntas previamente formuladas.

—¿Y tenemos esas preguntas? —dudó Andrés.

—Claro que sí —rebatía Alberto—, lo primero es saber si realmente existe el lodo mágico, ¿o acaso no tienes la imperiosa necesidad de comprobar la veracidad de la historia de tu abuelo? —le dijo desafiándolo con la mirada.

—No hace falta, ya sé que es cierta —replicó Andrés.

—Sí, algo en tu interior te empuja irremisiblemente a creer lo que tu abuelo te contó, pero en el fondo de tu ser hay una duda, una duda inquietante y normal a la inteligencia humana y es creer algo que no hemos visto. El ser humano necesita ver para creer, por eso las religiones plantean tantas dudas.

—Para eso está la fe —avaló Juan.

—Es cierto —se desesperó Alberto, al comprobar que no los estaba convenciendo—. Pero la fe es útil para casos en los que es imposible averiguar la existencia por nuestros propios medios. No podemos ir a donde está Dios y ver si existe o no, tenemos que creerlo o no, siempre basándonos en la fe. Pero lo del lodo mágico es distinto, en ese caso sí que podemos ir hasta Belsité y comprobar *in situ* la existencia de tan milagroso barro.

—¡Está bien! —exclamó Andrés visiblemente molesto—. El domingo que viene, si os parece bien a todos, acudiremos a Belsité y buscaremos el lodo mágico. Podíamos enfocarlo como una excursión de fin de semana. No creo que nos lleve más

de un día ir y volver. En caso de encontrarlo..., bueno, ya veremos —dijo mirándolos a los dos—. Nos servirá como aventura de fin de semana. Así comprobaremos si la historia que me contó mi abuelo, es cierta y si realmente existe ese fango con poderes curativos.

Juan, más parco en palabras, asintió con la cabeza.

Alberto hizo lo mismo, aunque una mueca espontánea le delató y supuso que se dieron cuenta de que pondría las objeciones que fuesen necesarias para no ir a Belsité. Ellos sabían que él sabía que ellos no querían ir. Procurarían alargar el viaje todo lo posible. La aventura de las pozas era ciertamente atrayente, pero también suponía un peligro que ni la madre de Juan, ni los padres de Andrés, estarían dispuestos a correr.

Los tres amigos se marcharon esa tarde de la dehesa con la sensación de haber experimentado algo nuevo, algo que los haría salir del aburrimiento de las clases del colegio, del traquetear diario, de los paseos al lado del pantano. Ante sus ojos se abría una inconmensurable aventura llena de esperanzas acerca de la existencia de un tesoro. Un lodo milagroso capaz de sanar la enfermedad más incurable, más mortífera. Andrés era un chico listo, el más inteligente de los alumnos de Santa Ágata. Era cierto que toda esa aventura que se avecinaba la basaban en la historia de un abuelo, que seguramente no coordinaba sus ideas en los albores de su vida y que una mala tarde de sopor delante de una estufa de leña quiso sacar de la realidad a su nieto y le contó una historia, que seguramente ya le habían contado a él, pero haciéndose pasar por el protagonista de la misma. Es posible que incluso no fuese gangrena lo que el abuelo de Andrés cogió en la pierna, igual eran unas costras endurecidas de alguna herida anterior y que el hecho de tener los pies a remojo durante un buen rato, fue lo que hizo que aquellas cortezas de los pies le cayeran al agua y que el pobre hombre lo achacara al barro. Sea como fuere, lo cierto es que la impaciencia les embargaba. La sola idea de pensar en encontrar un lugar mágico, con potestad medicinal, con propiedades sobrenaturales, parecía de cuento de hadas. Los tres hacían, a su manera, planes mentales en caso de que tuviera éxito la salida del domingo. Sin dudarlo un momento Alberto se bañaría por completo en la poza y se impregnaría con el lodo, se embadurnaría todo el cuerpo, de la cabeza a los pies. No le importaba que empezara a refrescar y que el lodo estuviera gélido. Esa enorme mancha de nacimiento que tenía en la barriga desaparecería por completo, y podría ponerse el bañador sin avergonzarse de ello. Andrés se echaría el fango por la cara, el acné es lo único que le afeaba. Y respecto a Juan, estaba claro, se pondría un poco en la garganta, su tartamudez desaparecería de inmediato y hablaría como lo hace cuando está a solas con sus amigos. También curarían al profesor de historia de esa enfermedad degenerativa que tiene en los huesos, una especie de artrosis de difícil

diagnóstico, que le hace andar agachado y de la cual los médicos de la capital lo habían desahuciado. Que tormento tenía que ser vivir con un dolor intenso que te recubre todo el cuerpo. Sentir como crujen los huesos a cada paso que das. En realidad, don Luis sería el primero en sanar, era quien más se lo merecía. ¿Qué son unos insignificantes granos, una mancha en la piel o un tartamudeo nervioso, comparado con la enfermedad del profesor de historia? Él es quien de verdad tenía que restablecerse completamente. Luego ya se les ocurriría más gente a la que sanar. Pero de momento, lo importante, lo realmente importante era encontrar el lodo mágico, el lodo que todo lo cura.



El colegio

Viernes 30 de octubre.

El viernes llegaron los tres amigos al colegio. Se guiñaron el ojo al entrar en

clase, un cuqueo de complicidad. Algo había cambiado desde el día anterior. Estaban inmersos en un cuento donde la trama principal era encontrar un tesoro. Un cuento similar al de *Robert L. Stevenson* donde había que encontrar la *Isla del tesoro* y donde deambulaban viejos piratas de pata de palo, cocineros, barriles de manzanas, doblones y la canción del ron.

—Andrés —le dijo Alberto, queriendo comentarle algo sobre el tema de las pozas de Belsité, mientras le ponía la mano encima de su fornido hombro.

—Luego Alberto, luego. Ya hablaremos a la hora del recreo —recusó mientras examinaba un puñado de libros que portaba en la mano.

El pasillo no era el lugar más apropiado para hablar de las pozas de Belsité. Juan le hizo callar con la mirada. De su interior surgía, agitado, aquel niño de ocho años que no podía evitar hablar del regalo de los Reyes Magos. Tenía una indispensable necesidad de gritar a los cuatro vientos que ellos sabían de la existencia del lodo mágico. De un barro con propiedades milagrosas capaz de curar la enfermedad más mortífera. Capaz de rescatar de los brazos de la muerte a quien se empapara de aquel lodo. Se sentía importante, singular, único. Le sabía mal que aquellos alumnos le rodearan y pasaran por su lado sin percatarse de que él conocía un sitio donde la magia era posible. Un mago *Merlín* moderno. Porque estaba bien claro que las aventuras de Merlín, de la isla del tesoro, las hadas..., todo eso era cierto, sólo había que buscarlos. Se paseaba Alberto por los pasillos de las aulas soñando, sonriendo, deseando la llegada del domingo para salir de dudas, para hallar el lugar donde se bañó el abuelo de Andrés y comprobar la veracidad de su historia. Pero en el fondo de su ego había un miedo oculto a que la proeza de llegar hasta Belsité no pudiese realizarse. Y no por su culpa, si no porque veía a sus amigos reticentes a realizar el viaje. Él también tenía miedo, sería un insensato en caso contrario, pero el afán por encontrar el lodo superaba con creces la aprensión de sufrir algún tipo de percance en el pantano.

Andrés venía caminando raudo hacia él, por el pasillo. Agachó los ojos para eludir su mirada. Sabía que Alberto era muy nervioso y que le estaba costando horrores evitar que se le notara que algo tenían entre manos.

—¿Quedamos los tres en el río esta tarde? —perseveró mirándole fijamente a los ojos.

Los demás alumnos pasaban por al lado ajenos a la conversación.

—Vale, a las seis, cuando acaben las clases —asintió Andrés con la cabeza.

—Ok. Ya se lo comento a Juan, espero que su madre le deje venir, ya sabes las pegas que pone a que venga con nosotros a la dehesa.

—Últimamente su madre no dice nada. Creo que se ha dado cuenta de que nosotros tratamos a su hijo con respeto y que nuestra amistad le proporciona más beneficio que otra cosa.

Alberto bajó el tono de voz para asegurarse de que nadie escuchaba la conversación.

—Ok —prorrumpió Andrés— esta tarde hablamos largo y tendido del tema del domingo y lo planificaremos metódicamente.

Alberto lo vio convencido y convincente. Asintió con la cabeza y cada uno se dirigió a su aula.

La primera hora del viernes siempre tocaba matemáticas. Esa asignatura la impartía la señorita Trinidad. Ya de por sí la asignatura era pesada, pero dada por esa profesora lo era doblemente. La maestra de matemáticas rondaba los cuarenta años. Achaparrada, entrada en kilos, gafas de miope; que le hacían los ojos muy pequeños, con un peinado de los que salían en las películas de los años cincuenta y una voz de pito que se clavaba en el cerebro una cosa mala. Le faltaba el dedo anular de la mano izquierda y nunca dijo como lo perdió, pero el padre de Alberto le contó que siempre la había conocido faltándole ese dedo.

Mientras apuntaba números en la pizarra, Alberto pensó si el barro mágico serviría para que recuperara ese dedo. «¿Cómo sería?». Sumergiendo la mano en el lodo y al sacarla ver que tenía el dedo completamente restaurado. «¿De verdad se puede hacer eso?». La espera de que llegara el domingo le producía un desasosiego tal a Alberto que no lo dejaba tranquilo un momento. La impaciencia le invadía por completo y las horas no pasaban y la clase se hacía insufrible. Miró por la ventana y pensó en las cosas que se podrían hacer con ese lodo. Se imaginó a él mismo deambulando por una enorme playa. Dos espigones la limitaban, y tumbada en la arena había multitud de personas de todas las edades: ancianos, niños, chicas jóvenes, señoras maduras. El sol era abrasador y una señora mayor se acercaba hasta él mostrándole unas manchas en la piel de la cara. Eccemas del tamaño de una galleta le cubrían el rostro. La señora le pidió ayuda y Alberto extrajo una cantimplora llena de lodo. Le untó la piel con sumo cuidado. Esparció el barro por su semblante. Lo extendió por la nariz, los párpados, la barbilla. La mujer sonreía. Poco a poco la piel se iba estirando. Se transformaba. Y ante su asombro se convertía en una jovencita de belleza sublime. Sus ojos se avivaban. Su pelo se alisaba y se tornaba rubio, resplandeciente...

—¡Alberto, ya estás distraído otra vez! ¿Qué estás mirando? —gritó la profesora de matemáticas, con un chirrido puntiagudo que le tachonó la cabeza.

—Señorita Trinidad, le estoy prestando atención —contestó deseando que no le preguntara nada más.

—¿De verdad? Pues entonces sal a la pizarra y completa la operación que estaba haciendo antes de que tuviese que interrumpir la clase por tu culpa.

Justo cuando Alberto se levantaba del pupitre para dirigirse al entarimado, Andrés

le sopló: 1528.

Retuvo el número en la cabeza. Lo repitió incesante. Los demás alumnos cuchicheaban a su paso. Llegó hasta la pizarra. Se detuvo delante de ella. Un montón de cifras salpicaban todo el encerado con el signo igual al final de ellas. «Ahí es donde debo poner el resultado», se dijo Alberto «a continuación del signo igual».

Se acordaba del número que le dijo Andrés. Supuso que sería ese. Y lo escribió sin dudar, rápido. 1528.

—¿Estás seguro Alberto de que ese es el resultado a la operación? —clamó con un chillido la señorita Trinidad, levantando la mano y dejando ver el hueco del dedo anular.

—Sí, profesora, creo que sí —replicó tratando de ser convincente, mientras imploraba para que realmente ese fuera el número correcto.

—¡Muy rápido lo has resuelto! —dijo— ¡borra la pizarra que te voy a poner otro! —ordenó la profesora de matemáticas, mientras lo miraba por encima de la montura de sus gafas.

Afortunadamente, y por segunda vez en esa semana, el sonido del timbre del colegio fue el fiel aliado de Alberto y le salvó de hacer el ridículo más espantoso.

El bullicio de los alumnos levantándose de sus sillas y corriendo hacia el pasillo impidió una reprimenda por parte de la señorita Trinidad. «Salvado por la campana», se dijo a sí mismo en voz baja.

Una vez en el pasillo Andrés le dijo:

—Alberto, por lo que más quieras, por qué no te aplicas más y te ahorras esos sustos.

—Ya me aplico, el problema es que no me entero de nada y me distraigo pensando en otras cosas —le respondió—. Ya sabes que lo mío son las artes. En matemáticas estoy pegado del todo.

—¿Las artes? —dudó—. Lo que te pasa es que tienes que aterrizar de una vez por todas. Soñador —cuchicheó entre dientes—. Pues yo no voy a estar siempre para ayudarte... ¿y si nos separan de clase? —declaró mientras comprobaba que llevaba todos los libros bajo su brazo.

Era un gesto habitual en Andrés: comprobar que llevaba todas sus pertenencias encima. Lo hacía de forma compulsiva, casi maniática. Nunca se dejó un libro, ni un lápiz, ni siquiera una lectura o una tarea que tuviese que llevarse a casa. El orden personificado, ese era Andrés.

—Yo, si me pongo soy buen estudiante, lo que pasa es que no me he puesto nunca —comentó Alberto intentando hacer un chiste.

Andrés le reprochaba esas salidas airoas cuando estaban entablando una conversación seria. Le decía que era una forma de huir de los problemas.

—Tú y tus gracias —le dijo— tienes que empezar a olvidarte de esa manía de

responder a conversaciones serias con chistes inadecuados.

—Tienes razón, perdona —asintió—. Respecto a lo de Belsité...

—Respecto a lo de Belsité —le interrumpió— ya quedaremos a las seis en el parque, como habíamos dicho esta mañana, junto al río. Allí hablaremos.

—Estoy impaciente.

—Lo sé amigo mío, lo sé, pero es mejor no hablar nada de esto en el colegio. El resto de alumnos no entenderían muchas cosas...

Andrés se calló un momento cuando la señorita Trinidad pasó por al lado de los dos.

—Hasta luego chicos.

—Hasta luego señorita —respondieron a la vez.

—Luego hablamos —le guiñó el ojo Andrés. Y se fue pasillo abajo silbando.

Ya era mediodía y Alberto llegó a casa para comer. Su madre, una excelente mujer, tenía la comida de todos preparada. La preparaba el día anterior. Siempre conseguía hacer platos económicos y que no afectaran a la maltrecha economía familiar. La pobre mujer estaba aquejada, desde hacía tiempo, por el asma. Le costaba respirar y a veces también hablar. Alberto siempre oía esos silbidos en el pecho que le obligaban a usar inhaladores de cortisona para respirar mejor y que actuaban dilatando los bronquios, pues se fatigaba con facilidad; aún así hacía de tripas corazón y llevaba la casa, su marido y dos hijos, con una fuerza envidiable, casi inhumana. Alberto imaginó lo que el lodo mágico sería capaz de hacer con ella. Como untado con esmero en su pecho haría que se le abrieran los pulmones. Le pondría un buen pegote en la cara y rejuvenecería su rostro hasta hacerla parecer una mujer de treinta años. Los demás los verían con envidia. Tendría que hacer lo mismo con su padre, para que no se notara la diferencia de edad. Serían dos padres jóvenes y guapos. Los cuatro, sus padres y los dos hijos saldrían a pasear por la calle como si fuesen amigos o hermanos. La gente les guardaría rencor por albergar la poción de la eterna juventud. Cada vez que los rostros de sus padres se tornaran viejos y arrugados, un poco de lodo se encargaría de volverlos tersos y adolescentes. Se tendrían que cambiar de ciudad, de población y tal vez de país. Sería imposible ocultar por mucho tiempo a los vecinos la inmovilidad del tiempo en los rostros de su familia.

Desechó el sueño. No le estaba gustando e incluso le pareció grotesco...

Mientras estaba sentado en el comedor, haciendo *zapping* con el mando de la televisión, intentó iniciar su fantasía acerca de la utilidad del barro de Belsité. Miró de reojo a su madre y pensó como actuaría con ella el lodo mágico. Bastaría con ponerle un poco sobre el pecho y sus pulmones volverían a funcionar como siempre. Sería fantástico. Una mujer tan llena de vitalidad, tan buena con ellos, se merecía

tener una salud de hierro. A pesar de haber cumplido los cincuenta, aún conservaba un rostro juvenil. Era guapa, de eso no había duda. Ojos azules, recia y unos enormes labios rojos, que le llenaban la cara por completo cuando reía. De repente pensó en que no le pondría el lodo en el rostro. No lo necesita. A pesar de esas arrugas de la edad seguía siendo una mujer guapa.

Su padre aún no había llegado a casa. Trabajaba en la serrería del pueblo, la única que había. Le faltaban dos dedos de la mano derecha y uno de la izquierda. Más que a la señorita Trinidad, a la que su padre conocía. Cuando entraba en el pequeño comedor del piso, lo primero que hacía era darles un beso a todos. La primera la madre, luego Rosa y por último Alberto. Su hermana ya estaba en la cocina ayudando. Cuando llegaba a casa el padre no se entretenía viendo la televisión sino que entraba directamente a donde estaba la madre y se ponía a cooperar con las tareas domésticas. Sus padres nunca le inculcaron a los hijos que las mujeres son las que hacen las tareas del hogar, pero Alberto, no sabía porqué, parecía que lo entendía así. «Eres un vago», le llegaron a decir en más de una ocasión. Él se ofendía, pero en el fondo sabía que algo de razón había en esas palabras. Era consciente de que tenía que corresponder en los quehaceres de la casa y contribuir de forma activa a ayudar a sus padres. Los pobres ya tenían suficiente con trabajar todo el día para darles estudios y alimentos a su hermana y a él. Su hermana Rosa, en ese sentido era perfecta. Tenía tres años más que Alberto y llevaba de culo a todos los chicos de la ciudad. Había que reconocer, aunque a su hermano no le gustara hacerlo, que era muy guapa. Rematadamente guapa. No muy alta, pero delgada, cabello rubio teñido; en realidad lo tenía de color castaño. Ojos azules, como la madre. Nariz respingona y la boca muy pequeña, lo que le confería un aspecto de muñeca de porcelana. Ese año ya no iba al colegio y empezó a trabajar como secretaria en una empresa de Osca, en una filial de una compañía con sede principal en la capital de la provincia. Estaba tonteando con un chico del pueblo, Joaquín, un año mayor que ella. Se veían a escondidas porque el padre no aprobaba la relación, decía que ese chico era un bala perdida. Todos sabían que cuando era pequeño tuvo problemas con la policía local, pero todo el mundo tiene derecho a enmendar los errores que pudiera haber cometido en el pasado. Alberto no lo conocía demasiado, pero lo consideraba un buen chico.

Se sentaron alrededor de la mesa y comieron en silencio. El padre no aprueba que se hable con la boca llena. La televisión encendida para envolver el mutismo. Alberto no habla tampoco, su mente ya está en Belsité, con el lodo mágico.

A las seis de la tarde los tres amigos se juntaron en el parque, a la orilla del río. Alberto, Andrés y Juan se citaron en la parte sur, donde casi nunca había nadie. Era la zona donde quedaban las parejas para besarse, así que los tres se apartaron un poco para no molestar y para que no les molestaran. Andrés siempre decía,

socarronamente, que algún día quedaría allí con Sara; o eso es lo que le gustaría a él. Sus amigos desconocían la afición que le cogió con esa chica, para Alberto no era de las más guapas del colegio; siempre pensó que su hermana Rosa era la más guapa. Pero como dice el refrán: "el amor es ciego". Ciertamente la belleza está en los ojos del que mira y Andrés veía a Sara como si fuese una princesa. La chica era pequeña de estatura; no debía medir más de un metro cincuenta. La cara llena de granos por el acné. El pelo siempre lo llevaba pintado de colores; nadie sabía cual era su tonalidad natural. La nariz la tenía muy extraña, como si tuviese el tabique nasal desviado.

—Hola —dijo Andrés a todos, mientras se sentaba en una de las piedras que había al lado del pantano de la dehesa—. Debemos planear la salida del domingo de forma concienzuda —avanzó.

Alberto empezó a emocionarse. El plan trazado estaba tomando forma.

—Sí, lo primero —interrumpió Juan sudando como era habitual en él y colocándose bien las gafas—, es saber cómo puedo convencer a mi madre para que me deje ir con vosotros hasta Belsité (tragó saliva). He pensado en todo esto y es difícil, por no decir improbable, que ella me permita subir hasta el pantano. Ya sabéis que es muy reacia a dejarme ir hasta la zona del río grande, por el tema de las tormentas.

—Pues, mira —afirmó Alberto convencido—, creo que lo mejor es que no le digas precisamente eso: que vas con nosotros tan lejos. Lo que debes sostener es que te vas a pasar el día al río grande. Coge la caña de pescar y la caja con todos tus enseres, para que no sospeche, y sal de casa como si fueses a un día de pesca normal, yo por mi parte haré exactamente lo mismo, y si me preguntan diré que estoy con vosotros dos..., pescando. Tu madre —le dijo a Juan—, no dirá nada porque en esta época del año nunca hay tormentas.

—Me parece buena idea —ratificó Andrés—. De hecho es lo que deberíamos hacer, decir a nuestras familias que estamos juntos, otra cosa es... ¿cómo subiremos hasta Belsité? Está lejos y tardaremos tiempo en llegar. No es un viaje sencillo y mucho menos fácil.

Andrés planteaba las preguntas y las respuestas al mismo tiempo, por lo que dejaba poco margen de actuación a los otros dos.

—Previamente tenemos que acercarnos hasta el pantano de Guísar —explicó Alberto—. Hasta allí no hay problema, podemos hacerlo en tren. Hay un tren de cercanías que nos deja bastante próximos a la presa. Luego, desde allí, no hay demasiada distancia hasta las pozas.

—¿Nos dejarán montar las bicicletas en el tren? —preguntó Juan, mientras se colocaba bien las gafas que le resbalan a causa de la transpiración.

—¿Por qué? —replicó Andrés, sacando una bolsa llena de regalices y ofreciendo con la mano tendida.

—Porque si pudiéramos ir con ellas hasta allí arriba, luego desde el pantano de Guísar hasta los barrizales de Belsité está chupado —afirmó Juan—. A esa hora empiezan a bajar las temperaturas.

—Sí, eso está hecho, pero... ¿sabes lo que dices? Son casi quince kilómetros de montaña empinada —alegó Andrés, dudando de que Juan y Alberto pudieran hacerlo.

Para Andrés era sencillo, él era un gran deportista. De aspecto fornido y con espaldas anchas siempre destacó en gimnasia y en cualquier deporte que se propusiera. En su casa disponía de un pequeño local donde tenía aparatos de pesas para entrenar, bancos de abdominales, sacos de boxeo... Andrés era lo que se suele decir, un cachas.

—¿Y qué es eso comparado con el lodo mágico? —sostuvo Alberto seguro de querer conseguir el barro costase lo que costase—. ¿Cuántas veces hemos hecho excursiones por el mero placer de hacerlas, por pasar un día al aire libre?

—También tienes razón —asintió Andrés—. Tendríamos que partir pronto y el primer tren de cercanías no sale hasta las ocho de la mañana, es muy justo para llegar y subir en bicicleta hasta la ciénaga.

—¿Y cuándo sale el último? —preguntó Juan.

—Lo dices para poder volver pronto, ¿verdad? —dijo Alberto, conocedor de las relaciones de su amigo con su posesiva madre.

—No exactamente, es más bien para salir con el último tren el día anterior —replicó Juan, que se había quitado las gafas para limpiarlas.

Su propuesta les pareció increíble.

—Pues creo que a las diez de la noche —mencionó Alberto sin estar muy seguro de ello.

—Si cogiéramos ese tren llegaríamos al pantano a las dos de la mañana. Sería genial. A las seis podríamos estar en la charca milagrosa —comentó Andrés ahora más ilusionado—. Los quince kilómetros que separan el río grande de Guísar y las pozas de Belsité, lo podríamos hacer en un par de horas. Hay mucha pendiente, pero también tenemos que tener en cuenta que hacemos el trayecto en bicicleta.

—¿Y qué les diremos a nuestros padres? —interrogó Juan preocupado como siempre por la relación con su madre—. Si ya es dificultoso que mis padres me dejen subir hasta Guísar, no quiero ni pensar si les digo de salir la noche anterior.

—Si eres tú quien ha preguntado a qué hora salía el último tren —afirmó extrañado Alberto por el comportamiento de Juan—. Pensaba que lo decías para salir la noche anterior...

—Y así es —reafirmó—, el que tenga problemas de independencia con mis padres, no implica que aporte ideas para solucionar contratiempos. Entonces lo de salir la noche antes ha quedado claro, ¿verdad? Lo que pregunto ahora es: ¿Qué les diremos a nuestros padres?

—Otra vez con lo mismo —protestó Andrés—. Pues les diremos que vamos a pasar un día de pesca y que salimos la noche anterior para aprovechar toda la jornada. Si todo sale bien, el domingo por la tarde estaremos de vuelta en casa. Así que debéis acordaros de coger las cañas de pescar y la caja con todos los utensilios. No os olvidéis de poner anzuelos y sedales, sobre todo.

—Bien —dijo Alberto para romper unos segundos de silencio después de la explicación de Andrés— supongo que no nos va a quedar más remedio que hacerlo así, si realmente queremos subir hasta las pozas. Juan sólo debe pedir la aprobación de sus padres —aconsejó mientras le miraba buscando su beneplácito—. Nosotros, por nuestra parte, apoyaremos la coartada del día de pesca. En caso de que me pregunte tu madre donde has estado el domingo, Juan, no te preocupes, le diré que lo has pasado conmigo, pescando en el río grande de Guísar. Pero... ¿qué hay de los demás chicos?

—¿Los compañeros del colegio? Ni palabra. Sólo faltaría que lo supiera el tonto de Tomás y lo echara todo a perder —aseveró Andrés mirándolos a los dos, mientras ellos asentían con la cabeza—. ¿Os imagináis qué pasaría si se enterara? Es mejor no fiarse de nadie, el tema del lodo hay que tomarlo como algo muy serio.

Sea como fuese parecía que la reunión de ese día había servido para dejar una cosa clara: que finalmente subirían los tres a Belsité a buscar el lodo mágico.



—5—

La ciénaga

Sábado 31 de octubre.

Por fin llegó el día deseado para los tres amigos. La semana fue interminable. La

ansiedad por ir a Belsité pudo más que la obligación de estudiar. Alberto prácticamente no prestó atención en ninguna de las clases que hubo esa semana. Cuando todo terminara tendría que repasar los apuntes y recuperar el tiempo perdido. Por su parte Andrés no quiso hablar del tema, él sí que era aplicado, había sido capaz de seguir las clases como si no pasara nada. Como si nunca fuesen a ir a Belsité. Y Juan hizo lo mismo. Frío. Imperturbable.

Era sábado treinta y uno de octubre. El reloj de la estación de tren marcaba las nueve cuarenta y cinco de la noche cuando los tres caminaban por el amplio y desierto andén. Sólo había una persona. Un mendigo tendido, debajo del termómetro, como único habitante del inhóspito apeadero. En tiempos hubo colas, en esa estación, para sacar billete, pero hoy en día, con la construcción de carreteras, la gente ya no usaba casi el tren; les parecía lento e incómodo y preferían utilizar sus propios vehículos para desplazarse. Más rápidos y no les obligaba a estar pendientes de horarios.

Las viejas ventanas de madera de la taquilla, donde se vendían los billetes, también habían cerrado sus compuertas. Ni siquiera el jefe de estación pululaba por el frío apeadero. El viento serpenteaba por las balizas y los bancos crujían sus maderos. La magia de la noche lo inundaba todo.

—¿Estáis seguros de querer hacerlo chicos? —preguntó Andrés con un tono poco tranquilizador y sin dejar de observar al indigente, mientras sacaban los billetes en la máquina expendedora.

—Después de lo que me ha costado convencer a mis padres para que me dejaran ir con vosotros no podemos echarnos atrás ahora. No creo que tenga otra oportunidad de ir —comentó Juan, más animado que ellos dos y con un ligero tartamudeo mientras sacaba las gafas de su funda y las limpiaba con un *klínex*.

—Pues bien, a las diez parte el tren hacia Guísar —notificó Alberto, erigiéndose en líder de esa expedición—. Nos montaremos en él...

—¿Y? —interrumpió Andrés— ¿Qué diremos si nos preguntan a dónde vamos?

—¿Nos preguntan? ¿Quién se va a interesar por lo que hacen tres adolescentes? —argumentó en favor del plan—. Además, no veis que no hay nadie por aquí a estas horas, sólo está él —dijo mientras señaló al pobre que dormía debajo del termómetro.

—Bueno, está bien, no nos dejemos llevar por el pánico —replicó Andrés—. No pasa nada. El único problema que se me ocurre es que nos vea algún amigo de nuestros padres y se lo cuente a ellos.

Apenas tuvieron tiempo de responder Alberto y Juan, Andrés se contestó a sí mismo.

—Llegado el caso pensarán que es una chiquillería. Sólo eso. No creo que le den la importancia que le damos nosotros.

—¡Mirad! Creo que no ha sido tan buena idea lo de ir a las pozas —expresó Juan

temeroso y sudoroso como nunca lo había visto antes.

Parecía que de repente le había entrado el miedo. Antes lo veía claro, estaba decidido a subir a las charcas como fuera, y sin embargo, ahora era el más retraído y el que más inconvenientes ponía.

—En esta época del año son frecuentes las tormentas, creo que sería mejor dejarlo para el verano. ¿Qué pasará si pillamos una borrasca cuando estamos en el pantano? No sé si sabéis que allí arriba no hay pararrayos, como en la ciudad...

—¡Escuchad! —proclamó Alberto seguro de mí mismo e intentando infundir la misma confianza que él tenía a sus amigos—. Yo voy a subir a buscar el lodo mágico, sea como sea y si tenéis la intención de venir conmigo... ¡bien! ¿Que no queréis subir? ¡Bien también! Respecto a los rayos, Juan, ya sabes que las posibilidades de que te caiga uno encima son muy remotas. De todas formas la historia que nos contó Andrés puede que no sea del todo...

—¿Cierta? —interrumpió Andrés mosqueado por la charla que acababa de soltar Alberto—, ¿Piensas que la historia del lodo es una invención mía y que nunca llegó a ocurrir? ¿Es eso lo que querías decir?

—Pues mira Andrés..., ya que lo comentas..., tengo que mencionarte que me asaltan algunas dudas.

Mientras hablaban se divisaba la luz del tren al fondo del andén, con un destello tenue pero característico.

—¿Cómo es posible que sabiendo semejante historia no se te haya ocurrido nunca buscar el lodo mágico antes? —interrogó, intentando encajar algunas piezas que no concordaban en la historia del abuelo de Andrés.

—Mira Alberto —volvió a interrumpir Andrés antes de que su amigo pudiera seguir preguntando—, siempre hemos sido amigos y nunca te he mentado. El motivo de no haber intentado buscar el lodo mágico antes, ha sido por no traicionar la confianza de mi abuelo. Me contó una historia maravillosa y me dijo que no se la relatara a nadie. El hecho de buscarlo ahora, implica, en cierta manera, mancillar su recuerdo, al no haber guardado el secreto que tan celosamente me pidió custodiase. Lo hago más por vosotros que por mí. También, es justo decirlo, creo que es una buena causa restablecer la salud del profesor de historia don Luis.

—Sí Andrés, en eso estoy de acuerdo, y creo que Juan también está conmigo, la pregunta es, ¿vamos a subir a Belsité o no? —anunció antes de que el tren se detuviera completamente en el apeadero—. Ayer quedó la cosa clara y hoy parece que hay dudas. No me gustaría ir hasta allí con titubeos.

—Bien, la respuesta por mi parte es que sí —Andrés parecía que se había tranquilizado un poco y ya no estaba tan nervioso como hacía un rato—. Yo estoy dispuesto a ir a Belsité y seguro de que es lo correcto. ¿Y tú, Juan?

—¡Qué caray! Para eso hemos venido, ¿no? —confirmó Juan mientras hacía el

gesto de colocarse las gafas bien y limpiarse el sudor de la frente con el dorso de la mano.

El tren se aproximaba a la estación lentamente, chirriando las ruedas de hierro y soltando chispas azules y amarillas que se estrellaban contra los tablones de madera que unían los raíles. Ni siquiera el jefe de estación salió al muelle para comprobar el estado del ferrocarril. Parecía un tren fantasma. No se observaba ningún conductor. No se oía ruido alguno. Aún así se abrieron las puertas que había justo delante de donde estaban ellos, como si alguien las hubiera accionado. Y a pesar del frío intenso que hacía en esa lúgubre estación, las espaldas de los tres se mojaron con un sudor helado. Alberto pensó que no era momento para desanimarse y hacer que con eso sus compañeros se echaran atrás. Ahora tenía que inyectar coraje en sus colegas y enardecer su espíritu aventurero para conseguir el ansiado lodo mágico.

—¿Qué hacemos con esto? —preguntó Juan, mientras señalaba la caja con los útiles de pesca y la caña de pescar que había dejado en el banco de madera que había al lado de la taquilla.

—¡Es verdad! —exclamó Andrés, que al igual que Alberto no había pensado más en los útiles de pesca—. No podemos subir con los aparejos hasta Belsité, nos molestarán para pedalear.

—Lo mejor —dijo para solucionar el pequeño problema— es dejarlos detrás de la estación, en el antiguo almacén de tabacos. Hace tiempo que no funciona y no creo que nadie mire en su interior, sólo hay porquería.

Andrés y Juan asintieron con la cabeza mientras cargaban sus utensilios de pesca y se disponían a trasladarlos a donde les había indicado Alberto. Él hizo lo mismo con los suyos. El tren no tardaría en salir hacia Guísar; aunque sabían de sobra que se detenía al menos diez minutos en esa estación, pero ignoraban el motivo de esa interrupción.

Dejaron las cañas de pescar y las cajas en el desusado barracón. Taparon sus cosas con una carcomida mesa de madera. Y regresaron rápidamente al andén.

—¡Venga chicos! ¡Arriba! —gritó Alberto con ímpetu, para dirimir cualquier atisbo de retraimiento— ¡Subamos al tren antes de que eche a andar sin nosotros!

Los tres se miraron como debían de hacerlo los corderos antes de entrar en el matadero. No era alentadora la situación que se respiraba en esa estación. No les extrañaba nada, ahora que la veían con claridad, que no subiera ningún viajero a esas horas hasta Guísar. Pero... ¿Por qué la empresa del ferrocarril mantenía un tren que no utilizaba nadie? No era momento de hacerse preguntas, era momento de actuar —reflexionó Alberto, contemplando a sus atemorizados amigos.

—¿Habéis visto? —voceó Andrés con voz temblorosa al mismo tiempo que subía su bicicleta al vagón.

—¿Ver, qué? —preguntaron los otros dos al mismo tiempo y sin soltar sus

bicicletas que prácticamente estaban arriba del tren.

—¡Nada, nada! —respondió Andrés como si acabara de ver un fantasma y sin dejar de mirar hacia las escaleras de acceso al apeadero.— Me había parecido ver alguien en la entrada de la estación.

Se sentaron en uno de los vagones del centro. No viajaba nadie más que ellos. La cabina del conductor estaba vacía, por lo menos no se divisaba ninguna persona en su interior. Andrés miró hacia el andén antes de subir, como si quisiera ver alguien, como si quisiera ver algo.

—Alberto, ¿mira si hay conductor? —le dijo Andrés, riéndose de la situación tan extravagante que estaban pasando.

Hizo un ademán con la mano para que se acercara a la cabina del tren.

—Míralo tú Andrés que a mí me da la risa —le contestó.

El comentario jocoso entre ellos dos hizo que se distendiera el ambiente y se encontraran más relajados. Aún así, no dejaba de inquietarles el hecho de que el ferrocarril parecía que andaba solo.

Era un tren antiguo, de los que casi no se veían ahora. La locomotora Diesel. Tenía cuatro vagones de madera con asientos del mismo material y prácticamente sin decoración. El padre de Alberto le dijo en una ocasión que hace años llevaba hasta seis vagones y que se tenían que quedar viajeros sin subir, por la cantidad de pasajeros que usaban esa línea. Actualmente casi nadie la empleaba, pero la compañía del ferrocarril se veía en la obligación de mantenerla al no haber alternativa pública.

—Debe ser un tren japonés, el telediario dice que no necesitan conductor —comentó Alberto mientras intentaba ver a través de la empañada ventana para saber por donde circulaban y comprobar si habían salido ya de Osca.

—Sí, sí, japonés, como la estación, que tampoco había nadie —respondió Juan más animado e intentando quitar hierro a la situación, bastante tensa de por sí.

Los tres se volvieron a reír, pero esa vez de miedo.

La velocidad del convoy empezó a subir. Cada vez más rápido. Salió de la población y se adentró en la zona de los túneles. Un recorrido hasta el siguiente destino a través de unas grutas que pasaban por el interior de las montañas.

—¿Cuántas paradas hay hasta Guísar? —preguntó Andrés, extrayendo un trozo de regaliz del bolsillo pequeño de su mochila.

—Creo que ninguna, Guísar es el destino final —dijo Alberto; aunque no estaba seguro de su respuesta, pero quiso transmitir confianza a sus asustados amigos—. Supongo que este tren dormirá allí hasta mañana a primera hora, que volverá a Osca. Me parece que no hay trayecto más arriba del pantano.

—Pues vuelvo a plantear la pregunta de antes —dijo Juan—. Si no hay viajeros y sólo una parada... ¿Por qué la compañía mantiene esta línea?

—Mira, no te preocupes tanto, igual ha coincido que hoy no viaja nadie y es posible que otro día vaya lleno —contestó Alberto en tono conciliador para no exasperar los ánimos.

—Sí, de japoneses, —replicó Andrés sin dejar de desmenuzar un trozo de regaliz.

Los tres se volvieron a reír por el comentario de Andrés y por la cara que había puesto mientras lo dijo. Entretanto Alberto comprobó si llevaba suficientes pilas para las linternas de las bicicletas. No sería buena cosa quedarse sin iluminación en el trayecto hasta los barrizales de Belsité. Desde luego que no...



La estación del tren

Domingo 01 de noviembre.

Ya eran las dos en punto de la madrugada cuando el tren fantasma se detuvo en la

estación de Guísar. Al igual que la de Osca, se hallaba vacía. No había nadie: ni el jefe de estación, ni pasajeros, ni siquiera vagabundos.

Bajaron las bicicletas del tren y los macutos. Se pusieron las chaquetas, debía haber un par de grados menos de temperatura que en Osca. Se colocaron las mochilas a la espalda y encendieron las linternas de las bicicletas.

Sin tiempo que perder iniciaron la marcha hacia Belsité, apenas había unos quince kilómetros. Pero de noche, con el frío y el canguelo que tenían, llegaron a creer que había más. Optaron circular por la carretera comarcal, a esas horas no había coches, de hecho, no había nada. No había nadie.

Avanzaron rápidamente. Concentrados en la carretera. No miraron atrás. En un par de horas llegarían a Belsité. El miedo pone alas al que huye, dice un refrán popular. Estaban tan asustados que pedaleaban por encima de sus fuerzas.

—¿Ahora qué? —preguntó Alberto a Andrés, parados delante de un enorme túnel, sin iluminación, con un camino de tierra a la derecha.

—Es el subterráneo de la Limonera. Mi abuelo me contó que no se debe entrar en él, hay que tomar el camino de tierra —respondió mientras oteaba el horizonte.

—¿Qué hay que tomar el camino o que no? No te oigo bien —dijo Alberto.

—El camino —repitió Andrés.

—¿La pista de tierra?

—Sí, es esa —contestó con voz segura.

—Menos mal —comentó Juan mientras bebía agua de la cantimplora—. Me da miedo pensar en cruzar esa cueva. No me hace ni pizca de gracia eso de que no se vea lo que hay dentro y que no se vea el final del agujero.

—No es una cueva, ni nada por el estilo, —aclaró Andrés— es un túnel para coches. Se construyó a principios de siglo y conduce a un puente que pasa por encima de la autopista.

—Ahora si que te has lucido Andrés —replicó Alberto asombrado—. Escucha lo que has dicho: un túnel construido a principios de siglo que conduce a un puente que pasa por encima de la autopista. Pero... ¿si a principios de siglo no existían las autopistas!

—Bueno, no sé, el caso es que eso es lo que hay, ¿lo cruzamos y así salimos de dudas?

—Oye —objetó Juan— por qué no vamos a buscar el barro y nos dejamos de lecciones de historia sobre puentes y demás—. Si queréis pasar el túnel —amenazó—, yo os espero aquí.

—Tienes razón. Sigamos por la pista y busquemos el lodo mágico, no debemos desorientarnos del objetivo de esta misión —dijo finalmente Alberto, mientras bebía un trago de agua de la cantimplora.

—¿Misión? —sonrió Andrés masticando un trozo de regaliz.

Los tres siguieron pedaleando por la pista de tierra. Bajaron por una pendiente muy pronunciada. Atravesaron una zona de *picnic* repleta de mesas y sillas de piedra que le conferían al lugar un aspecto más civilizado.

Alberto pensó que al día siguiente, cuando regresaran de la expedición, encontrarían infinidad de *domingueros* comiendo en ese lugar.

Atravesaron un pasillo largo y lleno de árboles con ramas que se entremezclaban. Con la oscuridad de la noche y el reflejo de las lámparas, parecía que los árboles se movían hacia ellos. «Mejor seguir pedaleando sin mirar hacia los lados y sin mirar hacia atrás», se dijo Alberto entre resoplidos.

Llegaron hasta un riachuelo. Lo podían cruzar sin tener que desmontar de las bicicletas. Se separaron para evitar que el agua salpicara sobre ellos. Andrés iba delante, seguido de Juan. Alberto el último. No hablaban, la marcha les impedía poder resollar ya que llevaban una velocidad promedio bastante alta. Alberto miró el reloj, las cuatro de la mañana. Aún faltaba un rato para que despuntara el alba, el cielo seguía negro.

—¡La zona de las charcas! —gritó Andrés de repente y señalando el lugar con su brazo derecho.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Alberto entusiasmado.

—Creo que sí, tenemos que encontrar un camino a través del río —replicó Andrés sin detenerse.

—¿Un camino a través del río? —preguntó Juan incrédulo.

Alberto se fijó en que Juan llevaba atada una cinta a las patillas de las gafas para que no se le cayeran con el pedaleo. Pensó que era muy ingenioso.

—Sí, hay que subir el río durante unos metros, pasar una zona de rocas blancas, lisas, y después es donde están las pozas.

Andrés hablaba jadeando, el cansancio y el ritmo de la marcha le impedían expresarse con claridad.

No podían subir con las bicicletas, el sendero era excesivamente abrupto. Así que las dejaron apoyadas en un grupo de árboles, al lado de una laguna. Las taparon, para esconderlas, con unas ramas húmedas que recogieron del suelo. E iniciaron el ascenso por el riachuelo, rastreando el fangal. La claridad empezaba a imperar sobre la noche.

—Según mi abuelo lo que buscamos debe ser algo así como un lodazal —dijo Andrés mientras miraba a su alrededor.

—¿Qué es eso? —preguntó Juan anticipándose a Alberto que también iba a preguntar lo mismo.

—Pues..., es un sitio lleno de lodo —respondió Andrés mientras sacaba de su mochila una bolsa de plástico llena de trozos de regaliz.

—¿Un charco? —volvió a preguntar Juan en un intento de especificar mejor lo

que tenían que encontrar.

—Más o menos —respondió Andrés—. Supongo que estará en la parte exterior del riachuelo, donde no pasa tanta agua. Allí se irá estancando el barro hasta formar el lodazal. Por lo tanto, tenéis que ir mirando la orilla del río y buscar un depósito donde prácticamente no corra el agua.

Comenzaron a remontar por el río, sorteando unas grandiosas piedras de color blanco. No bajaba mucha agua, pero sí la suficiente como para calarse completamente el calzado deportivo. El frío se les iba pasando poco a poco, la claridad del día comenzaba a ser mayor. Ahora veían todo mejor. El paraje ya no era tan desolador, ni tan misterioso.

Llegó un momento que era prácticamente imposible seguir, se desviaron por un sendero que había a mano izquierda. A Alberto no le hacía nada de gracia esos caminos llenos de hierbas y maleza, porque según decían en el colegio estaban abarrotados de víboras, unas serpientes venenosas que se escondían generalmente debajo de las piedras. Él, por si acaso, procuraba no levantar ninguna de esas piedras, no fuese a ser que le mordiera una víbora y... «¿dónde me curaría?», se dijo a sí mismo. Debían estar a veinte kilómetros de la civilización y todo lo que les rodeaba era montaña.

Y por fin llegaron al final del sendero que habían seguido hasta entonces.

—¡Chicos! —gritó Andrés desde la cabeza del grupo— tenemos que meternos otra vez en el río.

Alberto giró la cabeza y observó a Juan. Venía detrás de él, a corta distancia; aunque parecía como si se fuera alejando poco a poco.

—¡Juan, acelera un poco hombre! Que te estás quedando rezagado —le increpó.

—Ya voy —dijo— es que... ¿no os dan miedo las serpientes?

—Claro que me espantan —respondió Alberto mientras miraba al suelo, entre la maleza—. ¿Acaso has visto alguna?

—De momento no. Pero no dejo de mirar el terreno, por si las moscas —dijo Juan sin levantar la mirada y tartamudeando ligeramente—. Es por eso que voy tan lento.

—¿Cómo distingues las serpientes venenosas de las que no lo son? —le preguntó sabiendo que era conocedor de todos estos temas.

—Las venenosas tienen la cabeza en forma de corazón, sus ojos tienen la pupila vertical y los colmillos son afilados y sobresalen cuando abre la boca —respondió instruido, ya que Juan era un buen aficionado de todo lo que tuviese que ver con la naturaleza—. Y por lo general son muy pequeñas.

Volvieron a entrar en la zona seca del riachuelo y siguieron subiendo. Ya era totalmente de día, el olor a tierra y hierba mojada los envolvía por doquier. Eran las ocho de la mañana y estaban más cerca que nunca de las pozas de Belsité. De hecho

ya habían llegado, lo único que les quedaba era encontrar la que curó el pie del abuelo de Andrés.

—¿Falta mucho? —preguntó Alberto en voz alta.

—Tenemos que pasar el pueblo abandonado —contestó Andrés sin parar de andar.

—¿Pueblo? —replicó escéptico— no nos habías hablado de ningún pueblo.

—Sí, es uno que tenemos que cruzar —dijo—. Está abandonado, es decir, derruido. No vive nadie desde hace años —comentó Andrés como si ya hubiera estado allí alguna vez y conociera la orografía del lugar.

—Andrés... ¿has venido alguna vez a este sitio? —preguntó Alberto extenuado.

—No, pero mi abuelo me dio unas explicaciones tan exactas que me conozco este lugar como la palma de mi mano —respondió sin girar la vista hacia atrás.

Siguieron escalando por la corriente de agua, hasta que...

—¡Mirad! —dijo Juan desde la cola del grupo— ¡mirad, allí está el pueblo!

Alberto y Andrés alzaron la mirada y vieron un grupo de seis o siete casas, derruidas. Eran de piedra. Parecían torres de un castillo, estrechas y altas. A todas les faltaba la cúpula y no tenían techo. Estaban en la ladera de la montaña, a unos metros del río. Unos hierbajos enormes envolvían sus cimientos y unas abundantes enredaderas las recubrían casi por completo, como si quisieran ocultarlas de la vista de los caminantes.

—¿Están habitadas? —preguntó Juan, con voz temblorosa y secándose una enorme gota de sudor que le manaba de la frente y casi le llegaba a la barbilla.

—¡Qué cosas tienes! —replicó Alberto, sin entender como Juan podía ser tan versado en temas de la naturaleza y al mismo tiempo tan miedoso—. Ya se ve que hace tiempo no vive nadie aquí —dijo— ¿Y ahora por dónde?

—Ya falta poco —aseguró Andrés—. Creo que después de pasar las casas deshabitadas tenemos que encontrar un sendero. Justo detrás es posible que esté la charca.

—¿Y? —interrumpió Juan visiblemente enojado, algo poco habitual en él—. Si llego a saber que tenemos que hacer tanto recorrido para llegar a ese remanso de brujería, seguramente no hubiese venido. Será mediodía y ni siquiera habremos llegado al sitio. ¿A qué hora se supone que volveremos a casa?

—Mira Juan —respondió Andrés en su defensa— yo no sé donde está la dichosa charca milagrosa, no he venido nunca aquí y sólo conozco lo que me contó mi abuelo. Yo creo lo que me dijo, de hecho pienso que es verdad todo el tema de la poza mágica. Si queréis lo dejamos aquí y volvemos a casa. Regresando ahora mismo, aún podemos subir al tren de las cuatro de la tarde y estar en Oscala a las seis. No pretendo obligaros a estar más tiempo en este lugar si no queréis.

—Yo pienso —dijo Alberto intentando excitar los ánimos que parecían un poco bajos—, que una vez hemos llegado hasta aquí, vale la pena intentar encontrar lo que hemos venido a buscar, ¿no? No volveremos a tener otra oportunidad como esta. Os habéis parado a pensar lo que significaría para nuestras familias y la gente que conocemos el tener en nuestro poder un barro mágico capaz de sanar las más mortíferas enfermedades. Las posibilidades de que... ¡Juan cuidado!

Mientras hablaba Juan estaba inspeccionando los alrededores de las casas abandonadas y cayó por un terraplén que había detrás de una de ellas.

—¡Juan, Juan! ¿Estás bien? ¿Responde? —gritaron Alberto y Andrés mientras intentaban bajar hasta la posición donde se encontraba él.

Juan había caído por una pendiente de más de seis metros y desde donde estaban ellos lo podían ver a duras penas. No se movía.

—¡Rápido! Bajaremos por el otro lado, al subir he visto que había un acceso —dijo Andrés tan resolutivo como era acostumbrado en él.

Mientras descendieron pudieron oír los lloros de Juan. Realmente se había tenido que hacer daño, pues los dos sabían que nunca fue quejica. Alberto recordó una ocasión en que se cayó con la bicicleta en la cuesta de los Obispos, y no derramó ni una sola lágrima a pesar de haberse descarnado la rodilla.

—¿Cómo estás? —le preguntaron a la vez, mientras intentaron valorar la situación.

—Jodido. Creo que me he roto la pierna —respondió con voz afligida, casi lloriqueando.

—Vamos hombre..., no creo que sea para tanto, déjame ver —le dijo Alberto como si entendiera algo de medicina y buscando tranquilizarlo.

—Hay que buscar ayuda —comentó juicioso Andrés.

—Sí, —le dijo Alberto en un alarde de pesimismo— desde ayer por la noche hasta ahora, no hemos visto ni un alma. ¿Qué nos hace suponer que encontremos alguien ahora?

—Bueno, yo creo que los de Protección Civil deben de tener algún destacamento por la zona, o pasará algún helicóptero, o...

—Deja de hablar y ayúdame a incorporar a Juan. Es importante que esté cómodo.

Se quedaron casi media hora callados, mirando las casas vacías y lúgubres, oyendo el río, pensativos y ensimismados. Cada uno de ellos estaba concentrado en sus propios asuntos. Juan se lamentaba de haberles hecho caso al subir allí, con la vida tan ordenada y tranquila que tenía y va y se junta con ellos dos, pensó. «De ésta seguro que mis padres no me dejan salir más», se dijo a sí mismo.

—Sólo se me ocurre una solución —rompió el silencio Andrés—, el desánimo no tiene que poder con nosotros.

—¿Y bien? —le increpó Alberto enojado, como si él tuviese la culpa de todo—
¿Cuál es esa salvación milagrosa que te ha sobrevenido?

—Encontrar el lodo mágico. ¿Acaso no es lo que hemos venido a buscar? Qué mejor forma de probar sus virtudes que con la pierna de Juan... ¿no?

—Eso —replicó Juan irónicamente—, me dejáis solo mientras os vais a buscar el lodo.

—No Juan, estamos prácticamente al lado, creo que debe estar en las pozas de allí, —indicó Andrés mientras señalaba unas charcas que había justo al lado del río.

—¿Y cuál es el plan? Si es que hay uno, claro —interrogó Juan con gesto compungido.

—No estás ayudando mucho Juan —replicó Andrés—. El propósito es ir hasta el lodazal, coger, con una de nuestras cantimploras, pequeñas porciones de barro, venir con ellas hasta aquí y rociarte la pierna con el fango. Así hasta que se cure —explicó Andrés, no demasiado convencido de lo que decía.

Y miró a Alberto esperando que aprobara su propósito.

Entonces Juan y Alberto se observaron con la misma cara que ponen los actores en las películas de humor surrealista, cuando le echan una ojeada a la cámara con semblante irónico. Pero también tenían claro que tenían que probarlo. Era su última posibilidad.

Hicieron un descanso para comer. De sus mochilas sacaron algunos *sándwiches* fríos. Se sentaron alrededor de Juan. Apenas hablaron durante un rato. Masticaron y bebieron agua. Utilizaron la cantimplora de Andrés y la de Alberto, las querían vaciar del todo, para emplearlas en traer el lodo e intentar curar la pierna rota de su amigo. El agua de Juan la reservaron para poder beber.

Desde el lodazal hasta la posición que ocupaba Juan, no debía de haber más de veinte metros. Andrés y Alberto hacían viajes, cargados con sus cantimploras. Cuando llegaban rociaban la pierna de su compañero embadurnándola entera. Era de suma importancia que no se limpiara ya que desconocían el tiempo que tardaría en hacer efecto el lodo mágico.

—¿Notas alguna mejora? —le preguntaba de vez en cuando Andrés a Juan, que yacía tumbado y quejicoso.

—No. Lo único que siento es que me estáis poniendo hecho un guarro con tanto barro —respondía mientras miraba su pierna fracturada y sosteniendo sus gafas con dos dedos para no mancharlas.

—Tranquilo, ya verás cuando bajes por la cuesta de Guísar corriendo como un ciclista profesional —decía Andrés en un intento de animarlo, por cierto, sin mucho éxito.

Normalmente los dos, Andrés y Alberto, no coincidían en los viajes hacia las

charcas. Procuraban no dejar solo a Juan ni un instante. Se cruzaban a mitad de trayecto, mientras uno de ellos iba a buscar barro, el otro venía de echárselo a Juan por encima. En la confluencia, ni siquiera se paraban a hablar, sólo cruzaban sus miradas y en alguna ocasión se guiñaban el ojo.

En una de las veces, sin darse cuenta, se quedaron los dos solos: Andrés y Alberto, llenando las cantimploras y aprovecharon para hablar.

—Andrés, tenemos que hacer algo —le dijo viendo que la situación se estaba volviendo crítica.

—¿Por qué? —contestó, mientras oteaba en busca de un charco del que no hubieran cogido barro—. ¿Lo dices por la pierna rota de Juan?

—Dentro de poco anochecerá. No podemos dejarlo solo, así que nos tenemos que quedar, y no hemos venido preparados para eso ya que no tenemos tienda de campaña, ni provisiones para aguantar muchos días. Hay que hacer algo.

Alberto sabía que Andrés hablaba de forma desesperada, pero la situación realmente lo era.

—De momento seguiremos intentado lo del lodo, creo que vale la pena agotar todas las posibilidades. Si no lo encontramos hoy, no volveremos a subir nunca más —afirmó tajante Andrés, mientras continuaba llenando su cantimplora de barro.

—Eso desde luego, yo no vengo más por aquí ni de casualidad —afirmó Alberto seguro de lo que decía y bastante crispado—. Pero el problema no es ese, el inconveniente más bien es... ¿qué hacemos ahora? ¿hoy?

—Cuando caiga la noche nos meteremos en una de esas casas abandonadas, por lo menos no creo que pasemos frío, y mañana a primera hora pasaremos al plan "B".

—¿Y cuál es? —preguntó interesado—. No sabía que tuviéramos un plan "B". Ni siquiera sabía que había un plan "A".

—Siempre hay uno. El nuestro es bajar uno de nosotros hasta Guísar y pedir ayuda al puesto de la Guardia Civil más cercano —replicó convencido de ser la única opción válida y dada las circunstancias.

—Sí —dijo Alberto en tono irónico— o esperar a que llegue mañana y ya nos buscará la Guardia Civil, cuando nuestros padres hayan dado la señal de alarma, al no ver que llegamos esta noche a casa.

La última frase la dijo casi gritando.

—No hace falta esperar tanto —manifestó Andrés—, ahora mismo puedo coger la bicicleta e ir hasta Guísar a buscar ayuda. El problema es que, desde aquí hasta las bicicletas hay un buen trozo, y luego bajar hasta el río grande a esa hora, siendo de noche, no es muy recomendable.

Los chicos no podían utilizar los teléfonos móviles para llamar a la Guardia Civil ni a Protección Civil, ni a nadie. La cobertura en Belsité era nula. No había ninguna zona de allí hasta el túnel de la Limonera, donde fuese posible llamar.

Y a las nueve de la noche dejaron de traer barro. Alberto ni siquiera terminó de vaciar su cantimplora de légamo sobre la pierna rota de Juan. El agotamiento hizo presa en todos ellos. Auparon a Juan y se refugiaron en una de las casas de piedra abandonadas. La casa tendría una superficie de veinte metros cuadrados aproximadamente. Las paredes eran altas, como si en tiempos hubiese tenido dos plantas; aunque no se observaban marcas de tabiques en la estructura. El interior estaba minado de hierbajos, no demasiado altos para el tiempo que se supone llevaba deshabitada la casa. Una ventana rota es todo lo que se podía contemplar en la desconchada pared. No había muebles, ni cuarto de baño, ni nada.

Alberto calculó que se quedarían allí toda la noche. Pensó que sobre las once, más o menos, sus padres se pondrían en contacto entre ellos. Acto seguido llamarían a la policía y éstos a su vez a la Guardia Civil. Sobre las doce de la noche empezarían a buscarlos en el río grande, en Guísar. Ellos allí, en Belsité, como tres tontos, buscando un barro milagroso, con la intención de curar de su enfermedad a un profesor de historia.

—Será un refugio de montaña, —comentó Andrés mirando hacia el techo descubierto y dejando su mochila en el suelo, al lado de la pared.

—Sí, pero los albergues de este tipo, no son tan altos y están dotados de pavimentos de piedra —indicó Juan mientras se quitaba las gafas para limpiarlas—. Si observáis éste no tiene ni siquiera empedrado.

—Bueno, —puntualizó Alberto— a lo mejor en su día sí que lo tenía, y otro rellano más, y también habría muebles. Pero... ¿Cuánto tiempo deben de llevar abandonadas estas casas?

—Por lo menos cien años —contestó Andrés—, además aquí no llega la corriente eléctrica, ni el agua y el gas. Por lo que no las pueden utilizar de refugio de montañeros.

—Sí —afirmó Juan—, aquí no llega nadie, ni la gente. Y para usarla de refugio tiene que tener techo... ¿no?

Encendieron un pequeño fuego, dentro de la casa, con un mechero que tenía Andrés. Utilizaron ramas secas que cogieron al lado del río. «Ojalá hubiéramos traído las cañas de pescar, por lo menos tendríamos truchas para cenar», pensó Alberto, mientras ojeaba la improvisada guarida que se habían encontrado.

La pierna de Juan seguía igual que antes, rota. La vendaron usando las mangas de sus camisas y atándola con los cordones de uno de los zapatos de Juan. Se le había hinchado tanto el pie que no podía ponérselo.

Sacaron un par de bocadillos de sus mochilas y se dispusieron a repartirlos entre los tres, para cenar delante de la hoguera, a la luz de la luna.

—Mejor estaría aquí con Sara, la más bella del colegio, que con vosotros —

suspiró Andrés, mientras mordisqueaba un trozo de bocadillo de jamón—. Seguro aprovecharía mejor el tiempo.

—A mí me gustaría estar con Rosa, la hermana de Alberto. Seguramente haría mejor de enfermera que su hermano —consideró Juan, mientras comía un bocadillo de pan de molde, relleno de salami.

El comentario les hizo reír a los tres. Juan había dicho muchas veces que la hermana de Alberto era muy guapa. La diferencia de edad hacía imposible una relación entre ellos dos ya que Rosa tenía dieciocho años y Juan sólo quince; aunque estaba a punto de cumplir los dieciséis. A esa edad hay mucha desigualdad, pero sabían que conforme se hiciesen mayores se iría acortando, es decir, de quince a dieciocho hay más que de veinticuatro a veintisiete, por ejemplo.

—Espero que no llueva, —comentó Andrés mientras bebía un trago de agua—, en esta época del año son más frecuentes las heladas que las tormentas, pero nunca se sabe.

—¡Sólo nos faltaría eso! ¡No seas gafe! —protestó Alberto, mientras miraba las paredes de la improvisada vivienda, observando lo peculiar de la construcción.

Permanecieron plácidos, sentados y descansando. Juan parecía más sereno, el dolor de la pierna no le estaba fastidiando lo suficiente como para no dejarle comer. Andrés ya había terminado el bocadillo y comía un puñado de regaliz como postre. Alberto extrajo un manojo de plátanos. Peló uno y lo ofreció al resto de sus amigos, Juan cogió uno.



—7—

Silverio

Estaban tan tranquilos, reposando la comida mientras se miraban entre ellos, sonriendo por la situación tan extravagante que estaban viviendo, cuando de repente,

una sombra irrumpió en la maltrecha morada.

—Buenas noches —dijo una voz áspera, cavernosa, proveniente de una figura alta, que prácticamente taponaba toda la puerta.

Los tres se quedaron atónitos, casi sin poder hablar. Andrés se puso en pie y retrocedió varios pasos hacia atrás, hasta tocar la descascarillada pared del fondo. Lo último que esperaban era encontrar alguien allí, en Belsité, y menos a esas horas intempestivas.

—No asustaros chicos, soy gente de paz —dijo la figura de la entrada mientras empezaba a caminar hacia el interior del habitáculo.

Los tres se horrorizaron. Era la primera persona que veían en veinticuatro horas. Apareció de repente, sin avisar, cuando menos se lo esperaban. No sabían si fue por la oscuridad, por el miedo, o por las dos cosas a la vez, que les pareció un sujeto espeluznante. Medía casi dos metros de altura. Corpulento. De aspecto desaliñado, barba desarreglada de varios días sin afeitar y un gorro vaquero, manchado con surcos de agua. Pero lo peor era la voz, resonaba en toda la estancia como un aullido de ultratumba.

—Bueno —dijo finalmente el extraño, intentando ser amable—, ¿puedo pasar y compartir la velada con vosotros?

Los chicos hicieron un gesto de asentimiento con la cabeza, temblorosos. Andrés despegó su mojada espalda de la pared del fondo y se aproximó al fuego que se estaba desvaneciendo en el interior de la sala. Juan no le quitaba los ojos de encima al forastero.

—Me llamo Silverio —dijo, mientras se acercaba a donde estaban ellos. En el suelo dejó un enorme macuto de aspecto militar— ¿Qué os trae por aquí? —preguntó frotándose las enormes manos.

—Hemos venido a pasar un día en la montaña, de excursión, —contestó Andrés con cierto nerviosismo, que seguramente percibió el extraño visitante.

—¡Ya! —dijo Silverio sin creerlo del todo—. Y por eso habéis estado toda la tarde recogiendo barro de la ciénaga y echándolo sobre la pierna rota de vuestro amigo.

Ahora sí que tenían miedo. Un sudor frío le recorrió toda la espalda a Alberto. El hombre que estaba dentro del improvisado refugio había estado espiándoles toda la tarde, vio lo que hicieron y en ningún momento se dignó ofrecerse para ayudarles, pensó Alberto. Le parecía estremecedor que una persona con sangre en las venas, fuese capaz de permanecer impasible ante lo que les ocurrió durante esa tarde. «¿Qué podíamos hacer tres críos de quince años contra un gigante de casi dos metros? ¿De dónde había salido ese extraño personaje, ataviado con ropas fuera de nuestra época y con un sombrero de las películas del oeste?».

Silverio se dio cuenta del recelo de los chicos. Los miraba a los tres sonriente,

como el asesino antes de destrozar a sus víctimas, pensaron los tres a la vez. No querían ponerse paranoicos, pero habían visto muchas películas y leído muchos libros sobre estos temas. Un homicida en serie que mata por el puro placer de hacerlo. Ya podían ver los titulares de la prensa al día siguiente: "Tres chicos aparecen degollados en la montaña de Belsité". No querían ni pensarlo. Andrés, el más fuerte, era también el que estaba más lejos de la entrada, él debía enfrentarse a Silverio, mientras Alberto le apoyaba desde la retaguardia. Juan, el pobre, no podía hacer mucho con la pierna dislocada.

—Estáis asustados, ¿eh? —habló en tono tranquilo y conciliador el gigante del gorro vaquero—. No preocuparos que no os voy a hacer nada, más bien os pienso ayudar.

Lo que confirmaba la macabra teoría que se fraguó en la mente de los tres amigos. Los asesinos en serie siempre se presentaban como personas afables y cordiales. Alberto volvió a imaginar los titulares: "Tres chicos aparecen descuartizados en las pozas de Belsité. Se sospecha conocían a su asesino, porque no ofrecieron resistencia".

El gigantesco visitante extrajo una botella de plástico de su enorme zurrón. No se podía ver el interior de la misma porque estaba liada con una cinta de color marrón, de las que se utilizan para embalar cajas. Se acercó a Juan, que yacía en el suelo asustado, mirando para todas partes. Quitó la chaqueta que cubría su pierna fracturada y con la mano que le quedaba libre, esparció parte del líquido oscuro, que había en la botella de plástico, por encima de la pierna de Juan. Tenía aspecto de ser barro. Andrés y Alberto se miraron y pensaron que posiblemente fuese el lodo mágico.

Juan seguía tumbado en el suelo. Su cara de miedo se había transformado ahora en cara de incredulidad. Examinó asustado todo lo que acontecía a su alrededor.

—Chicos —dijo Juan cuando apenas había pasado un minuto y mientras los miraba— parece que no me duele la pierna.

Al mismo tiempo que hablaba con voz temblorosa y animado por el desconocido se puso en pie. Lo hizo de forma torpe e inepta. Buscó apoyo en la pared de la habitación, pero ésta se encontraba demasiado lejos. Andrés y Alberto reaccionaron de inmediato y se ofrecieron a ayudarlo para que se pudiera incorporar. Sin perder de vista al extraño acompañante.

—Juan... ¿Estás bien? —le preguntó Alberto mientras alargaba la mano para cogerlo— ¿Puedes sostenerte en pie?

—El efecto del lodo aún tardará un rato, no es inmediato, —dijo la voz ronca de Silverio.

El gigante guardó la botella en su zurrón y encendió una pipa de madera que sostenía en su boca.

—¿Lodo? —preguntaron los tres al unísono.

—Sí —respondió—. Se trata del lodo mágico que habéis venido a buscar. Os he observado durante toda la tarde, viendo vuestros intentos infructuosos de encontrar el preciado bien. Hubiera preferido que os hubierais marchado sin comprobar sus poderes curativos, pero la fractura en la pierna de vuestro amigo ha cambiado mi decisión.

—Pero... ¿de dónde sale ese lodo? —preguntó Juan incorporándose, no sin dificultad.

Justo terminó de hacer la pregunta, cuando...

—¡Dónde está el vagabundo! —exclamó Andrés gritando, de pie en medio de la sala.

—Estaba aquí ahora mismo, no ha podido salir por la puerta, lo hubiera visto, —dijo Juan, mirando el único paso hacia el exterior que había en la casa.

—Tampoco está su mochila —observó Alberto—. No ha tenido tiempo de recogerla y largarse de aquí tan pronto. ¡No puede ser!

Los tres se asomaron fuera de la casa, no se veía nada en el exterior. La noche cubría por completo la ladera del río. Regresaron a la casa para guarecerse dentro, haciéndose un sinfín de preguntas sin respuesta. Comentando entre ellos la experiencia vivida durante toda la jornada y maravillándose de la pronta cura de la pierna de Juan, que daba vueltas por toda la estancia doblando y estirando la pierna. Acababan de tener delante lo que vinieron a buscar y no sabían cómo se había ido aquel gigante, sin ni siquiera decirles de dónde había sacado el lodo, cómo encontrarlo o dónde conseguirlo. Quizá la historia del abuelo de Andrés estaba retocada y realmente fue así, que vino un extraño y le roció el pie con barro. Nunca podrían saber la verdad de toda esa leyenda, pensaron los tres a la vez.

Estuvieron hablando largo rato, recordando una y otra vez la situación. Como entró Silverio en la estancia, dónde se colocó mientras hablaba y que estaban haciendo ellos cuando desapareció delante de sus narices. Dialogaron hasta que les venció el sueño. De vez en cuando Alberto se despertaba sobresaltado. Miraba a Juan y Andrés mientras dormían apaciblemente. Volvía a cerrar los ojos. Volvía a dormirse.

A la mañana siguiente se levantaron, recogieron sus cosas e iniciaron la marcha, río abajo, en busca del lugar donde dejaron aparcadas las bicicletas. Sobre las ocho de la mañana afrontaron el regreso hacia Guísar, llegando antes de las diez. Se subieron al tren y regresaron a casa al mediodía. En la Estación de Osca se despidieron y cada uno se fue a su casa. Durante el viaje apenas hablaron; había tantas cosas que decir que lo mejor era no decir nada.

Alberto no quería ni imaginarse la bronca que le esperaba, podía ser

impresionante. De camino a su domicilio iba pensando cual sería la mejor excusa que contar a sus padres. Tampoco quedaron de acuerdo con Juan y Andrés sobre las coartadas que podían construir. Pensó que lo mejor sería aguantar el chaparrón como pudiera y que sus padres se olvidaran pronto del asunto, esperaba que ellos, sus amigos, hicieran lo mismo.

De lo que vieron en Belsité ni una palabra, ese era el trato. Aparte de que nadie les creería, evidentemente, era mejor no comentar nada de las pozas, de las casas abandonadas, del tren fantasma que subía hasta Guísar y mucho menos de Silverio, que posiblemente sería un espectro o un espíritu de las montañas. No estaba seguro de ello, pero la forma en que apareció en la casa abandonada y el modo de marcharse de la misma, indicaba que había algo extraño en ese personaje. Además poseía el barro mágico, la prueba irrefutable de ello era la cura milagrosa que hizo de la pierna de Juan. Por lo que, después de todo, pudieron comprobar la existencia del lodo y saber que era cierta la historia que le contó el abuelo de Andrés a su nieto y que éste a su vez le relató a Juan y Alberto.

Era la una del mediodía cuando Alberto llegaba a casa. Sus padres le esperaban en el comedor. Sentados los dos, uno frente al otro, como suelen hacer cuando están de malhumor. Alberto entró abriendo con su llave y cerró la puerta saludándolos de inmediato, igual que hacía siempre.

—Hola, buenas tardes —dijo esperando la peor de las reprimendas.

—Buenas tardes Alberto —contestaron a la vez sus padres en tono indulgente. El padre sostenía un libro en las manos.

—¿Cómo ha ido el día en el río? —le preguntó su madre, como si no hubiera ocurrido nada anormal—. Has venido más pronto de lo previsto, no te esperábamos para comer. Nosotros ya lo hemos hecho. Esta tarde tenemos que ir al médico.

—Pues, ha ido bien, como siempre —respondió Alberto confuso, mientras se descalzaba y se ponía las zapatillas de estar por casa.

A su madre no le gustaba que anduvieran por el piso con los zapatos de la calle, según ella tenían muchas bacterias y podían transportar enfermedades que luego contagiaban a todos.

—Bueno hijo, esta tarde nos vamos tu padre y yo al médico. Ahora me encuentro bien, pero he tenido una fuerte crisis asmática —dijo la madre, mientras cogía la chaqueta de la percha que había en la entrada—. Tengo que visitar al doctor Gervasio y como tiene la consulta en su casa, no le ha importado visitarme en domingo. No creo que volvamos tarde, pero si ves que se hace de noche y no estamos aquí, cierra las cortinas y la ventana del balcón. Caliéntate algo de comer en el horno. En el congelador tienes una gran variedad de preparados, ya sabes como hacerlos.

A Alberto no le gustó un pelo la forma que tuvieron sus padres de llevar ese

asunto, el de su noche fuera de casa. Debía ser una nueva estrategia. Hablaban con él como si no hubiera ocurrido nada, igual que si acabara de llegar del río y después de marcharse esa mañana.

—Gracias mamá —respondió siguiéndole la corriente. Pensó que ya le dirían luego, si querían, en que acababa esa nueva forma de castigar su retraso.

Sus padres querían hacerle ver que no había pasado nada o quizá no había pasado nada de verdad, pensó Alberto. Todo apuntaba a que era domingo, y sus dos amigos y él salieron en domingo, si los cálculos no fallaban, en teoría debería ser lunes, ya que estuvieron un día completo en Belsité.

Cuando el chico se quedó solo en casa, llamó por teléfono a Juan y Andrés para que vinieran a pasar la tarde con él. Hablarían del asunto del lodo mágico y de por qué sus padres hacían como si no hubiera pasado nada esos dos días.

—Andrés —le dijo en tono tajante—, puedes venir esta tarde a mi casa, tenemos que hablar. Ha ocurrido algo que es mejor que te comente en persona.

—Sí, ya lo sé, supongo que a todos nos ha pasado lo mismo. Dentro de quince minutos estaré ahí —respondió Andrés, como si a él le hubiera ocurrido exactamente lo que le había sucedido a Alberto.

—Te encargas tú de llamar a Juan, —le pidió, desembrollando el cable del teléfono— mi padre controla el gasto telefónico y no quiero hacer muchas llamadas cuando no están ellos.

—Sí, descuida, ya le avisaré yo —respondió Andrés antes de colgar.

A las siete de la tarde se presentaron los dos en casa de Alberto. Venían con la misma cara de incredulidad que tenían cuando se desvaneció Silverio delante de ellos.

—Sentaos en el sofá —les dijo Alberto—. ¿Qué queréis beber? —les preguntó mientras se dirigía hacia la cocina en busca de algo para picar.

Allí observó la cantimplora que trajo de Belsité. Aún había restos de barro en el tapón. Miró su interior y, efectivamente, el gigante no terminó de vaciarla sobre la pierna de Juan y todavía contenía el supuesto lodo mágico. Como no tenía tiempo de limpiarla y sus amigos esperaban los refrescos, la guardó en un armario de la cocina y pensó enjuagarla más tarde, cuando se hubiesen ido Juan y Andrés.

—Una naranjada, —pidió Andrés mientras se sentaba en el butacón del padre de Alberto y agarraba el mando a distancia del televisor.

—Yo igual —dijo Juan, mientras asentía con la cabeza y se secaba una gota de sudor que le asomaba por la frente y dejaba sus gafas encima de la mesa del centro del comedor.

—Vaya historia... ¿no? —comentó Andrés—. He llegado a casa y parece como si no hubiera ocurrido nada. Todo está igual que el sábado por la noche antes de salir

hacia Guísar. Es como si sólo hubieran pasado unas horas desde nuestra partida. Mis padres no han comentado nada sobre el asunto, lo único que me han preguntado es cómo me ha ido el día de pesca.

—Es curioso, se supone que nuestros padres piensan que hemos estado pescando en el río grande de Guísar, durante toda la mañana del domingo y realmente no ha sido así, ¿dónde hemos estado verdaderamente el lunes, que es mañana?

—Una paradoja —exclamó Andrés—. Se ha producido un absurdo, un salto hacia atrás en el tiempo. Toda nuestra estancia en Belsité ha sido durante unas escasas horas. Posiblemente nos debimos quedar dormidos, por el cansancio de la subida, y al despertar pensamos que habíamos estado más tiempo del que realmente estuvimos. Todo lo que ocurrió fue un sueño.

—Ya —recriminó Juan—, y todos soñamos lo mismo, ¿verdad? Eso es más increíble que la teoría de la paradoja de Andrés.

—Sí, eso está bien... ¿y el vagabundo? —preguntó Juan— ¿Qué pasa con él?

—A lo mejor lo soñamos —argumentó Andrés, defendiendo la teoría de la alucinación colectiva—. Posiblemente nunca estuvo allí.

—¿Y la pierna de Juan? —preguntó Alberto a Andrés, que parecía tener respuesta para todo—, ¿cómo es que se curó tan rápido?

—¿Creéis que realmente estuvo rota? —aseveró seguro de sí mismo— posiblemente ni siquiera estuvimos en Belsité. Hablamos de ir allí y la noche pasada soñamos con eso. Era tanta la emoción contenida por la aventura de encontrar el lodo que es aceptable la hipótesis de la ilusión.

—¿Los tres hemos tenido la misma ofuscación? —interpeló Alberto extrañado por las explicaciones de Andrés, que aunque lógicas y coherentes, no dejaban de ser absurdas por el hecho de que era casi imposible que tres personas tuvieran el mismo sueño al mismo tiempo—. ¿Cómo es posible que Juan, tú y yo, hayamos fantaseado en nuestros sueños con la misma historia? Todos visteis el río que sube a las casas abandonadas. Todos pudisteis ver la pierna rota de Juan, el vagabundo, el túnel de la Limonera. Nunca había estado allí y sin embargo, seguro que soy capaz de describirlo. Eso significa, sin lugar a dudas, que lo ocurrido este fin de semana es verídico. Si los tres vimos las mismas cosas... ¿cómo es posible que fuera una alucinación?

—Mira, Alberto, no tengo explicación para tantos elementos divergentes, —se excusó Andrés—, pero te puedo decir que respecto a la subida hasta Belsité, se puede maquillar y pensar que fue una alucinación colectiva. Pero lo de que hoy es domingo, eso es un hecho contrastado, es decir: medible y verificable. Lo cual invalida la otra explicación, de que esto es un montaje de nuestros padres para desorientarnos.

—Sí —interrumpió de nuevo Alberto, echando un poco más de naranjada en los vasos vacíos de sus amigos—, parece un poco absurdo que nuestros padres,

suponiendo que supieran lo que hemos hecho, optaran por ponerse de acuerdo con el único objetivo de darnos una lección.

—A mí me parece demasiado rebuscado —apostilló Juan—, conozco bien a mi familia, sobre todo a mi madre, y no creo que hubiera aceptado todo este engaño solo para desconcertarme. Creo que ella es incapaz de engañar, ni tan siquiera para darme una lección. Si piensa que me he pasado toda la mañana en el parque de Osca, junto al río, hablando con mis amigos, como siempre suelo hacer, es que realmente creen que ha ocurrido eso.

—De todas formas, mañana, durante el recreo, iremos al despacho de don Luis —anunció Andrés mientras sorbía un trago de zumo—. Él no nos mentirá. No le diremos lo que pensamos que ocurrió, pero sí le preguntaremos cosas sobre los hechos acontecidos este fin de semana. El profesor de historia es un hombre culto y muy comprensivo, él sabrá orientarnos. Seguro.

—Lo mejor será decirle la verdad de todo, creo que es la única persona que nos puede aclarar algo de lo sucedido —afirmó Juan, más exaltado que nunca.

Los tres bebieron un buen trago de zumo de naranja. Y sonrieron...



Don Luis

Lunes 02 de noviembre.

A la mañana siguiente iniciaron los tres amigos la semana escolar. Y como de

costumbre, la primera clase del lunes siempre era de matemáticas. La impartía la señorita Trinidad. Ninguno de los tres amigos prestaron mucha atención a la lección de ese día. La profesora no les dijo nada, por otro lado normal, había que tener en cuenta que era lunes y los maestros solían ser más permisivos respecto a la distracción de los alumnos.

A la hora del recreo se dirigieron los tres al despacho de don Luis, querían hablar con él sobre el tema de Belsité y el pozo de barro mágico. El profesor de historia era una persona muy culta e inteligente y buen conocedor de toda la comarca de Osca. Él, indudablemente, sabría orientarles acerca de lo ocurrido. Los tres recordaban como en alguna de sus clases había utilizado leyendas populares para explicar algún tipo de acontecimiento histórico. Por supuesto no le mencionarían, ni por asomo, que el objetivo principal de conseguir el tan ansiado fango milagroso, era para reponerle a él de su mortífera enfermedad. Pensaron, lógicamente, que no lo aprobaría.

—¿Se puede? —preguntó Andrés mientras abría la puerta lentamente.

—Adelante —se oyó una voz débil desde el interior de la estancia.

Los tres amigos entraron en el interior de un enorme despacho. Era realmente impresionante ver la cantidad de libros que adornaban las grandiosas estanterías de madera. En el centro, y como presidiendo la estancia, había una enorme mesa de caoba, con un confortable sillón tipo Luis XV. En un rincón de la sala se encontraba un sofá de piel, alumbrado por una lámpara de bronce con una cantidad importante de decorados en el pie de la misma. Por toda la pared pendían multitud de títulos y distinciones, todos con el nombre del profesor don Luis en letra negrita. El maestro estaba sentado en el sofá y tenía recogida, en una coleta, su enorme melena blanca, que normalmente llevaba suelta. Los miró a través de sus gafas pequeñas y cuadradas, fumando una enorme pipa blanca, de espuma de mar, y dejó sobre sus rodillas un libro abierto, que estaba leyendo justo al entrar ellos.

—¿Qué os trae por aquí muchachos? —dijo mientras se acariciaba la poblada barba gris.

—Hola don Luis —saludaron todos a la vez—, queríamos hablar con usted..., si fuese posible, sobre un hecho que nos ha ocurrido y, posiblemente, usted sepa de que se trata.

Andrés hablaba como los indios, con frases entrecortadas. Nervioso.

—Vamos a ver, chaval, no me estoy enterando de nada —don Luis se expresaba con una claridad característica, era imposible no entenderlo cuando vocalizaba de forma tan limpia. Pronunciaba despacio, sin prisas, siendo improbable no asimilar sus explicaciones—. Acomodaos en el sofá e ilustradme despacio y de forma entendible lo que tanto os preocupa.

Los chicos se sentaron en el tresillo que había al lado de la mesa del despacho. Lo hicieron igual que las visitas incómodas: en la punta del sofá y con las rodillas juntas.

—Andrés habla tú, que te explicarás mejor que nosotros dos —le dijo Alberto, mientras hacía el ademán de que su amigo recitara todo lo que les había ocurrido el fin de semana.

—Bueno, pues, mi abuelo padeció gangrena en un pie —Andrés hablaba de forma muy nerviosa, tartamudeando— y me contó, que hace años, estando de excursión en Belsité, encontró por casualidad...

—Una poza llena de lodo mágico —interrumpió don Luis sin dejarle acabar la frase—. Sí, ya conozco ese suceso, hace mucho tiempo que tengo conocimiento de él. Acordaos de que nací en Osa y me he relacionado con la mayoría de habitantes de aquí. Tu abuelo y yo éramos muy buenos amigos.

—No lo sabía, nunca me dijo nada —exclamó Andrés asombrado, desconocedor de la amistad que tenían su abuelo y don Luis—. Pensaba que sólo eran conocidos del pueblo, pero no íntimos.

—No, la verdad, es que nunca tuve oportunidad de charlar contigo sobre esto.

Don Luis se expresaba ahora con un tono melancólico. Mientras hablaba aporreaba la pipa en el cenicero de cristal para vaciar la carbonilla y con cuidado de no romperla.

—El día que cayó en las pozas de Belsité yo estaba con él. Nos hallábamos los dos juntos, sentados, saboreando nuestras pipas de madera. Era invierno, creo que debía ser el mes de noviembre o diciembre, no lo recuerdo exactamente.

Los tres se miraron con una mezcla de incredulidad y asombro. Entonces era don Luis la persona que acompañaba al abuelo de Andrés cuando se cayó en la poza, pensaron al mismo tiempo.

—La tarde duraba poco tiempo, la noche cubría el cielo rápidamente. Benjamín y yo, estábamos sentados en una de esas enormes piedras blancas, admirando una lluvia incesante de meteoritos, estrellas fugaces, que desde Belsité se ven perfectamente. Tu abuelo resbaló y sé desplomó dentro de la balsa. No era muy profunda, así que no había peligro de hundimiento. Le alargué mi mano para que se cogiera y estiré con todas mis fuerzas hasta que él salió fuera. Mi pipa, gritaba como enloquecido. No te preocupes Benjamín, ya la rescato yo, le dije para tranquilizarlo, mientras extendía mi mano en el interior del agua buscando la preciosa pipa de madera de brezo de tu abuelo. Al final la encontré. La dejé encima de una roca blanca, justo al lado de donde estábamos nosotros, pensando en recogerla cuando se secara.

—¡Caray! Entonces es verdad la historia de tu abuelo —dijo asombrado Alberto y mirando con aire de disculpa a Andrés.

—¡Claro! Acaso dudaste de ello. Ya te dije que mi abuelo nunca mentía y menos en una narración de ese estilo —comentó Andrés, mientras animaba al profesor a terminar la crónica.

—Entonces, don Luis... ¿es cierto lo del lodo mágico que cura cualquier

afección? —preguntó interesado Alberto mientras se incorporaba en su asiento.

—Puede que sí y puede que no —respondió de forma evasiva don Luis mientras introducía tabaco en la cazoleta de la pipa—. Podéis apreciar el estado en que me encuentro. Una terrible enfermedad degenerativa se ha cebado en mí, cada vez estoy más postergado, casi no puedo caminar y el dolor es insufrible. Me queda poco de estar entre vosotros. ¿Creéis que sí realmente existiera ese lodo mágico no lo hubiera buscado con todas mis fuerzas?

—Pero profesor, usted estuvo allí, —intentó convencerlo Alberto a toda costa— pudo ver lo que el lodo mágico hizo con el pie del abuelo de Andrés. Quién mejor que usted para corroborar la capacidad sanadora del lodo de Belsité.

—¿Habéis estado allí? —preguntó el profesor.

—Sí, de eso es de lo que queríamos hablarle, —contestó Andrés.

—¿Y bien?

Don Luis encendió una cerilla y la dirigió hacia el hornillo de su pipa de espuma de mar, dando unas fuertes caladas.

—El domingo salimos hacia Guísar. Subimos nuestras bicicletas al último tren de la noche y viajamos hasta la última estación. Queríamos llegar a Belsité a primera hora de la mañana.

—¿El domingo? —preguntó el profesor de historia, mientras daba una pipada a su cachimba.

—Sí —confirmó Andrés—. No le quiero entretener con las anécdotas del viaje, pero llegamos hasta las pozas, estuvimos donde las casas abandonadas y Juan se despeñó por una de las pendientes que hay justo al lado del río. Se rompió una pierna a causa del accidente.

—¿Cómo sabes que estaba fracturada? —dudó don Luis, mientras volvía a encender la pipa que se le había apagado.

—Por los síntomas que presentaba —replicó Andrés, seguro de lo que decía.

—¿Y cuales eran esos signos tan evidentes de que la pierna se había roto? —desconfió don Luis mientras apretaba el tabaco con el dedo pulgar—. Para saber que la pierna de vuestro amigo Juan se había curado, primero había que establecer si realmente estaba partida... ¿no es así?

—Presentaba los cuatro indicios —corroboró Andrés—. Dolor, síntoma capital, suele localizarse sobre el punto de fractura. Aumenta de forma apreciable al menor intento de movilizar la pierna y al ejercer presión, aunque sea leve, sobre ella. Deformidad, tenía una desfiguración característica. Hematoma, se produce por la lesión de los vasos que irrigan el hueso. Y por último, fiebre...

Andrés había recitado las cuatro propiedades de una pierna fracturada, como si las estuviera leyendo en una enciclopedia de la salud.

—Vale, vale, es un hecho que la pierna de Juan llegó a fracturarse —asintió don

Luis—. Pero... ¿cómo se curó? Ahora parece que la tiene completamente restablecida —dijo posando sus ojos sobre la pierna de Juan.

Don Luis hablaba sin quitarse la pipa de la boca. La movía de un lado para otro con una habilidad característica de los buenos fumadores.

—Nos refugiamos en una de las casas abandonadas —explicó Andrés—. La que nos pareció más entera. Cuando llegó la noche, apareció un vagabundo que...

—¿Apareció? —volvió a interrumpir don Luis.

—Sí, Andrés, —le recomendó Alberto— habla más despacio. No hay prisa, cuenta los hechos de forma cronológica.

Juan los miraba a todos emocionado, esperando que llegara su turno para poder explicar como se curó su pierna.

—Bueno, sigo —dijo Andrés—. Estábamos dentro de la casa, en lo que debió ser el salón. Acabábamos de encender una fogata para calentarnos y también para tener iluminación. De repente, sin esperarlo, una sombra se manifestó en la única puerta de entrada a la habitación. Era un hombre alto, corpulento, con barba desarreglada de varios días y con un sombrero vaquero lleno de manchas, como las que dejan los regueros de agua.

—¿Fumaba en pipa? —interrumpió el profesor de historia.

—Sí —continuó Andrés—, en el momento de entrar tenía la pipa colgando de la boca. Era una de esas de madera de brezo, como la que tenía mi abuelo.

—Si la historia que cuentas es cierta, posiblemente no sea como la que tenía tu abuelo, sino que..., era la de tu abuelo —afirmó tajante don Luis.

—¿La del abuelo de Andrés? —exclamaron a la vez Juan y Alberto, sin salir de su asombro.

—Exacto —apuntó un impresionado don Luis—, eso es lo que no os había dicho aún. El poder de curar enfermedades no está en la charca o en el lodo. La capacidad milagrosa se encuentra en la pipa del abuelo de Andrés. Ésta se cayó en la ciénaga el día que estuvimos allí arriba, eso es lo que hizo que el fango adquiriera momentáneamente la posibilidad de sanar. Lo que realmente tiene magia es la pipa de madera de brezo. Pero no lo hace de forma independiente, por algún extraño sortilegio, que ni el abuelo de Andrés, ni yo, llegamos nunca a comprender, lo que cura las enfermedades es la combinación del barro de Belsité, con la pipa de madera. Además tiene que ser en una fecha determinada, recuerdo que tu abuelo se cayó en la charca de lodo el mes de noviembre —reflexionó don Luis—, por lo que intuyo que sólo hace efecto durante ese período del año. Pero todo eso son teorías, en estas cosas es imposible acertar de forma científica.

—La pipa del abuelo Benjamín —siguió narrando don Luis, mientras los chicos enmudecieron perplejos—, era de madera de brezo, el mismo material con que se hace el carboncillo para dibujar y las mejores cachimbas que existen. A éste se la

compró su padre, es decir, el bisabuelo de Andrés, recién terminado el servicio militar. La fue a buscar de propio a una fábrica que había en la provincia de Girona, en La puebla de Cabreros. Era una pipa especial, no es posible que haya otra igual en todo el mundo. Lo que la hace única es las marcas en la boquilla de cuerno de alce con un nombre tallado en ella: MENUTO.

—¿Menuto? eso es exactamente lo que ponía la pipa que llevaba Silverio —vociferó Juan incorporándose en el tresillo.

—¿Silverio? —preguntó atónito el profesor de historia.

—Sí, ese era el nombre del vagabundo —replicó Alberto, intentando interrumpir lo más mínimo la interesante historia de don Luis.

—Pues posiblemente os engañó —aseveró el profesor mientras sostenía la pipa en la boca y sujetándola con la mano—. Su nombre real es Menuto. Dijo que se llamaba Silverio, porque es un nombre que proviene del latín y significaba "bosque selvático". Los menutos se sienten muy identificados con la espesura del monte.

—¿Los menutos? ¿Qué significa Menuto? —preguntó Alberto, fascinado por la crónica de don Luis, mientras le hacía un gesto a Andrés para que le diera un trozo de regaliz.

—Los menutos son unos duendes de la zona donde vivimos, muy conocidos entre vuestros abuelos —explicó el profesor de historia muy ilustrado en todos estos temas—. Ahora ya no aparecen como antiguamente y no interfieren en los quehaceres diarios, pero antes de la expansión de la ciudad de Osca, pululaban a sus anchas por los campos y montañas de toda la comarca. Son magos y tienen propiedades curativas. El que es amable con ellos tiene un fiel aliado. El padre de Benjamín, el bisabuelo de Andrés, tuvo relación con uno de esos duendes.

—¿Relación? —dijo Andrés, con la cara totalmente desencajada—. Don Luis, se lo ruego, relate los detalles de la amistad entre mi bisabuelo y el duende Menuto. Son aspectos de mi familia que desconozco por completo.

—Os vais a perder la clase de lengua española que viene a continuación del recreo —afirmó el profesor de forma contundente—. Y ya debéis saber que lo primero son los estudios. Los cuentos los podemos dejar para después de las clases.

—Esto es más importante para nosotros. Debemos saber todo lo ocurrido para poder encajar algunas piezas —organizó Juan.

—Está bien —asintió el profesor de historia—. Avisaré a la profesora de lengua de que estáis aquí. Ya me inventaré cualquier excusa. Esperad sentados a que vuelva y procurad que no os vea nadie.

Don Luis salió del despacho, no sin dificultad, andando muy despacio y ayudándose con un bastón recio de madera. Los chicos cerraron la puerta y se quedaron en silencio, mirándose con cara de incredulidad. Primero el lodo mágico y ahora la pipa de brezo con cuerno de alce de un duende. Tenían la sensación de estar

viviendo un cuento de hadas.

—¿Creéis que Silverio era un duende? —preguntó Juan mientras ojeaba los innumerables libros del despacho de don Luis. Las estanterías llegaban hasta el techo y hasta en los espacios más pequeños había encajado algún tomo.

—No lo sé —respondió Andrés, haciendo el ademán de negar con la cabeza—. Pero lo que está claro es que don Luis sabe más que nosotros de todo este tema. Estoy deseando que nos cuente más cosas sobre el duende y la relación que tenía con mi bisabuelo.

—El truco, por lo visto —puntualizó Alberto, mientras observaba una replica preciosa de La Gioconda de Leonardo Da Vinci, que estaba en la pared que había enfrente de la puerta de entrada—, reside en la pipa, y no en el barro, como pensamos en un principio.

Don Luis regresó de hablar con la profesora de lengua. Abrió la puerta muy despacio y se esperó, disimuladamente, a que pasara por delante una alumna rezagada de la clase de al lado. El profesor entró en su despacho, con bastantes apuros. Sin querer que le ayudara nadie, se sentó en su butacón, donde aún permanecía humeante la pipa de espuma de mar y que dejó antes de salir, sobre la mesita.

—¿Dónde estaba chicos? —preguntó mientras cogía la cachimba y se la llevaba a sus enrojecidos labios—. Sí, bueno, la historia es, que el padre de Benjamín volvía en tren del largo viaje que había hecho para comprar la pipa a su hijo, el abuelo de Andrés, y en una de las paradas se bajó para comer algo. Era un apeadero sencillo, con la cabina del jefe de estación y un pequeño kiosco donde comprar la prensa y algún bocadillo que vendía una mujer mayor, que atendía de forma malhumorada. La parada del ferrocarril duró más de media hora, tiempo suficiente para dar un pequeño paseo por el lugar. Para que no le robaran su equipaje, el bisabuelo de Andrés se bajó con el macuto y se sentó encima, mientras comía un bocadillo de embutido.

Los tres amigos estaban completamente embobados oyendo el relato de don Luis. Era magnífico narrando. Vocalizaba perfectamente y su forma de reseñar los hechos ocurridos hacía que los chicos se transportaran a esa estación de tren, como si realmente estuvieran allí.

—Había terminado el bocadillo hacía rato —siguió explicando don Luis, mientras inhalaba enormes pipadas—. Bebió agua de su cantimplora metálica y para hacer tiempo se dispuso a ojear un libro que llevaba en su zurrón. Cuando abrió el macuto, no podía salir de su estupor, la boquilla de la pipa que compró para su hijo, se había fracturado. Posiblemente cuando se sentó encima de la mochila. No se debió dar cuenta, pero la boquilla estaba partida por la mitad. Que desastre, no podía regresar a casa sin el preciado regalo de su vástago. Pensó en volver al pueblo donde había comprado la cachimba y encargar otra, pero el viaje le llevaría mucho tiempo y su mujer le esperaba en casa. En esa época, supongo ya lo sabréis —puntualizó—, no

había teléfonos móviles y las cabinas telefónicas de las estaciones muchas veces no funcionaban. Así que un viajero que estaba de pie en el arcén, viendo lo que había ocurrido, se ofreció para ayudar al pobre Benjamín.

—¿Por qué era tan importante la pipa?

—Buena pregunta Alberto —contestó amable don Luis—. El abuelo de Andrés, es decir, Benjamín, estuvo dos años en la guerra y cuando volvió su padre le prometió la pipa que había ido a buscar a la provincia de Girona. No podía defraudar un juramento tan importante hecho a un moribundo.

—¿Moribundo? —preguntaron los tres incrédulos.

—Vaya, no os lo había dicho aún. El abuelo de Andrés ya estuvo a punto de morir en la guerra civil. Le hirieron gravemente. Una bala perdida le atravesó un pulmón y los médicos le desahuciaron y lo mandaron a casa para que estuviera con los suyos los últimos días de su vida. Al final se recuperó de tal forma que se restableció completamente y no le quedó ninguna secuela de aquella herida. Tu abuelo —dijo mientras miraba a Andrés—, era un hombre muy fuerte y con mucha suerte.

—¿El viajero? ¿Cómo lo ayudó? —preguntaron inquietos por la excitante historia.

—Se trataba de un vendedor ambulante, de esos que van por los pueblos ofreciendo productos extraños traídos del África. Extrajo un cuerno de animal de su morral. Con una navaja afilada lo talló. Le pidió la pipa a tu bisabuelo, para poder tomar las medidas. Cinceló el asta y comprobó el resultado con la cachimba de madera. Finalmente encajó a la perfección la nueva boquilla. La embutió dentro de la pipa y pudo contemplar como le daba un aspecto majestuoso. ¿Qué le debo por esto? —preguntó Benjamín al desconocido—. Éste le dijo que no había sido nada y que estaban en paz. ¿Dígame su nombre por lo menos? —volvió a preguntarle—. Está grabado en la boquilla —le contestó mientras se perdía por el bosque que rodeaba a la estación.

—El nombre es Menuto, claro —afirmó Andrés ante la evidencia.

—Así es, de esta forma —seguía relatando don Luis—, fue como el abuelo de Andrés recibió la pipa con boquilla de cuerno de alce, tallada por un duende y que posiblemente tenga poderes mágicos. Eso es lo que sana y no el barro, como pensáis vosotros. Toda mi vida la he sacrificado en buscar la pipa de brezo y mi esfuerzo ha sido infructuoso. Siempre he pensado que si pudiera inhalar una bocanada de humo de esa joya de los duendes, mi mortal enfermedad sanaría al instante. Pero las posibilidades de cura desaparecieron el día que tu abuelo resbaló en aquella charca de Belsité, para mi desgracia.

—Disculpe profesor —interrumpió Andrés— hay una cosa que no entiendo. ¿Si ya conocía usted los poderes de la pipa de mi abuelo, por qué no fumó en ella antes de que se perdiese y así poder curarse?

—¡Ay, querido jovenzuelo! la capacidad de la cachimba no es ilimitada, tienen que confluír, como ya os dije antes, dos cosas: primero, sólo funciona durante el mes de noviembre; es posible que tenga relación con el día uno, conmemoración de todos los Santos. Segundo, no lo hace directamente, sólo actúa a través del lodo que hay en el pantano de Belsité; por causas que no llego a comprender, tienen una extraña relación el barro y la boquilla de cuerno de alce.

Los chicos pensaron que en las dos versiones de la historia que conocían, la del abuelo de Andrés y la que experimentaron en las pozas, coincidían esas condiciones: mes de noviembre, barro de Belsité y pipa de madera de brezo.

—¿Y no puede ser que el responsable de curar sea el barro de las pozas, sin la ayuda de la cachimba del duende? —preguntó Juan razonablemente.

—No, si así fuera —respondió don Luis sin dejar de acariciar su barba—, se hubiera curado la pierna de Juan con el lodo que trajisteis desde la charca.

—¡Es verdad! —asintieron los tres.

—De la misma forma —argumentó el profesor de historia—, si el poder de sanar residiera exclusivamente en la pipa, me hubiera curado de mi enfermedad, una vez que llegué a fumar con ella, para comprobar si realmente era milagrosa. Es por eso —siguió con su tesis don Luis—, que he desarrollado la teoría de la confluencia del lodo y la pipa, en una fecha determinada, como puede ser el mes de noviembre, para que produzca el efecto milagroso.

—¿Y el tiempo? —preguntó Alberto, para romper unos segundos de silencio incómodo que se habían producido después de la última explicación del profesor.

—¿Qué tiempo? —replicó ignorante don Luis y dejando la pipa en un cenicero de cristal que había delante del sillón donde estaba sentado.

—Cuando subimos a Belsité, —aclaró— lo hicimos el domingo treinta y uno de octubre, estuvimos un día entero allí arriba y cuando regresamos a nuestras casas, aquí no ha pasado el tiempo. Es decir, hemos regresado el mismo día que nos fuimos, a pesar de estar veinticuatro horas ausentes.

—La aparición del Menuto paraliza el transcurso de los intervalos temporales —mientras hablaba don Luis cogió una petaca con tabaco y se dispuso a cargar la pipa—. Seguramente se os pasó el frío el mismo momento que hizo acto de presencia el duende. De la misma forma, si estuviera lloviendo, se hubiese detenido al instante el goteo del agua. Su sola presencia, cuando se produce en la montaña, es capaz de originar cambios climáticos. Es una de las facultades de los Menutos. Pero no la única, tiene así mismo la cualidad de detener el transcurso del tiempo, pero solo por lapsos muy cortos. Es decir, no es posible que lo haga durante un año, por ejemplo.

—Pero..., el duende —afirmó Andrés— sólo estuvo con nosotros unos instantes, el tiempo se debería detener ese intervalo y no durante un día completo.

—Eso pensáis..., pero posiblemente estuvo detrás de vosotros durante todo el

viaje y sólo se manifestó cuando a él le convino. Eso —argumentó don Luis— puede ser la explicación de la detención del tiempo durante ese día que permanecisteis en las pozas de Belsité. Fue el período que el duende se encontró junto a vosotros; aunque no lo supierais. Por eso no paso el tiempo desde que subisteis al tren de Osca hasta que volvisteis a bajar en él. De todas formas, la paralización del tiempo por parte de los Menutos es deliberada, no se produce con su sola presencia, de forma espontánea; tiene que ser que ellos quieran que se produzca.

Los chicos salieron del despacho alucinados. La leyenda que les acababa de contar don Luis y su propia experiencia en el pantano, les hizo pensar mucho.

—Esta tarde quedaremos en el parque —comentó Andrés—. Tenemos que hablar de todo esto. Hay que trazar un plan de actuación.

—¿Un plan? —preguntó Juan visiblemente asustado.

—Sí, eso he dicho, —contestó Andrés— debemos encontrar al duende y arrebatarse la pipa. No os habéis dado cuenta —exclamó—, tenemos que curar a don Luis durante este mes de noviembre, lo más tardar. Está muy cascado, no creo que resista mucho tiempo con su enfermedad.

—¿Por qué don Luis? ¿Por qué no podemos sanar a otros? —alegó Alberto en defensa de tanta gente enferma que había en el mundo.

—Porque él nos ha explicado cómo hacerlo —insistió Andrés—. Nosotros somos su única posibilidad. Es un hombre bueno y se lo debo por ser amigo de mi abuelo. Perdió su oportunidad el día que extravió la pipa en la ciénaga. Pensad en todas las cosas que ha hecho por todos nosotros, por nuestros padres, a los que también dio clase en el colegio Santa Ágata. ¿No os dais cuenta? Tenemos que subir a Belsité durante este mes de noviembre, coger lodo de las pozas y rescatar la cachimba de las manos del duende Menuto.

—¡Pues pides poco! —comentó Alberto—. Volver a subir hasta allí, encontrar las casas abandonadas, coger agua... Eso más o menos es factible. Pero..., que se aparezca el gigantesco duende y encima quitarle de sus enormes manos la pipa de madera..., eso, querido amigo, es harina de otro costal.

—El duende no hay que buscarlo en el pantano, —siguió explicando Andrés—. Se nos apareció allí para curar la pierna rota de Juan, pero seguramente nos siguió durante todo el viaje, desde la estación de Guísar, como ha sugerido don Luis. Os habéis fijado en las coincidencias respecto a las estaciones de ferrocarril. Los espectros sólo pueden estar en lugares cerrados, como casas, chozas, edificios, estaciones. Silverio nos estuvo siguiendo desde el andén de Osca, es allí donde vive. Debió acompañar a mi bisabuelo desde que le talló la boquilla de cuerno de alce y se ha establecido aquí, en la estación de tren.

—¿Cómo estás tan seguro? —preguntó dubitativo Juan y secándose el sudor de la frente.

—Porque me acabo de dar cuenta que cuando subimos al tren aquel domingo, él estaba allí, le vi en el apeadero de la estación —afirmó de forma tajante Andrés, mientras se le iluminaban los ojos—. Sólo fue durante un instante, creí que era una alucinación, pero me he dado cuenta de que realmente estaba allí ¡Vi al Menuto!

A las seis de la tarde se encontraron los tres amigos en la dehesa, como de costumbre. Se vieron en la roca que había en la entrada, junto al letrero de "coto privado de pesca". Trajeron bocadillos y unas latas de naranjada, la tarde se preveía larga y convenía dotarse de provisiones suficientes.

—Bien —empezó a hablar Andrés, que para eso era el nieto de Benjamín, la primera persona que se había curado con el lodo—, la cosa está clara, ¿no? El duende, o lo que sea, habita en la vieja estación de tren de Osca. Pienso que si volvemos a viajar hasta Guísar, él nos seguirá como hizo la otra vez. Ese debe de ser el primer paso.

—Bueno, no es que quiera desanimarte —dijo Alberto, un poco escéptico con el plan trazado por Andrés—, pero has pensado que el Menuto quizá sólo nos siguiera por ser víspera del día de los difuntos, es posible que otro día diferente no haga nada.

—Es posible, pero eso no lo podemos saber si no lo intentamos —replicó Andrés contundente—, por eso propongo probar, aunque sólo sea una semana, a ir cada día a la estación de tren y hacerlo con los ojos bien abiertos, para comprobar si podemos percibir la presencia del duende en el arcén. ¿Qué os parece?

—A mí, bien —contestó Juan animado—, el único problema que veo es convencer a nuestros padres de que nos dejen pasar tantas noches fuera de casa. Hemos de pensar que regresaremos cerca de las doce. Y eso es muy tarde.

—Yo propongo aprovechar la justificación de los exámenes y usarla como excusa para decir que estamos en casa de uno de nosotros —afirmó Alberto, seguro de ser un buen plan—. El mes que viene empiezan los exámenes parciales, éstos serán nuestra coartada.

Se quedaron un minuto en silencio. Cabizbajos. Pensativos.

Al final llegaron a un acuerdo entre los tres. Trazaron un plan. Escogerían el martes como primer día para empezar la labor de buscar al duende Menuto. Pactaron lo que le dirían a sus padres mientras durara la búsqueda. Cada uno de ellos diría que estaba en casa de otro, estudiando para los exámenes parciales de diciembre. Las posibilidades de que alguno de sus padres se enterara era remota. Pero dada la misión que habían planeado, bien valía la pena arriesgarse. Juan, como de costumbre, dudó de que fuera un buen plan. «Mi madre no me creerá», dijo. Andrés y Alberto le convencieron para que se lo dijera a su madre sin dudar, sin tartamudear y sin pasarse el pañuelo por la frente para quitarse el sudor. Andrés le explicó que era cuestión de auto convencimiento, de creerse lo que iba a decir y así no se le notaría que mentía.

Alberto, por su parte, le hizo ver que mentir para una causa noble no era mentir.



El tren fantasma

Martes 03 de noviembre.

Eran las nueve de la noche y los tres amigos se encontraban en la estación de

ferrocarril de Osca. Puntuales, como habían quedado. Hacía tanto frío que allí no estaba ni el mendigo que dormía debajo del reloj del apeadero. La taquilla de venta de billetes permanecía cerrada.

—Chicos, no sé vosotros —articuló Juan—, pero tengo tanto miedo que me cago encima. Os habéis fijado que no hay ni un alma en la estación. ¿Cómo es posible?

—Pues muy sencillo —respondió Andrés—, en esta época del año, y con las bajas temperaturas, lo normal es que nadie coja el tren que sale a estas horas. Esta línea sólo funciona bien a partir de Junio, con el calor empiezan a subir pescadores y bañistas hasta Guísar.

—Eso está bien —replicó Alberto—. Pero si no se utiliza... ¿Por qué sigue funcionando?

Era una pregunta retórica que ya se habían hecho la vez anterior.

—Hombre Alberto, la explicación es que quizá este tren deba dormir en Guísar, precisamente es el primero que sale de allí por la mañana —argumentó, razonablemente, Andrés—. Por eso sale de aquí a las diez de la noche, llega a las dos de la mañana y así, de esta forma, puede volver a Osca al día siguiente. ¿No te parece?

—Bueno, visto así tiene suficiente lógica —accedió Alberto, complacido por la explicación de Andrés.

—Todavía deben de estar nuestras cosas de pescar en el antiguo almacén de tabacos —exclamó Alberto al darse cuenta de que no recogieron las cañas al volver de Belsité.

—¡Es verdad! —afirmó Andrés mientras miraba a Juan—. Nos las llevaremos hoy, cuando volvamos a casa.

A las diez menos cinco el tren se aproximó lentamente a la estación. No se observaba al conductor, como la otra vez. El convoy frenó de forma escandalosa, chirriando las ruedas de acero y despidiendo destellos amarillos y azules, que se desvanecieron al impactar contra la vía.

Se detuvo justo delante de los chicos. Igual que hizo la vez anterior, como si alguien o algo le dijese al tren dónde debía pararse.

No se bajó nadie.

Pasaron unos segundos o quizá minutos... Silencio.

De repente, al fondo del andén se observó una sombra difusa. Una silueta que se confundía con la penumbra.

—¡Habéis visto! —gritó Andrés como si se lo llevara el demonio—. ¡Allí, mirad, la sombra que os dije la otra vez!

Efectivamente, al fondo del muelle de la estación se distinguía claramente una silueta humana. Parecía maltrecha, malparada y deforme. Se aproximaba hacia ellos

lentamente; y aunque era más bajo que el duende que vieron en Belsité, infundía el mismo respeto.

Alberto le agarró el brazo a Juan y se puso delante de él. Andrés se puso delante, era el más valiente de los tres y el más fuerte. Los dientes de Juan castañeteaban como una máquina de escribir antigua, con un ruido constante y molesto.

La figura seguía acercándose hacia ellos y se empezaba a distinguir su apariencia.

—¡No es el duende! —exclamó Andrés—. ¡Es el jefe de estación! ¡Es don Pablo!

Ahora lo podían ver los tres perfectamente, se trataba del siempre ausente jefe de estación. Lo conocían de haberlo visto en alguna ocasión durante el día.

Don Pablo era una persona afable, el típico abuelo entrañable. Extremadamente delgado, su cara parecía una calavera, no era demasiado alto y aparentaba ser más viejo de lo que en realidad era. Siempre lo habían visto bien afeitado y portando el característico gorro de jefe de estación, que le hacía parecer un gendarme francés.

—¡Don Pablo! —voceó Andrés— ¿Qué le trae a la estación a estas horas?

—Vosotros —respondió con voz cansada—. Sabía que estaríais aquí, me lo imaginé. He venido a contaros algo que creo debéis saber.

Se detuvo unos instantes para recuperar el resuello y enseguida dijo:

—¡No tenéis que fiaros del Menuto!

Los tres amigos se miraron entre ellos escépticos, desconfiados. Se estaba ampliando el abanico de personas que conocían la historia del lodo mágico y del Menuto. Primero fue don Luis, quien estaba al corriente de la existencia del duende y de las propiedades milagrosas de la pipa de madera de brezo. Ahora don Pablo, que les decía que no se fiaran del Menuto.

—¿Cómo sabe usted la historia del duende? —preguntó Alberto bastante incómodo y extrañado.

—Os estuve observando la última noche que pasasteis por aquí —aclaró—. No dije nada para no asustaros, pero escuché vuestra conversación y tengo que deciros que conozco a los Menutos desde hace tiempo, no en vano he sido jefe de estación los últimos treinta años.

—¿Por qué no tenemos que fiarnos de él? —preguntó Alberto bastante asustado después de la declaración de don Pablo—. ¿Qué nos puede hacer ese duende?

—Los menutos —siguió explicando el jefe de estación—, son buenos con los seres humanos, incluso de gran ayuda, pero si los azuzan o atosigan, pueden llegar a ser muy peligrosos.

—¿Peligrosos? —gritó Juan.

Las declaraciones de don Pablo estaba acongojando a los tres amigos.

—Sí —siguió diciendo—. Igual que pueden utilizar todos los medios a su alcance para sanar a personas o ayudar en sus problemas, pueden utilizar ese mismo poder para lo contrario, es decir...

—¿Maldiciones? —interceptó Andrés que se acababa de llevar un trozo de regaliz a la boca.

—¡Exacto! —replicó don Pablo— la maldición del Menuto es eterna y, que yo sepa, no hay manera de desprenderse de ella.

—Entonces no tenemos forma de conseguir arrebatarse la pipa de madera —planteó de forma congruente Andrés.

—No he dicho eso exactamente —replicó el jefe de estación—. Una cosa es acosar al duende y otra, bien distinta, es quitarle la cachimba de brezo de sus manos sin que él se moleste y sin que os maldiga de por vida.

—Podría ser más claro —le interpelló Alberto, sabedor de que el jefe de estación estaba intentando contarles algo.

—Bien, la única forma que hay de quitarle de las manos algo al duende Menuto, es petrificándolo —explicó.

En la cara de don Pablo se dibujó una mueca de dolor, quizá por la posición erguida en la cual llevaba bastante rato, o por el frío que hacía en la estación de Osca.

—¿Petrificándolo? —preguntaron los tres al mismo tiempo y sin dejar de observar al anciano jefe de estación.

—Sí, se trata de un hechizo que le dejará inmóvil el tiempo suficiente como para poder arrebatarse la pipa —aclaró—. Es la mejor manera que hay de conseguir quitarle algo al duende sin desatar su enemistad. Cuando pase el efecto de la inamovilidad, ni siquiera se dará cuenta de que le falta la pipa. El Menuto solamente recuerda objetos que son de su propiedad desde siempre y la cachimba de madera es adquirida, por lo que no la encontrará a faltar.

—¿Qué debemos hacer para petrificar al duende? —preguntó Andrés, entusiasmado por la idea, mientras rebuscaba en el bolsillo de su camisa otro trozo de regaliz.

—Un momento —replicó Juan—. ¿Quién ha dicho que vamos a enfrentarnos al duende?

¡Vamos chicos! —interrumpió Alberto— no hemos llegado hasta aquí para echarnos atrás ahora... ¿verdad? Dejad que don Pablo explique como conseguir la pipa de madera.

—Si os interesa saberlo —continuó hablando el jefe de estación—, para el encantamiento del Menuto necesitareis una rana con alas.

—¿Una rana con alas? —preguntaron los tres mientras se miraban confusos.

—Sí —aseveró don Pablo riendo—. Es un extraño y difícil batracio, casi imposible de conseguir. No me mofo de vosotros, no, lo que ocurre es que no es una rana de verdad. Es una figura de bronce, de la que sólo hay unas pocas en el mundo. Se construyó con una aleación de cobre y estaño, en la ciudad de Segovia. Data de finales del siglo quince y sólo sé del paradero de una.

—¿Por qué se hicieron? —preguntó Alberto.

—Pues no sé el motivo —respondió don Pablo, mientras se sentaba, visiblemente agotado, en uno de los bancos de madera de la estación—, pero seguramente fue para petrificar duendes, no conozco otra utilidad.

—¿Ha dicho que sabe donde está una? —preguntó Juan, que hasta ahora había permanecido callado.

—Así es, se encuentra en un pueblo de la provincia de Ávila, se llama La Hermana de Dios...

—¿La Hermana de Dios? —consultó Andrés— ¿Un pueblo?

—Sí —respondió don Pablo—. Se encuentra cerca de Abelillo. En las afueras de ese municipio hay una ermita. Pasada la capilla por el camino de tierra que llega hasta ella hay un terraplén cubierto de hierbas. Siguiendo esa cuesta se llega hasta una piedra redonda de granito. Desplazando la roca hacia la derecha se observa un agujero. Excavando un metro aproximadamente se llega hasta una caja de estaño. En el interior de ella se halla la rana con alas. Es inocua totalmente para las personas, no puede haceros nada y tampoco os caerá ningún maleficio por cogerla. Desconozco quien la forjó y por qué la guardó en tan recóndito lugar. Lo que sí es cierto es que funciona con todo tipo de duendes y los petrifica al instante, no hay que esperar ningún intervalo de tiempo para conseguir el efecto paralizador, es instantáneo. Es la única forma que tenéis de poder inmovilizar al Menuto para arrebatarse la pipa de sus manos. No hay otra, o por lo menos no la conozco.

Ahora sí que había tocado fondo la aventura de los tres, pensó Alberto. Lo de ir a Belsité, pasando por Guísar, para encontrar una poza mágica, tenía un pase. Subir en tren toda la noche y estar a punto de no regresar a casa, también. Pero ir a Ávila, eso era otra cosa. Debían de desplazarse más de quinientos kilómetros, ese trayecto no se hacía en un día, ni en dos. Alberto pensó que la hazaña había concluido antes de empezar. Era una pena, pero no tenían forma de ir hasta La Hermana de Dios sin que sus padres no se enteraran.

Regresaron a sus casas. Apesadumbrados por el hecho de no conseguir el lodo mágico. Alberto, sobre todo, no pudo dormir en toda la noche, se despertaba constantemente en la estación de Osca, con mucho frío. Veía la cara del jefe de estación mientras contaba la historia de la rana con alas...



—10—

El cofre de estaño

Miércoles 04 de noviembre.

A la mañana siguiente, los tres amigos, fueron al colegio Santa Ágata. Esta vez un

poco más tristes que otros días. Cuando Alberto pasó por delante del despacho de la directora del colegio, la señorita Luisa, ella le hizo un ademán con la mano para que entrara.

—Buenos días Alberto —le dijo en tono efusivo— ¿Pareces cansado?

—Sí señorita, no he dormido muy bien esta noche —contestó el chico sin mucha emotividad.

—Quería hablar contigo sobre un asunto escolar importante —expuso la directora mientras ordenaba unos papeles que había sobre su escritorio.

Alberto esperó unos segundos a que ella terminara de adecentar la mesa.

—Estamos pensando en enviar una representación de nuestra escuela a Ávila. Se trata de una exposición cultural sobre Santos, y este colegio baraja la posibilidad de comisionar alumnos que simbolicen a Santa Ágata, nuestra patrona. Para ello, el taller de plástica crearía unas campanillas de plata que serían donadas al certamen. ¿Qué te parece?

La señorita Luisa era la directora del colegio. Era una mujer extraordinariamente atractiva. Tenía cuarenta años cumplidos hacía poco. Soltera empedernida y el pelo castaño, siempre suelto. Usaba gafas, pero no se las ponía casi nunca, lo que denotaba coquetería por su parte. A pesar de estar un poco gruesa, se mantenía en buena forma física ya que hacía mucho deporte.

Mientras la directora hablaba, Alberto pensó en las paradojas del destino. Querían ir a Ávila y ahora se les ofrecía la magnífica posibilidad de hacerlo y encima sin levantar sospechas entre sus padres, al ser un asunto escolar. Tenía que ingeniárselas para poder ir hasta allí con Andrés y Juan y luego desplazarse hasta La Hermana de Dios para encontrar la rana con alas. Oportunidades como esta no se presentaban todos los días.

—Me parece una idea estupenda señorita Luisa —dijo con un tono que sonó a cursi—. ¿Cuántos alumnos vamos?

—La junta aún no lo ha decidido —contestó la directora mientras ojeaba otro montón de papeles—, pero calculo que serán entre tres y cuatro.

—Tres estaría bien —aseveró Alberto—. Es el número ideal para una delegación escolar.

La directora sonrió.

—Bueno, vete a tu clase Alberto —respondió sin levantar la vista de la hoja que tenía en sus manos— y ya te diré algo más cuando la junta lo haya decidido.

A Alberto le invadía por completo la impaciencia, deseaba explicar a Juan y Andrés lo que la directora del colegio le había dicho. Sería espléndido viajar los tres juntos hasta Ávila. La providencia se había aliado con una buena causa y podrían viajar hasta la Hermana de Dios sin necesidad de mentir a sus padres.

Durante las clases de la mañana Alberto estuvo ausente totalmente. No escuchaba prácticamente nada. Sólo pensaba en el viaje. En que éste se produjera y que fueran los tres juntos. En hallar el cofre de estaño conteniendo la rana alada. ¿Cómo sería? ¿Qué sentiría al cogerla en las manos? ¿Tendría la caja un veneno que se esparciría por el aire al abrirla? Se acordaba de la tumba de *Tutankamón*, de su maldición, de las personas que murieron al poco de entrar en ella. ¿No estarían jugando con las fuerzas ocultas de este mundo? Eran unos jóvenes inquietos que empezaban a desperezarse en la sociedad de los adultos. Comenzaban su andadura por los entresijos de la vida y ante sus ojos se abría la posibilidad de salvar la vida a una persona enferma que sólo esperaba taciturno la llegada de la muerte. Alberto se sorprendió a si mismo imaginando como se revitalizaría don Luis, como dejaría de tartamudear Juan, como se curaría el asma de su madre, como... ¡Despierta! Le dijo la voz de la racionalidad. Eso no puede ser, lo sabes de sobra. La magia no existe, no existen los duendes, ni las hadas, ni los elfos, ni la inmortalidad, no existe nada. La lógica y el empirismo empujaban a Alberto a buscar esa caja de estaño y probar la rana alada con el Menuto y saber si realmente existía la magia, si venía el *ratoncito* Pérez a dejar regalos en el cabecero de los niños. Si se adentraba *Papá Noel*, *Santa Claus* o el *Viejito Pascuero* por las chimeneas de las casas. Si trepaban por las fachadas de los edificios los Reyes Magos con sacos cargados de regalos, si se cumplían los sueños..., Alberto necesitaba creer.

A la hora del recreo Alberto no quiso decirle nada aún a Juan y Andrés. Decidió que lo mejor sería esperar a estar seguro de que el viaje a Ávila se iba a llevar a cabo, entonces se lo contaría a sus amigos. Nada más salir de clase se plantó en la puerta de la directora del colegio. No paró de pasear por delante del despacho haciéndose ver para que ésta le dijese algo del viaje. Pasaba constantemente por delante de su puerta de un lado hacia otro. Tosía para hacer ruido. Se agachaba para abrocharse los cordones del zapato. Fingía esperar a alguien.

Desde la otra esquina del despacho, sus dos amigos lo miraban con estupor.

—¿Qué le pasa a Alberto? —le preguntó Juan a Andrés.

—No sé. Lo cierto es que está muy raro. Estará preocupado por lo del lodo mágico.

Pero ninguno de los dos le dijo nada.

Finalmente acabaron las clases y Alberto no pudo esperar más y entró en el despacho de la directora resuelto a saber algo sobre el viaje.

—¿Te noto inquieto Alberto? ¿Ocurre algo? —le preguntó la directora saliendo de su despacho y cerrándolo con llave.

—Pues..., mire..., quería saber... —intentó explicarse sin éxito.

—Claro, entiendo, ¿es por el viaje a Ávila? —afirmó mientras se guardaba la

llave de la oficina en su enorme bolso de piel—. Bien, la junta ya ha tomado una decisión.

Si al chico le hubieran pinchado en ese momento seguramente no hubieran sacado ni una gota de sangre. La directora apenas paró unos segundos de hablar, pensativa, pero a él se le hicieron siglos.

—Iréis tú y tus dos amigos: Juan y Andrés. ¿Es eso lo que querías saber?

—¡Sí, sí! Gracias señorita Luisa —gritó exaltado—. No sabe cuanta ilusión tenemos todos en hacer ese viaje.

Le dio un beso en la mejilla y se quedó parado al darse cuenta de lo inadecuado de su acción. No sabía el porqué la besó, pero de repente le pareció una mujer fascinante, llena de encanto. La vio bellísima y dedujo que estaría al corriente de toda la aventura, del Menuto, de las pozas de lodo mágico, de la enfermedad de don Luis. La imaginó como una hada buena empeñada en ayudarles. Su aventura no podía salir mal, de ninguna manera.

—Ya veo que te hace mucha ilusión —manifestó la directora mientras se marchaba por el pasillo dirección a la puerta de salida—. Mañana a primera hora tenéis que pasar por mi despacho, Andrés, Juan y tú. Ya te encargarás de decírselo a ellos...

¿Qué si me encargaré? No creo que hablemos de otra cosa esta tarde. Nos veremos en el río, como siempre, y planificaremos el viaje. Era proverbial la forma en que había surgido la expedición hasta Ávila. Alberto pensó que por una vez tenían suerte.

Quedaron como siempre, en la dehesa. Estuvieron toda la tarde hablando del tema. Juan y Andrés comprendieron al fin por qué Alberto estaba tan nervioso esa mañana y por qué no paró de dar vueltas delante del despacho de la directora. No pararon de componer cábalas y conjeturas sobre cómo encontrar la rana con alas. Sobre la fascinante odisea que les esperaba. Tuvieron que hablar de pie pues los nervios les impedían sentarse. Juan sudaba como nunca y apenas podían entender lo que decía. Andrés no paraba de masticar regaliz y se comieron cinco bolsas entre los tres. Esa noche ninguno pudo dormir de los nervios.

Les parecía increíble la forma tan proverbial que tuvieron de poder ir a Ávila, eso teniendo en cuenta que había cerca de setenta mil poblaciones en todo el territorio nacional. Estadísticamente eran ínfimas las posibilidades de que les tocara un viaje a una ciudad en la que estaban interesados. Tenían la sensación de que en todo eso que les ocurría últimamente, había una mano amiga que interfería por ellos. El hecho de que la directora del colegio les ofreciera la posibilidad de viajar a Ávila, justamente cuando querían ir allí a buscar la rana con alas, les parecía demasiada casualidad para que solamente hubiese intervenido el azar. Alguien les estaba ayudando.



—11—

Jueves 05 de noviembre

A la mañana siguiente se presentaron los tres amigos en el despacho de la directora. Llegaron incluso antes que ella. Esperaron en la puerta unos interminables

minutos. Algunos alumnos pasaban por delante y les miraban con recelo. «Algo traman estos tres», pensaron.

Alberto, Juan y Andrés estaban ansiosos por saber las condiciones del viaje y qué día partirían.

—¿Qué tal, muchachos? —saludó la señorita Luisa.

La directora abrió la puerta de su despacho con llave y la cerró después de que entraran los tres. Colgó la chaqueta en un perchero que había al lado del sillón.

—Vamos al grano que no dispongo de mucho tiempo. Partiréis mañana a primera hora, es decir, a las seis de la mañana os llevará un taxi hasta el aeropuerto de la capital, el avión sale a las ocho. Tardaréis en llegar a Madrid una hora aproximadamente, donde os recogerá un coche que os conducirá hasta Ávila. Allí os estará esperando un profesor del colegio Santa Ágata, él os acompañará hasta la escuela donde dormiréis los tres días que durará la exposición. Dentro de una hora, más o menos, pasad por la oficina del bedel, que os tendrá preparados los billetes de avión, también os dará una cantidad de dinero en metálico para costear los gastos del taxi y la manutención; aunque el alojamiento de Ávila está pagado por la Diputación. Y sobre todo, coged ropa de abrigo; el clima de allí es mucho más frío que el de aquí. ¿Alguna pregunta?

Ninguna. Los tres amigos salieron del despacho escopeteados. El colegio les dio fiesta durante el resto de la jornada. Los tres contaron a sus respectivos padres el viaje que les esperaba durante el fin de semana. La madre de Juan no se opuso a una excursión con tintes didácticos y que patrocinaba la Diputación local. Al contrario, la señora estaba encantada de que su hijo participara en semejante evento y que fuera uno de los elegidos para representar al colegio.

Alberto estuvo toda la tarde preparando el equipaje. Para el chico era importante no dejarse nada que pudiera necesitar durante los días que estuviera de viaje. Preparó la maleta y revisó lo que había metido en ella varias veces, hasta estar seguro de que no se olvidaba nada. Cada vez que se acordaba de alguna cosa, llamaba a Juan o Andrés y se lo decía, ellos hacían lo mismo con él; se estuvieron llamando toda la tarde.

«Oye Juan no te olvides el cepillo de dientes», le decía Alberto. Y él le respondía, «sobre todo coge camisetas de punto para el frío».

Los tres repasaron la lista varias veces y dada las limitaciones de las maletas, en alguna ocasión alguno quitaba calcetines y añadía calzoncillos. Otras veces sacaban un pantalón y metían un jersey. Al final dejaron sus maletas llenas de ropa y pensaron que si se olvidaban algo, lo podían comprar en Ávila.



—12—

Viernes 06 de noviembre

A las seis de la mañana se encontraban los tres en la estación de autobuses de Osca, donde les esperaba un taxi para llevarles, como dijo la directora del colegio,

hasta la capital. Cuando llegaron el taxista ya se encontraba allí. Cogió las maletas que portaban y las introdujo en el maletero del coche.

—Buenos días chavales. ¿Sois los del viaje a Ávila? —preguntó mientras le daba vueltas a un palillo que tenía en la boca.

—Sí, somos nosotros —respondió Andrés sacando del bolsillo de su chaqueta los billetes del avión.

—No, a mí no me los tienes que dar —manifestó el taxista que ya había acabado de meter los paquetes en el coche—. Los billetes os los pedirán en el avión. Tranquilos que aún queda una hora hasta llegar al aeropuerto —dijo al ver a los chicos algo inquietos.

En poco más de una hora se presentaron en el aeropuerto. Tomaron un refresco en el bar y se dirigieron hasta el embarque, no sin antes facturar el equipaje. Alberto portaba un permiso del colegio que les autorizaba a viajar solos, ya que al ser menores no podían hacerlo a no ser que les acompañara un adulto, pero la carta firmada del colegio era autorización suficiente.

Durante los cincuenta minutos que estuvieron en el avión apenas hablaron. Juan aceptó un zumo de naranja de una guapa azafata y Andrés hizo lo mismo con un batido de chocolate. Alberto estaba demasiado nervioso para tomar nada.

Llegaron al aeropuerto de Madrid, puntuales. Allí les esperaba otro taxi, que los llevó hasta Ávila. Una hora más de trayecto. El taxista apenas hablaba, sólo escuchaba una emisora de flamenco durante todo el recorrido.

A las once de la mañana estaban los tres amigos en la Plaza de Santa Teresa de Ávila. Se bajaron del taxi y vieron como el coche se marchaba por una de las callejuelas. Esperaron sentados en un banco de piedra de la plaza. Cansados pero contentos. Mientras hacían tiempo a que alguien del colegio de Ávila viniera a buscarlos, sacaron unos bocadillos de sus mochilas y se dispusieron a comer.

No habían pasado ni diez minutos cuando un señor de unos cuarenta años, moreno, delgado, bien vestido; con traje y corbata, con un peinado impecable y bastante atractivo, se acercó hasta donde estaban sentados.

—Buenos días. ¿Sois los chicos de Osca? —preguntó mientras hacía un gesto señalando las maletas de los chicos.

—Sí, —respondió Alberto— ¿Es usted el profesor del colegio Santa Ágata de Ávila?

—Así es, me podéis llamar Pedro —respondió mientras les indicaba con la mano para que recogieran el equipaje y le siguieran.

Metieron las maletas en un coche que tenía aparcado, el tal Pedro, en la misma plaza. Se subieron en él. El profesor del colegio Santa Ágata de Ávila parecía buena persona. Era un hombre educado y que transmitía buenas vibraciones. Les pidió por

favor que le tutearan, les dijo que el trato de "usted" le hacía más mayor de lo que era, y no le gustaba nada.

Durante el trayecto hasta la escuela, donde pasarían las noches que se quedarían allí, Pedro se esforzaba por hacer que los chicos se sintieran cómodos. Estuvieron charlando sobre la exposición que se iba a celebrar en esa monumental ciudad; aunque lo que realmente les preocupaba a ellos era encontrar la rana con alas de bronce, así que no tardaron en enfocar la conversación hacia el tema que realmente les interesaba.

—¿Hay por aquí un pueblo que se llama La Hermana de Dios? —preguntó Alberto con un tono distraído, como si no tuviera un gran interés en la respuesta.

—Sí, no está muy lejos de aquí —respondió Pedro mientras conducía y sin dejar de mirar la carretera— ¿Por qué?

—Por curiosidad —dijo Alberto— había oído hablar de él y me chocó el nombre del pueblo.

—Sí, es muy curioso —relató Pedro—. La villa original no se llamaba así, estaba construida más arriba, donde está la ermita, pero trasladaron el pueblo al lado de la carretera, donde estaba la antigua posada. Allí, el mesonero era conocido como "Dios", y su hermana "La Hermana de Dios", por ese motivo, cuando se estableció el pueblo nuevo, se le llamó de esa forma. No tiene muchos habitantes, pero es una comarca muy bonita, si queréis, un día que no tengáis nada que hacer, os acerco un momento y lo visitáis. ¿Qué os parece?

—Nos parece estupendo Pedro —exclamaron los tres a la vez.

—¡Ya estamos en el colegio! —señaló mientras hacía la maniobra de aparcamiento para entrar el coche en un garaje—. Ya os ayudo a descargar vuestras maletas. Dejadlas en la habitación y cuando hayáis comido os pasaré a buscar para enseñaros un poco la ciudad. ¿Es la primera vez que venís a Ávila?

Asintieron los tres con la cabeza mientras descargaban el equipaje y se encaminaban hacia la entrada de la escuela. Al bajar del coche Alberto se fijó en el reloj de Pedro, era muy curioso, le había dado la sensación de que tenía veinticuatro horas, en vez de las doce habituales. Le pareció original y extravagante.

La habitación de la escuela era preciosa, con toques antiguos y decorada de forma sencilla, pero práctica. Había tres camas individuales, tres armarios y tres escritorios. El cuarto de baño era también enorme y disponía de bañera, toallas y jabón. Se parecía más a la habitación de un hotel que a la de un colegio.

Los chicos estaban ansiosos por comer y recorrer la ciudad de la mano de Pedro, pero lo que más querían era llegar a La Hermana de Dios y encontrar la rana con alas; objetivo oficioso de este viaje, el oficial era la exposición cultural.

El comedor estaba lleno de alumnos venidos de todas partes del territorio nacional. Estaban sentados por grupos y eran de diversas edades. El murmullo era

ensordecedor, todos hablaban en voz alta. La comida era muy buena, tipo bufé. Una ingente cantidad de platos fríos y calientes para que los comensales escogieran lo que quisieran.

Cuando casi habían acabado de comer, se personó Pedro en la mesa donde estaban ellos, vestido con un traje más informal que con el que les había venido a buscar a la Plaza Santa Teresa, pero igual de elegante.

—¿Habéis comido bien? —preguntó, mientras se colocaba bien el nudo de la corbata a rayas, dejando ver su flamante y reluciente reloj de veinticuatro horas.

—Sí —respondieron los tres a la vez—. La comida es muy buena —afirmó Alberto sin dejar de mirar el extraño reloj que portaba el guía.

—¿Te gusta el reloj, eh? —preguntó Pedro, al darse cuenta de que el chico no dejaba de fijarse en él.

—Sí —asintió—. Es muy curioso, nunca había visto uno igual.

—Es ruso —admitió Pedro mientras se remangaba la camisa para mostrarlo—. Es un *Paketa*, una rareza única. Está fabricado en Ucrania, tiene bisel interior giratorio con nombres de ciudades de Rusia y otros países para ver la diferencia horaria y mecanismo antichoque con movimiento de carga manual. La esfera es ligeramente más grande que un reloj convencional, para que quepan las veinticuatro rayas de las horas.

—Nunca había visto uno igual —manifestó Juan mirando asombrado el extraño reloj de pulsera—, siempre he visto los típicos de doce horas. No sabía ni que existiera uno como el tuyo.

—Éste es una pieza única, como ya os he dicho —explicó Pedro sin dejar de tocar la esfera del increíble reloj—. Me lo trajo un buen amigo desde Rusia, de la ciudad de Novosibirsk. Lo conservo como una reliquia, a pesar de no ser muy puntual y tener que estar dándole cuerda diariamente.

Pedro les llevó por la tarde a visitar la monumental Ávila. Subieron a la muralla, en excelente estado de conservación. Entraron en los conventos de Santa Teresa, las Carmelitas descalzas y el monasterio de Santo Tomás, entre otros. Visitaron las Casas de Diego de Bracamonte, de Juan de Henao y del Conde de Polentinos.

Pedro les explicó la historia del Rey niño de Ávila.

—Cuenta que estando casados Alfonso I de Aragón con Doña Urraca de Castilla, el mal trato que recibieron ella y su hijo, hizo que ésta abandonara a su marido y se refugiara en su tierra natal. El monarca aragonés, deseoso del título de rey Castellano, aspiraba a que el niño desapareciera, por eso los persiguió y acosó para quedarse con el príncipe. Llegado hasta Ávila el rumor de que se escondían cerca de la ciudad, el alcalde de la localidad mandó emisarios en busca de Doña Urraca y su hijo para que los escoltasen hasta la villa amurallada y así protegerlos del Rey de Aragón, lo cual

se logró. Al tiempo, llegó hasta ella el Rey con un fuerte ejército, solicitando que le fuera entregado el niño. Tras las negativas de los defensores, los aragoneses difundieron el bulo de que los que tenían al heredero lo querían matar para que reinara otro en su lugar. La mentira no llegó a creerse y el asedio continuó. Pasaba el tiempo y Alfonso I no conseguía su objetivo. Sus tropas, acampadas a las afueras de la ciudad, se impacientaban. El Rey acordó con los soldados de la fortificación que le enseñaran al niño desde lo alto de una de las torres para saber si seguía vivo. Para asegurar que cuando se aproximase a la muralla no fuese atacado, los de Ávila tendrían que dejar a sesenta de sus caballeros, todos hijos de los nobles, en calidad de rehenes, en su campamento. Los hidalgos accedieron. El Rey, vio al niño y pidió que se lo dieran. Al negárselo, mandó a sus hombres que hirvieran vivos a los sesenta caballeros retenidos. Desde entonces el lugar donde ocurrió la matanza es conocido como las *hervencias*.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Alberto atónito por la maravillosa historia que les acababa de contar el excepcional guía.

—Después de la traición —siguió la crónica Pedro—, levantaron el asedio y marcharon. Varios de los grandes de Ávila les siguieron, entre ellos Blasco Jimeno, hasta las proximidades de un pueblo llamado Fontiveros. Allí retaron al Rey por la cobardía cometida. Pero el monarca lejos de defender su honor los mandó matar también, por eso se levantó una cruz en memoria de la gesta de estos cuya cruz se denomina "del reto" que se encuentra entre los pueblos de Fontiveros y Cantiveros. Hoy en día el escudo de la ciudad representa el *cimorro* de la catedral con un niño Rey en lo alto y el título de Ávila del Rey.

—¿Qué es un *cimorro*? —preguntó Juan.

—Es la torre de la iglesia —respondió Pedro mirando el reloj y observando que se estaba haciendo tarde—. Mañana os llevaré hasta La Hermana de Dios, ¿Ok?

Los tres asintieron con la cabeza. Estaban cansados de la caminata que se habían pegado, pero valió la pena ver una ciudad tan hermosa. Dos días después tendrían que hacer acto de presencia en la exposición cultural de Santa Ágata, así que la única posibilidad de conseguir la famosa rana con alas, la tenían en la visita que harían el sábado, acompañados de Pedro. El problema es que no sabían cómo harían para distraerlo y que no supiese lo de la rana de bronce.



—13—

Sábado 07 de noviembre

El despertador sonó a las ocho de la mañana en punto.

«Hoy es el gran día», pensó Alberto mientras se dirigía al lavabo para lavarse la

cara.

Juan y Andrés tardaron unos minutos en levantarse, el día anterior los dejó completamente agotados.

Los chicos ordenaron la habitación y se asearon. Fueron hasta el comedor para desayunar. El pasillo estaba atestado de alumnos de otras ciudades que se habían personado en Ávila por la exposición. Pero no tenían tiempo de relacionarse con ellos. Apenas hablaron con ninguno.

Mientras estaban mojando las porras en el café con leche, se presentó Pedro, puntual como ya era costumbre en él.

—¿Qué tal chicos? ¿Habéis descansado bien? —preguntó.

Venía vestido con un impecable traje azul marino y se quedó mirando los restos del impresionante desayuno esparcido sobre la mesa.

—¡Muy bien! —respondió Andrés todavía con la boca llena.

—¡Hoy mejor que ayer! —atestiguó Alberto.

—Pues cuando hayáis comido nos iremos camino de La Hermana de Dios, hay mucho que hacer allí —aseveró al mismo tiempo que les guiñaba un ojo.

Los tres se miraron con aire de complicidad. Sería fantástico que Pedro supiese la historia del cofre de estaño y de la rana con alas que contenía. Que supiera de los menutos y del poder de la pipa de madera de brezo. Del lodo de Belsité y de su capacidad curativa...

Se subieron en el coche de Pedro y se dirigieron hacia el anhelado pueblo, había llegado el momento de la verdad. La rana alada de bronce les ayudaría a quitarle la pipa de madera de brezo y boquilla de cuerno de alce, al duende Menuto, y con ella podrían hacer que el lodo adquiriera propiedades milagrosas y así curar la enfermedad degenerativa del querido profesor don Luis.

En apenas media hora habían llegado al pueblo. Pedro aparcó, prácticamente, en la entrada del municipio y lo que buscaban los chicos estaba en la parte alta, al lado de la ermita.

—Estáis muy callados —dijo Pedro ante el silencio de los chicos.

—Es el trasiego del viaje de ayer —respondió Andrés—. Aún no nos hemos recuperado.

Se apearon del vehículo y siguieron a Pedro por un camino de tierra que dejaba el pueblo a la derecha. Caminaron en silencio. Miraron a los lugareños que los observaban con curiosidad. En unos minutos llegaron hasta la ermita, era sencilla pero preciosa. Pedro se detuvo delante de ella.

—Esta es la ermita de San Miguel —señaló—, es un excelente lugar para venir a pasear y sentarse aquí ha descansar. ¿Queréis ver el pueblo?

—Sí —asintió Alberto—. Estaría bien.

—De acuerdo, si os parece os lo enseño luego, se recorre enseguida —explicó

Pedro—, pero quiero aprovechar que estoy aquí para hablar con un amigo que hace tiempo que no veo. ¿Quedamos aquí mismo dentro de una hora?

—¡Perfecto! —exclamó Andrés con un grito de satisfacción.

Nada más irse Pedro, los tres bajaron por el terraplén que había al lado de la ermita. Siguieron durante unos metros por un camino lleno de hierbas, hasta llegar a la piedra redonda de granito. Estaban excitados. Tanto tiempo y al fin se encontraban delante de la roca donde se supone estaba sepultada la rana con alas. Don Pablo no les había engañado. El recorrido era tal y como él les dijo.

—¿Y ahora? —preguntó Juan sudoroso por la emoción y colocándose bien las gafas.

—Hay que apartar la piedra y excavar debajo de ella, un metro aproximadamente —respondió Andrés mientras tiraba al suelo un pequeño trozo de regaliz sin acabar de comérselo.

—¿Hacia la izquierda? —volvió a preguntar Juan.

—¡Oye! —exclamó Andrés—, no poneros nerviosos ahora, a ver si vamos a regresar con las manos vacías. La piedra había que apartarla hacia la derecha. Me acuerdo perfectamente de que el jefe de estación dijo hacia la derecha.

Empujaron, los tres a la vez, con todas sus fuerzas. La piedra se movía, pero muy lentamente. El tamaño era como el de una persona. Debía de pesar doscientos kilos por lo menos.

Siguieron tirando de la roca hasta que se vio, debajo, un pequeño agujero.

—¡Parad! —gritó Andrés—. Parece que se observa algo.

—Es un hoyo —anunció Juan—. Dijo el jefe de estación que teníamos que cavar un metro debajo de la piedra de granito.

—¡Así es! —afirmó Andrés—. Lo que ocurre es que no hemos traído ninguna herramienta para perforar la tierra.

—Podemos hacerlo con las manos —dijo Alberto ansioso por encontrar la rana de bronce—. Un metro no es tanto para tres chicos aragoneses. ¿Verdad?

Estuvieron casi una hora cavando. Se fueron turnando en ciclos de diez minutos, aproximadamente, cada uno. Se ayudaban con unos guijarros que había alrededor de la zona.

—Creo que las piedras que estamos usando para cavar son de sílex —advirtió Alberto, sin dejar de agujerear.

—¿Estás seguro Alberto? —preguntó Juan, quitándose las gafas para limpiarse el sudor de la cara con un pañuelo de tela.

—Sí, y creo que son del paleolítico, es decir, de unos cuarenta mil años —afirmó mientras toqueteaba una con su mano—. Seguramente nadie se ha percatado de que están aquí. Son tan rudimentarias que es difícil darse cuenta de lo que realmente son.

Llegaron a profundizar casi dos metros. Las manos ensangrentadas. Barro por

todas partes. Mientras que uno rascaba la tierra con las piedras a modo de picos, otro las sacaba con la mano. Se partieron varias uñas pero aún así siguieron cavando.

«Qué locura», pensaron los tres al mismo tiempo.

Ya habían perdido todas las esperanzas cuando de repente...

—¡Toco algo! —vociferó Juan envuelto en sudor y con las gafas apoyadas en la punta de la nariz.

—¡La caja! —exclamaron Andrés y Alberto al mismo tiempo.

Siguieron cavando entre los tres. Atropellándose. Golpeando el suelo con las manos desnudas, ensangrentadas. Sacaron la tierra sobrante de los bordes de una caja de estaño, o por lo menos parecía eso. Tenía el tamaño de un teléfono fijo y estaba cerrada por un enorme candado de aspecto antiguo, tan grande como una bombilla de sesenta voltios. Sacaron el cofre del socavón con enorme cuidado, no sabían qué había dentro.

—No hay tiempo de abrir la caja ahora —gritó Andrés—. Debemos guardarla en una de nuestras mochilas. Está a punto de llegar Pedro y es mejor que no sepa nada de esto.

Metieron el cofre en la mochila de Juan, era la que estaba más vacía, y se encaminaron dirección a la ermita de San Miguel donde habían quedado con el guía, no sin antes volver a colocar la piedra de granito en su punto original. Alberto recogió un poco las piedras de sílex y esparció la arena de forma uniforme, para que no se notara lo que habían hecho. En tan poco espacio habían encontrado un cofre y utensilios del paleolítico. «¿Quién sabe cuántos restos arqueológicos habría por esa zona?», pensó.

Puntual, como ya era acostumbrado en él, llegó Pedro al lugar donde se citaron, delante de la ermita de San Miguel.

—¿Os enseño el pueblo? —preguntó mientras se agachaba para abrocharse un cordón de sus impecables zapatos negros.

—No es necesario —respondió Andrés—, hemos aprovechado este rato para ver toda la villa. Nos apetece más volver a Ávila y descansar un poco en el colegio, la visita de ayer nos dejó agotados y mañana tenemos que permanecer todo el día en la exposición.

—Como queráis —asintió Pedro—. Yo estoy satisfecho de haber hablado con un buen amigo, al que hacía tiempo no veía.

Pedro se había dado cuenta del deplorable estado en el que se encontraban los tres amigos. Estaban sudando y habían metido las manos en los bolsillos para que no se vieran los arañazos producidos al cavar y la sangre de las uñas, pero no dijo nada.

Se marcharon hacia el coche que Pedro había aparcado en la entrada del pueblo. Los chicos estaban emocionados, tenían el cofre de estaño donde se supone estaba la rana de bronce con alas. Era increíble, por fin lo habían conseguido. Sólo les restaba

abrir la caja. No tenían la llave del candado, pero de todas formas una cerradura de ese tipo no se podía resistir demasiado, pensaron. Con unos alicates o un martillo y un escoplo no tendrían problemas para romper la cerradura y acceder al interior del cofre.

Pedro les dejó en la habitación del colegio. Se despidieron de él con prisas. No sabían si sospechaba algo, pero no tenían ganas de entretenerse. Llegaron a la habitación y lo primero que hicieron es cerrar con llave desde dentro, abrir la mochila de Juan y sacar la caja de estaño. La dejaron sobre la mesita que había debajo de la ventana, junto a un radiador.

—¿Cómo la abriremos? —preguntó Juan sin dejar de mirar el cofre.

—Aquí no tenemos herramientas adecuadas para forzarla —aseveró Andrés.

Se turnaron para lavarse las manos y curarse las heridas con el alcohol que la previsor madre de Juan embutió en la maleta de su hijo.

—El problema —argumentó Alberto— es que si abrimos la caja rompiendo el candado, posiblemente también dañemos la rana de bronce. Lo mejor, creo, sería llevar la caja hasta Osca y preguntar al jefe de estación la mejor manera de abrirla. No hay que olvidar que fue él quien nos dijo que la encontraríamos aquí, por eso, también debe saber el paradero de la llave para abrirla.

Andrés y Juan asintieron y estuvieron de acuerdo en que era la mejor forma de proceder. Así que regresaron a Osca, una vez acabada la exposición de Santa Ágata, que fue un rotundo éxito. Estuvieron representados un conjunto importante de colegios de todo el territorio nacional. Las campanillas de plata de Santa Ágata se quedaron en el museo de la escuela de Ávila, como representación de la beata.

Antes de irse de la ciudad fueron a despedirse del guía de excepción por la ciudad de Ávila y por la villa de La Hermana de Dios. Se dieron un enorme abrazo y le agradecieron su cortesía e intercambiaron números de teléfono. Pedro había sido, durante toda la estancia de los chicos en la ciudad, un buen explorador. Les llevó a ver sitios, que sin su inestimable ayuda, nunca hubieran visitado.

El cofre de estaño se encargaría de custodiarlo Andrés en su casa, hasta encontrar la forma de abrirlo y ver lo que contenía su interior. El motivo de que fuera él quien lo guardara, era porque estaba solo en su habitación, así que no había peligro de que alguien hurgara en sus cosas. Alberto no podía guardar la caja, porque no se fiaba de su hermana Rosa, aunque era muy buena persona, ignoraba si tocaba sus cosas cuando él no estaba. A Juan le ocurría lo mismo, su madre era muy desconfiada y él siempre comentaba que sospechaba que fisgoneaba en su habitación cuando no se hallaba en casa.

Una vez en casa, lo primero que hicieron, aparte de narrar durante todo el lunes, a los profesores y alumnos del colegio Santa Ágata, como había sido la estancia en la ciudad de Ávila, fue dirigirse hasta la estación de ferrocarril y entrevistarse con el

jefe de estación, para explicarle la aventura en tierras castellanas y el encuentro del cofre de estaño conteniendo, suponían, la rana alada de bronce.



—14—

La llave de oro

Martes 10 de noviembre.

Lo hallaron por la tarde, en el andén. Debajo del reloj, sentado en uno de los

bancos de madera. Le explicaron que la caja estaba en su poder, pero que tenía un enorme cerrojo y que era imposible de abrir sin romperlo.

—¿Cómo conseguimos la llave? —le preguntó Alberto a don Pablo mientras se desperezaba en el asiento.

—Eso si que es un problema —respondió el jefe de estación, compungido—. Solamente hay una persona en todo el mundo que sabe donde está la llave del cofre de bronce.

—¿Qué? —exclamó Andrés—, ¡No nos dijo nada de eso antes de marchar hacia Ávila!

—No pensé que fuerais capaces de encontrar el cofre. La verdad —alegó como defensa a la acusación de Andrés—. Pero si forzáis la caja, el efecto de la rana será del todo inocuo. Su poder sólo es efectivo al abrir la caja con la llave de oro correspondiente. Y la singular forma de encontrarla es pedírsela a quien la fabricó. Él os dirá donde la podéis hallar.

—¿Llave de oro? —preguntaron los tres a la vez.

—¿Y cómo sabremos dónde está esa persona? —interrogó Juan con aspecto desanimado y tartamudeando levemente.

—Pues es sencillo y a la vez complicado —replicó el jefe de estación—. El fabricante tiene la característica de llevar un reloj de veinticuatro horas, es rarísimo, pero él, no sé por qué, porta uno. Aparte de eso, no sé de ninguna pista más que os pueda ayudar. Ignoro incluso el lugar donde para ese hombre. Siento no poder hacer nada más por vosotros.

—Sin querer ha hecho mucho —replicó Andrés—. Porque ya sabemos a quién se refiere. Conocemos a esa persona. Precisamente hicimos un amigo en Ávila que lleva un reloj así.

—¡Vaya! —profirió el anciano jefe de estación—. Me alegro de que mi pista os haya conducido hasta el fabricante del cofre. Aunque no deja de ser curioso que en la última semana hayáis conocido al único hombre en el mundo capaz de deciros donde está la llave de oro. Es como si algún ser muy poderoso os estuviera ayudando en vuestra búsqueda.

Dejaron a don Pablo en el banco de la estación y se fueron hasta la dehesa de Osca. Desde una de las cabinas telefónicas, que hay en el parque, llamarían a Pedro, por fortuna intercambiaron teléfonos antes de salir de Ávila. Estaban convencidos de que en caso de saber el paradero de la llave de oro, lo diría sin dilación.

Cerca del río, donde campan los patos a sus anchas, introdujo Alberto unas monedas en la cabina y llamó a Pedro. Él era el hombre del reloj de veinticuatro horas. Él era el fabricante de la caja de estaño portadora de la rana. Por eso los llevó hasta la ermita de San Miguel y los dejó a solas durante una hora en el pueblo de La Hermana de Dios. Sabía lo que los tres amigos iban a buscar y no hizo otra cosa que

ayudarles.

—Sí —contestó desde el otro lado del teléfono—. ¿Quién es?

—Pedro, soy Alberto de Osca. ¿Cómo estás? —le dijo mientras Juan y Andrés lo miraban expectantes.

—Esperaba tu llamada, pero no tan pronto. Habéis ido deprisa —respondió como si supiera todo lo que habían estado haciendo.

—¿Mi llamada? —respondió Alberto extrañado por la adivinación de Pedro, al mismo tiempo que hizo el gesto de encoger los hombros a sus compañeros.

—Sí, desde que te acompañé a ti y a tus amigos hasta La Hermana de Dios, supe lo que ibais a buscar. Imaginaba que queríais encontrar la rana alada de bronce, para petrificar algún duende. No comenté nada, porque pensé que si necesitabais la llave ya os arreglarías para encontrarla y acabaríais llegando hasta mí.

—Entonces..., fuiste tú el que fabrico la rana alada —afirmó Alberto.

—No, yo fui el que construyó el cofre que la contiene —se excusó Pedro—. La rana de bronce es mucho más antigua, data de principios de la edad media. No se sabe quien fue el que la fabricó, pero la última pista se pierde en el siglo trece de nuestra era. Creo que se encontró en las inmediaciones del castillo de Caravaca de la Cruz.

—Bueno, al grano, ya sabes para que te he llamado... ¿verdad? —dijo Alberto seguro de que el profesor de Ávila no era hombre de rodeos.

—Ya, pero tenéis que tener cuidado con jugar con fuerzas ocultas —advirtió—. No sé quien fabricó esa rana ni los motivos que le impulsaron a ello, pero todo aquel objeto que tenga poder para inmovilizar a un duende, y máxime si es un Menuto, debe tratarse con cautela. Posiblemente fue uno de ellos quien la fabricó para protegerse de otro más poderoso. La rana estuvo vagando durante siglos. Seguramente, no lo sé del todo, se instituyó algún tipo de Orden mística que se encargaba de su custodia hasta que alguien, un alquimista, dijo que el poder de la rana de bronce se podría contener en un cofre de estaño. A mí me lo encargaron. Me dijeron que hiciera un cofre lo suficientemente hermético y estanco para que nada, ni el aire, ni la luz, pudiesen penetrar en él. Trabajé durante meses en él y finalmente, cuando lo terminé, lo entregué a quien me pidió que lo fabricara.

Alberto enmudeció unos segundos esperando a que Pedro terminara de hablar. Y justo cuando le iba a preguntar de nuevo donde estaba la llave, dijo:

—El cofre lo entregué en Murcia...

—¿Quieres decir que es allí donde está?

—Así es, la llave la tienes que buscar en Murcia, concretamente en Caravaca de la Cruz, allí es donde la escondí.

—¿Qué? —replicó Alberto incrédulo— ¿Por qué en Caravaca?

—Porque fue allí donde apareció la rana y es allí donde pensé debía estar la llave.

Nunca creí que se separaran la caja y la forma de abrirla, las circunstancias hicieron que el cofre fuese a parar hasta La Hermana de Dios, pero en teoría debería estar aún en Murcia, cerca de la llave.

—Está bien Pedro... ¿En qué lugar la pusiste? —preguntó Alberto intentando tranquilizarse.

El chico pensó que no habían llegado hasta allí, él y sus dos amigos, para ahora quedarse sin el lodo mágico por una llave.

—Sé que te vas a reír, amigo Alberto, pero la llave está en el interior de un restaurante de la localidad de Caravaca de la Cruz. La introduje el día que fui a entregar el cofre. No pensé que fuese a necesitarla nunca. No recuerdo en que restaurante, pero era un inodoro antiguo, de esos de cadena, por lo que la búsqueda se reduce bastante, ¿no?

—El problema no es ese Pedro —razonó Alberto mientras le chirriaban los dientes de los nervios—, la dificultad radica en que no veo la forma de llegar hasta Murcia, ¿sabes? Somos estudiantes de quince años, tenemos padres, colegio, amistades y carencias económicas. Tuvimos un golpe de suerte al poder viajar hasta Ávila y conocerte a ti, una persona formidable —lo halagó justamente—. Pero no encuentro la forma de ir hasta Caravaca de la Cruz y buscar la llave de oro que tiene que abrir el cofre. Eso es, suponiendo que aún siga en el váter. Puede ser que el restaurante que mencionas no exista, o que hayan cambiado el retrete o incluso que alguien haya encontrado la llave y la tenga en su casa guardada como una reliquia. ¿Entiendes? ¿No hiciste una copia de esa llave?

—No, es única. Consideré el hacer un duplicado de bronce, pero me arrepentí y sólo existe la llave de oro original para abrir el cofre. Los que me encargaron el cofre me dieron a entender que nunca se debía abrir. Nunca... ¿entiendes Alberto?

La conversación telefónica con Pedro no le estaba ayudando demasiado. Alberto sabía que sólo había una llave, que ésta era de oro y que estaba en algún retrete de un restaurante de la localidad murciana de Caravaca de la Cruz. El problema era, ¿cómo ir hasta allí? Estaban hablando de casi mil kilómetros.

Juan y Andrés no dejaban de mirar a Alberto, esperando que les explicara el contenido de la conversación telefónica con Pedro.

—Bueno, gracias por todo Pedro —se despidió de él—. Has sido de gran ayuda. Conservo tu teléfono y te volveré a llamar algún día.

—Una cosa Alberto, antes de colgar... ¿qué es eso del lodo mágico que has mencionado antes? —preguntó Pedro inquieto sin saber nada del asunto.

—Es un lodo que hay en el pantano de Belsité, queremos conseguirlo para ayudar a un amigo —le explicó en pocas palabras—. Por eso necesitamos la rana con alas de bronce, para petrificar a un duende que tiene una pipa de madera de brezo que necesitamos para hacer que funcione el conjuro del barro.

—Bueno, que tengáis suerte tú y tus amigos, no entiendo nada de lo que me has explicado, pero tened cuidado con los duendes, no hay que fiarse de ellos.

—Gracias por todo Pedro, has sido de gran ayuda para nosotros —le dijo en tono melancólico.

—Gracias a ti Alberto, saluda a tus amigos de mi parte. Una última cosa antes de despedirnos...

—Díme.

—Sobre todo no fuerces el cofre. Hay que abrirlo con la llave. El que rompa el candado se petrificará de por vida. ¡Para siempre! Es importante no violentar el cerrojo bajo ningún concepto.

—Así lo haré Pedro. Descuida y gracias por tus valiosos consejos —le aseguró Alberto mientras colgaba el auricular.

Al chico le quedaron un sinfín de preguntas en el tintero. Preguntas que le tendría que haber hecho a Pedro acerca de quién o quienes le encargaron la fabricación del cofre. Quizá eran magos antiguos, recluidos, alquimistas que conocían los entresijos de los conjuros más malévolos o más malignos. Gentes que sabían de la existencia de los Menutos y de los fantasmas. Para los tres amigos, desde luego, era un mundo desconocido. Aún ahora, después de todo lo que habían visto, les seguía pareciendo increíble la historia del lodo mágico. De hecho, seguían sin haber visto ningún hecho milagroso, pues la cura de la pierna de Juan pudo deberse a una sanación espontánea. Habían oído hablar mucho de ello, de heridas que dejaban de sangrar y cicatrizaban en minutos, quizá porque no fueron tan graves como en un principio se pensó. En cualquier caso estaban dispuestos a llegar hasta el final.

—Habéis oído todo, ¿verdad? —le dijo Alberto a Juan y Andrés, que lo miraban con aspecto desanimado.

—Sí, te hemos escuchado —manifestó Juan mientras se quitaba las gafas y se frotaba los ojos.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Andrés que les tenía acostumbrados a solucionar problemas en vez de plantearlos.

—Pues lo que no tenemos que hacer es venirnos abajo, no hemos llegado hasta aquí para dejarlo ahora. Murcia está a casi mil kilómetros de aquí, por lo que en dos días se va y se vuelve en tren. No hace falta que vayamos los tres, con que lo haga uno es suficiente.

—¿Y quién irá? —preguntó asustado Juan, tartamudeando ligeramente y delatando su nerviosismo.

—No debéis preocuparos ninguno de los dos, iré yo —dijo Alberto seguro de si mismo y pareciendo el más interesado en llevar la misión a cabo.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —volvió a interpelar Juan poco convencido de la decisión de su amigo.

—Sencillo —dijo—. Saldré de Osca el viernes por la noche, para lo cual me tendréis que cubrir uno de los dos, afirmando si se os pregunta, que estoy en casa de uno de vosotros, el que sea, ya nos pondremos de acuerdo. Para ello utilizaremos la excusa de los exámenes. Llegaré a Murcia de madrugada, dormiré en el viaje, que por cierto será en tren. Tengo todo el sábado para buscar por todos los restaurantes de Caravaca de la Cruz la llave de oro. Esa misma noche saldré de vuelta para casa y llegaré el domingo por la mañana. ¿Qué os parece?

—Me parece que has perdido el norte Alberto —dijo Andrés.

—A mí no me parece mal plan —replicó Juan.

—¿Entonces? —preguntó Alberto.

Juan y Andrés se miraron igual que lo hacían los actores de las películas cómicas cuando ocurría un absurdo. Poco a poco su rostro fue cambiando. Empezaron a sonreír y Juan dijo:

—Ok, costearemos el viaje entre los tres, a mí me parece buena idea.

A lo que Andrés asintió con la cabeza.

Los tres cruzaron las manos al estilo de los Tres Mosqueteros en las películas y dijeron en voz alta: "Todos para una y uno para todos".

Se dirigieron hacia la estación de Osca para sacar el billete de tren del viernes por la noche. No había tiempo que perder. Le pidieron al jefe de estación, una vez le explicaron los avances en la localización de la llave de oro, que no dijera nada a nadie si le preguntaban por ellos y en especial por Alberto.

«No interesa que nuestros padres o alguien del pueblo sepa lo de mi viaje», dijo Alberto con semblante serio.

El jefe de estación asintió y al mismo tiempo les animó a que no se echaran atrás ahora que estaban tan cerca.

Alberto se fue a dormir pronto esa noche, ya que al día siguiente tenía colegio y estaba muy cansado del trajín de estos días. Antes de conciliar el sueño reflexionó sobre lo acontecido en los últimos días y en la serie de coincidencias que habían ocurrido. «Que casualidad que cuando necesitaban ir a Ávila surgiera el viaje del colegio», pensó mientras se acomodaba en la cama y buscaba la mejor posición para dormir. Que fortuito el encuentro con don Pablo, el jefe de estación y sus explicaciones en todo lo concerniente a inmovilizar al Menuto con la rana alada de bronce. Que suerte que les dijera el lugar exacto donde encontrarla. Proverbial también, el conocer a Pedro, el profesor de Ávila, y que les dijera donde encontrar la llave de oro para abrir el cofre que él mismo construyó y que guardó en un bar de Caravaca de la Cruz, en Murcia. «Demasiadas casualidades», se dijo Alberto, antes

de quedarse dormido.



—15—

La rana con alas

Viernes 13 de noviembre.

A las diez de la noche salía el tren de la estación de Osa. En el andén estaban

Alberto, Andrés, Juan, don Pablo, el jefe de estación, y una sombra a lo lejos del muelle, que según dijo el jefe de estación era el duende Menuto que había venido a despedirse. Los chicos estaban terriblemente cansados, la jornada escolar durante esa semana había sido agotadora para ellos, ya que faltaba poco para los exámenes. Alberto le dijo a sus padres que pasaría la noche del viernes y del sábado en casa de Andrés. La excusa era que tenían que hacer un trabajo sobre el viaje a Ávila y que, como Alberto no tenía Internet, lo haría en casa de Andrés; alegó el chico que necesitaba documentación extra para completar la tarea. Los padres le creyeron sin ninguna objeción.

El tren era un *Talgo* nocturno que sólo circulaba los fines de semana. Tenía compartimentos individuales que permitían dormir de una manera cómoda durante todo el viaje. También disponía de servicio de bar; aunque cerraba a las doce de la noche. ¿Dormir? eso es lo que le hubiera gustado a Alberto hacer durante todo el viaje. Pero le fue del todo imposible. El duende Menuto, no sabía por qué, subió al tren con él, al mismo tiempo, y le estuvo atormentando todo el viaje. No es que hiciera nada aterrador, ni cosas de esas, pero su sola presencia le producía pavor al chico. Pasaba por los largos pasillos del tren fumando la pipa de madera de brezo del abuelo de Andrés. Aparecía en su apartado atravesando la puerta. Lo miraba. Se reía. Volvía a salir. Alberto pensó que ojalá hubiera tenido la rana de bronce para petrificarlo y poder quitarle la cachimba y acabar con esa historia de una vez por todas.



—16—

Sábado 14 de noviembre

El sueño venció finalmente a Alberto. Se despertó en la estación de ferrocarril de Murcia. Bajó del tren y se subió a otro que le llevó directamente hasta Caravaca de la

Cruz. Llegó según lo planeado, a las nueve de la mañana. Lo primero que hizo fue dirigirse a la oficina de Información y Turismo e informarse de todos los restaurantes de la población. La chica que lo atendió lo miró extrañada y Alberto puso la excusa que solía poner siempre en casos parecidos: «Es para un trabajo del colegio», le dijo sonriendo.

Afortunadamente, las leyes de *Murphy* se equivocaron; aunque sólo fuese por una vez. Alberto pensó que se suponía debía encontrar la llave de oro en el último restaurante que visitara, pero no fue así. Tropezó con la llave en el primer restaurante que entró. Pidió un café con leche y un bollo para desayunar. Mientras el camarero se lo preparaba fue al retrete. Se subió en la taza del váter y, cual fue su sorpresa, cuando metió la mano dentro de la cisterna, allí estaba. La pudo tocar con las puntas de los dedos. La llave se encontraba en el fondo del depósito de agua. La sacó rápidamente. La limpió con un trozo de papel de váter y salió hasta el mostrador del bar, donde se tomó a gusto el café con leche y un despampanante bollo de chocolate.

Una vez en la calle llamó desde una cabina telefónica a casa de Andrés y le dijo que ya tenía la llave de oro en su poder, sobre todo para que él y Juan se tranquilizaran. Andrés se alegró mucho. Alberto le informó que volvería antes de lo previsto, porque salía de inmediato de Caravaca de la Cruz y que llegaría a Osca esa misma noche. Supuso que en la estación no le pondrían impedimentos para cambiar el billete de tren.

«Podéis esperar en la estación de ferrocarril con la caja», dijo. «La abriremos allí mismo y con un poco de suerte podremos inmovilizar esta misma noche al duende de la pipa».

Alberto le cuenta lo del acoso del Menuto durante el viaje en tren y la posibilidad de encontrárselo otra vez de regreso. Andrés le aconseja que no se enfrente al duende.

«Ni se te ocurra», le dijo. «Lo mejor es que lo ignores».

Andrés le comenta que don Luis está muy grave. Que esa misma mañana lo habían ingresado en el hospital Santa Rosa de Osca. El avance de su enfermedad era imparable. Los chicos convienen la necesidad de curarlo esa misma semana, lo más tardar. Y desean que no sea demasiado tarde.

Alberto cambia el billete. El tren no sale hasta las once de la mañana, es un directo que llegará a Osca a las diez de la noche.

«Perfecto», piensa.

Aprovecha el rato que tiene, hasta la hora de salida, para visitar el Castillo y enterarse de la historia de la Cruz, que le da nombre a la villa. La Cruz de Caravaca es un "*lignum crucis*", es decir, un fragmento de la verdadera cruz en la que Jesús fue crucificado. Se conserva en un relicario con forma de cruz de doble brazo horizontal. Tiene forma y tamaño de un pectoral grande. Según la tradición perteneció al patriarca Roberto de Jerusalén, primer obispo de la Ciudad Santa una vez conquistada

a los musulmanes por la primera cruzada. Ciento treinta años más tarde, en la sexta cruzada, durante la estancia en Jerusalén del emperador Federico II, un obispo, sucesor de Roberto en el patriarcado, tenía posesión de la reliquia. Dos años después la cruz estaba milagrosamente en Caravaca.

La Santa Cruz apareció en el Castillo de Caravaca el año 1232. En aquel tiempo, reinaba Fernando III. El reino taifa de Murcia estaba regido por Ibn-Hud. Es, pues, en pleno territorio y dominación musulmana, cuando se narra el hecho.

Entre los cristianos prisioneros de los musulmanes estaba el sacerdote Ginés Pérez Chirinos. Ibn-Hud interrogó a los cautivos sobre sus respectivos oficios. El sacerdote contestó que el suyo era celebrar la misa, suscitando la curiosidad del musulmán, el cual dispuso lo necesario para presenciar dicho acto litúrgico en el salón principal del castillo. Al poco, el sacerdote se detuvo y dijo que no podía continuar por faltar en el altar el crucifijo. Y fue en ese momento cuando, por la ventana del salón, dos ángeles transportaron un "*lignum crucis*" que depositaron en el altar, y así se pudo continuar la Santa Misa. Ante la maravillosa aparición, Ibn-Hud y toda la corte se bautizaron. Después se comprobó que la cruz era del patriarca de Jerusalén. La orden militar de los Templarios fue la primera que custodió y defendió el castillo y la Cruz, después de unos años de posesión directa por las tropas castellanas.

Alberto estaba en la estación de ferrocarril de Caravaca de la Cruz a las once menos diez, custodiando la llave de oro como si fuera una reliquia. Antes de subir al *talgo* compró un bocadillo de jamón y una botella de agua de plástico en el bar de la terminal. La ventaja de viajar de día es que no vería al duende Menuto, eso pensó. Por lo poco que sabía de él, el duende no se aparecía de día.

Duerme prácticamente durante todo el viaje. Viaja sentado en un cómodo butacón con cinco pasajeros más. El paisaje es formidable. El traqueteo del vagón le ayuda a conciliar el sueño.

A las diez de la noche, según lo previsto, el tren llega a la estación de Osca. Alberto ve desde la ventana del vagón a sus dos amigos y al jefe de estación, que aunque parezca extraño, por la hora, también ha venido a recibirlo. Andrés lleva una mochila, donde ha metido el cofre de estaño.

—Buenas noches colegas —dijo Alberto mientras estrechaba las manos de sus amigos del alma—, y saludos también para usted don Pablo, me alegro mucho de verlo.

—A ver la llave —manifestó Juan nervioso y sin ni siquiera esperar, a que Alberto terminara de abrir la mochila.

—¡Mira! la traigo aquí —dijo mientras la sacaba de su macuto envuelta en un *klínex*—. No me ha costado nada encontrarla. Parece que por una vez hemos tenido

suerte, estaba en el primer restaurante que entré.

—¡Andrés, saca la caja de estaño de tu mochila! Tenemos que probar si abre —le dijo Alberto mientras desenvolvía, impaciente, la llave de su envoltorio.

—¡Esperad! —gritó don Pablo—. Entraremos en mi oficina, allí estaremos más tranquilos.

Los tres chicos acceden a la sugerencia del jefe de estación, les parece lo más lógico, aún hay pasajeros andando por el apeadero y no saben qué puede ocurrir cuando abran el cofre.

—¿No tendrás problema por la hora? —le preguntó Alberto a Juan, sabiendo que su madre se preocupaba cuando tardaba en llegar a casa.

—No, descuida —respondió— ya sabes que los sábados me deja quedarme hasta más tarde.

Entraron en el interior de la estación y accedieron al despacho del jefe. La puerta todavía tenía una de esas llaves enormes, antiguas y pesadas. Don Pablo la extrajo de un arnés que pendía de su cinturón. Una vez en el interior observaron algo impresionante, lo que parecía desde el exterior como una mugrienta y sucia habitación, desde dentro era totalmente diferente. Se toparon con una biblioteca digna de un filósofo, la estancia estaba llena de estanterías de madera oscura, y éstas a su vez saturadas de libros. Una extensa cantidad de ellos inundaban todos los rincones del cuarto. En el centro una mesa antigua con tres figuras de piedra encima, tres guerreros. Los chicos se quedaron alelados, mirando las figuras.

—¡Son preciosas! ¿Verdad? —afirmó el jefe de estación—. La de la izquierda —indicó mientras la señalaba—, es un soldado romano, representa a un pretoriano de la guardia de Trajano, primer emperador de origen hispano. Los soldados de la guardia del emperador eran los encargados de su custodia, algo así como su escolta personal. La del centro —dijo mientras le ponía el dedo encima—, es un soldado medieval, de la época del Cid Campeador, sobre el año 1100, aproximadamente, representa a un caballero, es decir, un guerrero a caballo, que servía al rey o a otro señor feudal como contrapartida habitual por la tenencia de una parcela de tierra, aunque también por dinero o como tropa mercenaria. El caballero era por lo general un hombre de noble cuna que, habiendo servido como paje y escudero, era luego ceremonialmente ascendido por sus superiores. Durante la ceremonia el aspirante solía prestar juramento de ser valiente, leal y cortés, así como proteger a los indefensos. Y por último —dijo poniendo el dedo encima—, mi preferida, un caballero templario del mil doscientos, más o menos. Sus orígenes son misteriosos y oscuros, pero lo que es cierto es que surgieron para custodiar o proteger algo.

—¿Qué? —preguntó Juan atraído por la magnífica charla de don Pablo y sin dejar de mirar las figuras de piedra.

—No se sabe con certeza —respondió don Pablo mientras colocaba bien las

figuras, haciendo que estuvieran equidistantes unas de otra—. Pero una de las hipótesis establece que fue para proteger el Santo Grial.

—¡El Santo Grial! —exclamaron los tres, unánimemente.

—Sí —asintió el jefe de estación—, el legendario recipiente sagrado, también identificado como el cáliz de la Eucaristía o la patena del Cordero Pascual. Se dice que los caballeros templarios fueron los encargados de su guardia y conservación.

—¿Qué es una patena? —preguntó Alberto, ignorando el significado de la palabra.

—Es el platillo de metal, —explicó don Pablo— generalmente de oro o plata, donde se ponen las hostias consagradas de la Eucaristía durante la misa. De ahí, viene la famosa frase, que supongo habréis oído alguna vez "limpio como una patena", que significa que algo está muy aseado o muy pulcro.

—¿Qué es eso? —dijo Andrés, señalando un extraño escudo colgado en la pared que había enfrente de la puerta de entrada.

—Es una copia, de las doce que existen en el mundo, de un escudo llamado "*ancila*". Se dice que durante el reinado de Numa Pompilio, segundo rey de Roma que gobernó entre los años 700 y 600 antes de Cristo, cayó del cielo un extraño escudo de bronce, que los romanos tomaron por un regalo de los dioses. El obsequio interesó tanto al rey que, seguramente por temor a que alguien quisiera apoderarse de él, ordenó forjar once copias y además constituyó una sociedad secreta de doce sacerdotes, llamados Salios, para custodiarlos.

—Pero, esto es una reliquia, al igual que las figuras de piedra que hay sobre el escritorio —clamó Alberto como ferviente admirador de este tipo de antigüedades—. ¿No es inseguro que permanezcan aquí, en la taquilla de la estación de Osca? Alguien podría robarlos y venderlos a algún coleccionista sin escrúpulos.

—Para que ocurra eso, amigo Alberto —aseveró don Pablo mientras quitaba un rastro de polvo de la parte de abajo del escudo—, es necesario que los supuestos ladrones supiesen de la existencia de estas joyas y que las mismas están aquí. Nadie, excepto vosotros, conoce el paradero de estas piezas históricas. Y espero que así siga siendo, es decir, que guardéis el secreto.

Los tres asintieron con la cabeza.

El jefe de estación despejó parte de la mesa donde se encontraban las tres figuras de piedra, haciendo sitio para colocar el cofre de estaño conteniendo la rana alada de bronce. Con enorme miramiento apartó una a una las figuras, arrinconándolas hasta la parte trasera del escritorio. Andrés extrajo la caja de su mochila con mucho cuidado y la depositó sobre un mantel de tela que previamente había puesto don Pablo.

—¡Bien muchachos, apretad los puños! —dijo mientras miraba a través de la ventana para cerciorarse de que nadie los estaba espiando—, y espero que dentro del arcón haya lo que tiene que haber.

El jefe de estación cogió la llave de oro de la mano de Alberto y lentamente la introdujo en el candado del cofre. Intentó girar la llave, pero no pudo. El cerrojo rotaba al mismo tiempo que la llave.

—Tranquilos —dijo abriendo uno de los tres cajones del escritorio—. Hace mucho tiempo que no se abre y es posible que necesite un poco de grasa de armas.

Del cajón sacó un bote de aceite y roció abundantemente el cerrojo. Introdujo la llave de nuevo y volvió a probar con la mano derecha, mientras que con la mano izquierda sujetaba fuertemente el candado para evitar que girara en el mismo sentido de la llave. Los tres chicos permanecían inmóviles, estupefactos, pendientes de cada movimiento de don Pablo. De repente la llave empezó a girar hasta completar una vuelta completa. El jefe de estación dio un pequeño golpe con la mano y la argolla del cierre se desplazó hacia arriba, quedando la caja abierta. Don Pablo puso tres dedos dentro y sacó del cofre una figura, del tamaño de un puño, de una preciosa rana alada de bronce. La dejó sobre la mesa, al lado de los guerreros de piedra.

Todos se quedaron durante unos segundos callados, atónitos y perplejos. No dijeron nada, sólo miraban al batracio que tanto había costado rescatar de su celda de estaño.

—¡Bien! Esta noche podríamos probar a quitarle la pipa de madera de brezo a ese duende. ¿No os parece? —anunció don Pablo mientras pasaba un paño húmedo por la cabeza de la rana.

—Me parece bien —declaró Andrés, mirando a sus dos amigos—. ¿Por qué esperar? Si podemos hacerlo hoy, ¿No, Juan? —dijo esperando una respuesta.

—Aguantaré la bronca por llegar tarde, pero esto no me lo pierdo por nada del mundo —respondió Juan mientras señalaba la rana con alas.

—¡Esperad aquí! Voy a buscar un poco de comida para los cuatro —dijo el jefe de estación—. A las doce en punto viene un tren mercancías de la capital y hará una parada de dos minutos, pero no subirá ni bajará nadie. El Menuto hará acto de presencia.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Juan tartamudeando.

—Porque siempre que ha venido ese tren especial —respondió don Pablo sin dejar de mirar la estación por la ventana de su despacho—, he visto la figura del duende en el andén. No me preguntéis porqué, pero os puedo asegurar que es así. A las doce, cuando llegue el tren, saldremos a esperar al Menuto, y no es recomendable hacerlo con el estómago vacío.

Don Pablo salió del despacho y subió por unas escaleras del interior de la sala de espera. Arriba había una vivienda que pertenecía a los ferrocarriles y que utilizaban los empleados de la estación.

En unos minutos, que los tres chicos permanecieron abstraídos mirando la rana, volvió don Pablo con varios bocadillos y unas latas de refrescos. Los cuatro se

sentaron a comer alrededor de las figuras de piedra y repusieron fuerzas para la noche. Todos presentían que no iba a ser nada fácil quitarle la pipa al duende.

—¿Quién le quitará la pipa? —preguntó bastante asustado Juan y limpiándose una gota de sudor que le resbalaba por la cara.

—Habrà que echarlo a suertes —manifestó Andrés hurgando en su bolsillo en busca de una moneda.

—Tranquilizaros —aconsejó don Pablo—. Habrá trabajo para todos. Yo no estoy en condiciones de correr, así que en poco os ayudaré, pero debo aconsejaros sobre la manera de obrar esta noche. Para que el duende quede petrificado tiene que estar en contacto con la rana alada. Ha de ser de forma directa, es decir, en algún momento debe rozar alguna parte de su cuerpo.

—¿Cuál es el sortilegio? —preguntó Andrés—. Siempre hay que decir algunas palabras para que estas cosas hagan efecto.

—Eso sólo ocurre en las películas y en los cuentos —respondió el jefe de estación.

Don Pablo sacó una cuerda del bolsillo de su chaqueta.

—El efecto deseado lo conseguiréis tocando con la figura de la rana alguna parte del cuerpo del duende, pero... ¡ajo! No tiene que ser ropa ni atuendos, sólo partes físicas del Menuto.

—¿La cara? —interrogó Juan visiblemente aterrorizado y sin dejar de tartamudear.

—Sí, por ejemplo —respondió don Pablo mientras hacía un nudo corredero en la cuerda—. O las manos, quizá sería más fácil. Los Menutos son unos duendes muy caprichosos, de hecho la pipa del abuelo de Andrés la cogió por gusto. Son, por así decirlo, unos cleptómanos. Envolveré la figura en un papel de regalo y ataré una cuerda para darle más efectividad. Lo dejaré sobre el andén, para que crea que ha sido un descuido de algún pasajero. Los Menutos no son muy listos, en eso se parecen a los ogros.

Los tres chicos se miraron, pensando que don Pablo les tomaba el pelo. Estaban empezando a creer que quizá el jefe de estación era un pobre loco y que todo el asunto del duende fueron alucinaciones. De todas formas, había que probarlo.

—Cuando coja el supuesto regalo —siguió explicando don Pablo—, y quite el papel, tocará con sus manos la rana y se quedará petrificado.

—Parece un plan sencillo —manifestó Andrés.

Los chicos miraron a don Pablo mientras empapelaba la figura.

—Bueno, tiene algún pequeño problema —dijo con cara enojada y sin dejar de envolver el cofre.

—¿Cómo cuánto de pequeño es ese problema? —preguntó Alberto, oliéndose que no era tan fácil lo que intentaba hacer.

—Pues que la inmovilidad del duende Menuto tan sólo dura siete segundos —respondió don Pablo, con la caja de estaño completamente enrollada y acordonada.

—¡Siete segundos! —exclamaron los tres a la vez—, pero es prácticamente imposible quitarle la pipa de las manos en tan poco tiempo —objetó Juan.

—Hay que tener en cuenta —dijo Andrés— que si la tiene agarrada, al petrificarse será más difícil arrebatársela. Sus enormes manos se convertirán durante ese tiempo en unas zarpas rígidas de las que no podremos arrancar la pipa.

—¡No desanimaros! —replicó don Pablo—, las apariciones del Menuto siempre son en el margen del andén y afortunadamente el que tiene la estación de Osca no es muy grande, por lo que debéis distribuiros de manera que abarquéis todo el trozo de una punta a otra. En cuanto abra el regalo trampa, corréis en su dirección. El primero que llegue, que le despoje de la pipa y huya en sentido a la estación, al interior de la misma, donde está la sala de espera.

—Pero, cuando hayan pasado los siete segundos, se precipitará tras nosotros colérico, y nos dijeron una vez que los Menutos pueden llegar a ser muy malos si están enfurecidos —afirmó Juan, amedrentado como nunca lo había visto.

—No entrará en la sala de espera de la estación —afirmó don Pablo, seguro de sí mismo.

—¿Y por qué no lo hará? —preguntó Alberto incrédulo.

—Porque dentro de la estación, donde se venden los billetes, hay otro Menuto. Y por normas de cortesía entre ellos, no puede haber dos en la misma sala —respondió don Pablo para acabar de atemorizar más a los chicos.

Ahora si que estaban listos. No sabía si don Pablo les contaba eso para tranquilizarlos o para meterles más miedo encima. El caso es que debían fiarse de él y creer en la versión que les había relatado. Si llevaba treinta años de jefe de estación y decía que en el interior de la misma había otro duende, sería porque era verdad. De todas formas, el plan que les contó el jefe de estación, era el único viable para conseguir desposeer al duende de la pipa de madera de brezo.

Sonó un teléfono. Andrés y Alberto miraron a Juan, que sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta.

—¡Sí mama! —respondió no sin cierta incomodidad—. ¡Ya lo sé! pero es que estoy con Andrés y Alberto en el parque de Osca. No te preocupes, hay mucha gente y está bien iluminado. ¡Vale! enseguida iré para casa. ¡Un beso!

Colgó y guardó el móvil otra vez, no sin antes apagarlo.

—En cuanto tengamos la pipa me voy a casa —dijo comprobando que había desconectado correctamente el teléfono.

Don Pablo era una persona realmente extraña. Su aspecto, el de un abuelo huraño y solitario, no tenía nada que ver con su verdadera personalidad: un hombre culto y amante de lo antiguo. Después de haber visto su despacho, los chicos comprendieron

quién era realmente. Viudo desde hacía años, dedicó sus largos ratos libres a instruirse. Sólo había que oírlo hablar para darse cuenta de su nivel cultural. Mientras esperaban en el apeadero la aparición del duende Menuto, narró, con enorme maestría, leyendas y tradiciones sobre seres increíbles, no sabían si eran ciertas, pero a los chicos les gustó escucharlas. Les habló de los *Rudimes*, los seres con menos evolución que hay en toda la escala astral. Escaseaban de inteligencia y conciencia. Trabajaban en grupos abundantes y se movían constantemente, logrando con su movimiento aumentar la frecuencia vibratoria de los vegetales. Cuando vemos moverse hojas de un árbol, sin apenas sentir el viento, son los Rudimes quien lo hacen, les dijo. Les contó cosas sobre los Elfos, éstos trabajan alejados del hombre, generalmente en los claros de bosques o montañas. Modelan sus propios cuerpos de acuerdo al poder adquirido, y es un orgullo para ellos los grados de hermosura que van logrando, ya que esto es producto de su trabajo. En el tiempo que transcurren en el plano astral se transforman en Hadas, que ya pertenecen al plano mental. También les detalló aspectos de los Unites, Menutos, Gnomos y Duendes. La espera se hizo más amena, disfrutaron como nunca con las historias del jefe de estación y su peculiar manera de contarlas.

A las doce de la noche en punto llegó el tren mercancías de la capital. Sentados en un banco de madera de la estación, con los ojos bien abiertos, no perdieron detalle alguno de lo que ocurría en el andén. El tren se detuvo dos minutos, soltando una enorme humareda que empañó los cristales de la estación. Pasado ese tiempo retomó la marcha hacia el siguiente pueblo.

Pasaron unos veinte minutos desde que el tren mercancías abandonó la estación de Osca, pero a los chicos les pareció dos horas. En medio del apeadero estaba el paquete que dejó don Pablo.

Andrés se había posicionado al principio de la estación, donde estaban las escaleras de acceso.

Juan, el más lento de los tres, estaba en la otra esquina, donde la máquina de refrescos. Sudaba una barbaridad, a pesar del frío intenso que hacía a esas horas.

Alberto se situó en medio, justo al lado de la puerta de acceso a la sala de espera, entre los dos Menutos, el que estaba en el andén y el que se encontraba dentro.

De las vías del tren surgió una sombra alargada, que se iba arrastrando, lentamente, hasta el regalo trampa. Alberto pudo oír desde su posición el castaño de los dientes de Juan. Bruxismo, el habito persistente de frotamiento dental, le ocurría cuando pasaba por situaciones de estrés, como en la época de exámenes.

El duende empezó a materializarse justo al lado del cofre. Lo hacía como en las películas de ciencia ficción, desde el suelo hacia arriba. Primero se formó la sombra, que se iba alargando y luego se rellenaba con la silueta del Menuto. Finalmente se

personificó su figura por completo. Era un espectáculo aterrador.

«Que no me fallen los músculos, que no me fallen los músculos», repitió Alberto para sus adentros varias veces.

Como predijo don Pablo, el duende se agachó y recogió la caja del suelo. Lo hizo pausadamente, sin prisa. La pierna derecha de Alberto le temblaba como si estuviera bailando ella sola. A pesar del frío intenso que hacía, le resbalaba una gota de sudor por la mejilla izquierda, corría hasta el cuello donde logró detenerla con el dorso de su mano. El Menuto empezaba a destapar el paquete, estaba quitando la cuerda que lo rodeaba. Alberto miró a Juan y también a Andrés, aunque no distinguía sus rostros, veía las sombras dentro de los huecos de la pared. Se dio cuenta de que él era el que estaba más próximo al Menuto. Si el duende abría el paquete tendría que correr, cogerlo y meterse, lo más veloz que pudiera, dentro de la sala de espera de la estación. Y aunque era presa de un miedo espantoso, lo tenía que conseguir. Debía creer a don Pablo y pensar que el duende no le seguiría hasta dentro de la estación.

El Menuto ya había desecho el sencillo nudo del cordel y estaba empezando a arrancar el papel de periódico que lo envolvía. Ya estaba. Después tocó la rana. La cogió con las manos y ¡Ostras! ¡se había quedado petrificado! Era como si se hubiese convertido en una enorme y alargada estatua de piedra. Su rostro quedó resquebrajado en líneas onduladas. Asemejaba una figura de mármol. Alberto se precipitó hasta llegar delante de él. No quería mirarlo directamente a la cara. Sin tiempo que perder le arrancó la pipa de la mano y entró, lo más raudo que era capaz, dentro de la estación. Siguió corriendo hasta la taquilla. Se escondió en el rincón donde estaba el cartel anunciando las idas y venidas de los trenes. No se movió. Y esperó...

Pasaron unos segundos. El calor dentro del local era insoportable, le costaba respirar. Estaba agachado en uno de los rincones y notó los pantalones vaqueros pegados a las piernas. La sombra prolongada del duende inundaba toda la sala, se había oscurecido de repente, casi no entraba luz del andén. ¡No pasará! Pensó mientras miraba en el interior de la sala de espera esperando ver aparecer al otro Menuto. El duende del andén empezó a entrar. Había puesto un pie en la primera baldosa agrietada, donde estaba la báscula antigua de pesar, crujió con un ruido característico. Don Pablo no estaba en lo cierto, el otro Menuto no hacía acto de presencia. El terror le embargó. Gritó. ¡Andrés, Juan! ¡Socorro! El duende seguía avanzando hacia su posición. Alberto no quería mirarlo, no debía mirarlo. Sólo veía sus enormes botas. Se oyó el ruido de unas campanillas. El Menuto se quedó parado, retrocedió. ¿Qué ocurre? ¿Dónde están Juan, Andrés y don Pablo? Seguía oyendo el tintineo. El duende se había vuelto transparente, parecía como si se difuminara. Estaba desapareciendo por momentos. Su aureola se marchó por la puerta de entrada. La sala se iluminó un instante con una luz azulada, para desaparecer seguidamente.

—Se ha desvanecido, ya no está —dijo el jefe de estación desde la entrada a la sala de espera.

—Pero... ¿Dónde estabais todos? ¡Ese monstruo casi me come! —gritó Alberto desde el rincón de la sala, sin apenas poder moverse por el miedo.

El chico tenía la camisa impregnada en sudor.

—Os mentí respecto al segundo Menuto, no existe —declaró don Pablo—. Lo hice para que no os echarais atrás. La mejor forma que se me ocurrió para detenerlo fue usando las campanillas. Al igual que el diablo, no pueden soportar su sonsonete, les irrita.

—Me lo podía haber dicho —le dijo Alberto mientras miraba la pipa de madera de brezo que sostenía en su temblorosa mano—. Lo hubiéramos hecho todo igual, pero con la tranquilidad de saber que estaba controlada la ira del duende.

—Es posible, pero si te hubiera dicho que corrieras hasta el interior de la estación y que te esperaras hasta que agitara unas campanillas, para que el Menuto huyera despavorido ¿Me hubieras hecho caso? —preguntó don Pablo.

—No lo sé. De cualquier forma tenemos lo que queríamos —dijo Alberto mientras miraba a Juan y Andrés, que seguían con los rostros desencajados en la entrada de la taquilla.

Lo importante era que por fin habían conseguido la pipa de madera de Benjamín, el abuelo de Andrés. Los chicos se fueron a casa excitados por todo lo ocurrido. Ese fin de semana descansarían y planificarían la salida a Belsité, para coger el lodo. Si todo iba bien el sábado siguiente subirían hasta el pantano y el domingo tendrían el barro para poder sanar a don Luis, el profesor de historia.

Planearon, que en caso de recoger el lodo con éxito, lo almacenarían en una nevera en casa de Andrés. Éste tenía una cámara frigorífica enorme en el garaje de su casa, donde sus padres guardaban la carne.

Durante toda la semana los chicos no pensaron en otra cosa. Cada día, cuando entraban al colegio hablaban del asunto. Por las tardes, después de las clases, se iban al parque y el tema, siempre era el mismo: el lodo mágico. Se había convertido en una obsesión, pero estaban muy cerca de conseguirlo, sólo les faltaba el barro de las charcas de Belsité.



—17—

Belsité

Sábado 21 de noviembre.

Eran las nueve y media de la noche del sábado y los tres amigos y don Pablo

estaban en la estación de ferrocarril de Osca. Esperaban el tren que les llevaría hasta Guísar. Tenían las bicicletas. Portaban las mochilas con provisiones suficientes para dos días, a pesar de que sólo estarían uno, pero más valía prevenir que lamentar. Andrés llevaba en su macuto la pipa de madera de brezo de su abuelo y arrebatada al Menuto. Alberto llevaba su cantimplora metálica, para llenarla con lodo de las pozas de Belsité, era la misma que utilizó la última vez que subieron allí y aún no la había lavado y no creía que pudiera hacerlo, parte del barro que contenía se había secado y se quedó enganchado en las paredes de la cantimplora. Juan puso en su zurrón una campanilla de plata que les prestó don Pablo, por lo que pudiera pasar. También portaban chubasqueros por si les sorprendía alguna tormenta, aunque poco frecuentes en esta época del año. Tres potentes linternas y suficientes pilas, por si las moscas, completaban el ajuar de expedición.

—No preocuparos por el duende —comentó el jefe de estación viendo la proximidad del tren—. Los Menutos no son rencorosos, no os querrá quitar la cachimba, posiblemente ni siquiera se acuerde de ella.

—Sabéis —manifiesta Andrés— cuando todo esto termine, lo mejor será devolverle la pipa al Menuto, él fue quien cedió el cuerno de alce para la boquilla y a él le corresponde en justicia poseer la pipa de brezo del abuelo Benjamín. Sanando a don Luis conseguiremos el propósito de nuestra aventura.

—Puede que tengas razón —declaró Juan tocándose la pierna que se había roto la última vez que subieron a Belsité—. No hay que tentar a la suerte. Bastante habremos hecho si conseguimos finalmente restablecer a nuestro querido profesor de historia. Sólo nos quedará lamentarnos de todas las personas que no podamos ayudar con el lodo mágico.

El tren entró en la estación. Lo hizo como siempre, chirriando las ruedas de hierro, al mismo tiempo que desprendía chispas azules y amarillas, que se estrellaban contra los raíles y desaparecían instantáneamente, como los fuegos artificiales que suben hasta el cielo y se desvanecen apresuradamente después de un estallido de colorines.

Se detuvo delante de ellos. Andrés, el más fuerte, subió las bicicletas hasta el compartimento. Juan y Alberto colocaron las mochilas al lado de los asientos.

Don Pablo se despidió de los tres chicos, como si lo hiciera de sus propios hijos. Se le desprendió una lágrima de sus ojos, que resbaló recorriendo su agrietado rostro. Hasta el Menuto hizo acto de presencia, lo pudieron observar al fondo del andén, quieto, sosegado, pacífico. Se sumó a la despedida.

Pasados diez minutos el tren empezó a andar. Salió de la estación de Osca. Por la ventana vieron a don Pablo y al lado suyo el Menuto. Los dos alzaron las manos despidiéndose de los chicos. Daba la sensación de que fuesen a hacer un viaje largo, pero en realidad sólo se iban a ir un día, si todo salía bien.

—No me gusta el cariz que está tomando esto —expresó Juan mientras se secaba el sudor de la frente—. Nos están despidiendo como si no nos fueran a ver más. ¿No os parece?

—Yo no le daría tanta importancia —respondió Andrés mientras sacaba un trozo de regaliz del bolsillo de su chaqueta—. Es normal que después de casi tres semanas hayamos cogido afecto al jefe de estación y al Menuto. Queráis o no, hemos tenido una relación muy estrecha y hoy partimos hacia la consecución de lo que iniciamos hace veinte días. Por fin veremos cumplido nuestro objetivo.

En poco menos de cuatro horas llegaron hasta la estación de Guísar. Estaba vacía, como era habitual. Allí no había jefe de estación. Les dijo don Pablo, antes de salir, que se jubiló el último jefe de estación que había y que la compañía ferroviaria no había vuelto a contratar a nadie más. En épocas de actividad lo que hacían era poner un vigilante de seguridad, encargado de controlar que todo funcionara bien en el andén. Los billetes los expedía, de forma automática, una máquina. Al lado de la misma había una pegatina con un número de teléfono, para llamar en caso de avería.

Bajaron las bicicletas del tren. Se pusieron las chaquetas, hacía más frío que en Osca. Se colocaron las mochilas y encendieron las linternas. Juan se santiguó. «Ya estamos listos para subir hasta Belsité», dijo.

Los chicos se conocían la carretera desde la última vez que estuvieron allí. Andrés iba delante, Juan en medio y Alberto el último. Circulaban por la vieja vía comarcal, lo hacían muy rápido. Llegaron hasta el túnel de la Limonera, Andrés torció a la derecha y bajaron por la pista de tierra hasta las pozas detrás de él. Procuraron no separarse en ningún momento de la marcha. Aparcaron las bicicletas en la arboleda donde las dejaron la otra vez. Aprovecharon las mismas ramas para taparlas. Quitaron las linternas de las bicicletas para llevarlas en la mano; aún quedaban muchas horas de noche.

Empezaron el ascenso por el río, dirección a las casas abandonadas, donde Juan se rompió la pierna la vez anterior. Tenían la sensación de que el recorrido lo hacían más rápido que hacía tres semanas. En un santiamén llegaron al poblado deshabitado. Tuvieron sumo cuidado de no resbalar por el terraplén donde cayó Juan. Arribaron hasta las charcas de lodo. Alberto sacó la cantimplora de la mochila. La llenó hasta arriba de lodo. Cerró bien el tapón y la volvió a meter en su macuto. Sin tiempo que perder regresaron hasta donde estaban las bicicletas. Se montaron y se dirigieron hasta la estación de Guísar. De vez en cuando miraban las sombras que los rodeaban, como si quisieran ver en ellas al duende Menuto.

«Hemos tenido mucha suerte», pensó Alberto, mientras regulaba la linterna de la bicicleta, para que alumbrara bien la carretera.

—No os parece extraño —comentó Juan cuando descendían por la carretera

dirección a la estación de Guísar.

—¿El qué? —preguntó Alberto.

—Pues al hecho —respondió Juan, tartamudeando un poco—, de que haya salido todo tan bien. ¿No os habéis percatado? No hemos tenido ningún tropiezo. ¡Demasiado sencillo! —clamó.

—Mira que eres aguafiestas —le interrumpió Andrés—. ¿Por qué tiene que salir algo mal? ¿No te parece suficiente toda la encrucijada que hemos tenido que soportar hasta llegar aquí? Creo que es justo, que siendo éste el último tramo de nuestra aventura por conseguir el lodo mágico, nos salga perfectamente y sin contratiempos. ¿Qué opináis?

—No te falta razón Andrés —respondió Juan parando un momento para beber agua de su cantimplora—, precisamente lo digo por eso. Después de todas las adversidades, me parece curioso que el recorrido haya salido tan bien. Bueno..., todavía no hemos terminado —puntualizó.

—¡No seas gafe! —le dijo Alberto, parando también para beber agua de la cantimplora de Juan, ya que la suya estaba llena de lodo.

—¿Y qué pasará luego? —cuestionó Andrés con voz pesimista.

—¿A qué te refieres? —preguntaron Juan y Alberto.

—A eso precisamente —analizó Andrés mientras chupaba un trozo de regaliz—. Supongamos que sanamos a don Luis, como tenemos previsto. Que el viejo profesor de historia se cure de esa horrible enfermedad que lo ha postrado en una silla de ruedas y que posiblemente acabará con su vida. Vamos a figurarnos que vuelve al colegio y que reanuda sus clases. ¿Qué pensarán el resto de profesores? ¿Los alumnos? ¿Los médicos del hospital? ¿No lo veis? ¡Les extrañará lo ocurrido! Esas cosas no pasan. Un enfermo que está a punto de morir solamente está cumpliendo con su destino. Los hombres no debemos de interferir en los designios de la naturaleza.

—¡Espera Andrés! —interceptó Juan—. Está bien eso que dices y hasta me parece correcto y lógico, pero si Dios quisiera evitar que sanáramos a don Luis... ¿no crees que ya lo hubiera hecho?

—¡Oíd! —interfirió Alberto en la conversación de sus dos amigos—, no sé por qué os ha dado ahora por filosofar, pero empieza a hacer demasiado frío para estar parados en medio de esta carretera hablando del sexo de los ángeles, ¿no os parece? Aún se nos va a escapar el tren de las ocho, y no sé cuando sale el siguiente. Propongo regresar a Osca, aún disponemos de toda la tarde, para decidir que hacer con el lodo mágico. Hasta mañana domingo no iremos a visitar al profesor de historia. Además..., la última decisión la tiene el propio don Luis. Es posible que no quiera curarse y lo que desee realmente sea morir. ¿No lo habéis pensado?

—Ahora filosofas tú —recriminó Juan—. Porque si don Luis no quiere curarse, ¿para qué hemos hecho todo esto?

—Porque era nuestro destino —interrumpió Andrés—. Porque teníamos que hacerlo. Hemos conseguido la panacea que sanará definitivamente a aquel que la use. El cómo la usemos depende de nosotros. En ese sentido también nos hemos convertido un poco en dioses.

—No digas esas cosas Andrés —recriminó Juan—. No nos podemos comparar con Dios, ya que Él ha permitido que encontráramos el lodo, la pipa, la rana...

—Es igual —finalizó Andrés—. Nos llevaremos el cieno con nosotros, lo guardaremos, como habíamos previsto, en la cámara frigorífica del garaje de mi casa. Atesoraré la pipa, que para eso era de mi abuelo y mañana iremos a la clínica donde está el profesor. Una vez allí, que sea él quien decida.

Al final optaron por la opción expuesta por Andrés, no valía la pena discutir más. Irían al hospital donde estaba internado don Luis. Le explicarían todo lo que habían hecho. La solución a su mal radicaba en la utilización conjunta del lodo con la boquilla de la pipa, el mes de noviembre. Es como él les dijo. Los chicos decidieron, de mutuo acuerdo, utilizar el poder del lodo con él. Se lo expondrían tal cual. Si estaba de acuerdo le rociarían con el barro de la cantimplora todo su cuerpo. En caso contrario se tendría que enfrentar a su destino. Pero de todas formas era él quien debía escoger..., no ellos.



—18—

El destino

Domingo 22 de noviembre.

Ese año era muy importante para los chicos. De pasar ese curso, el año siguiente

podrían hacer el bachillerato. Alberto estaba interesado en estudiar Artes, era lo que más le gustaba y en lo que estaba más versado. A Juan le deleitaba cultivarse en humanidades y ciencias sociales, estaba seguro de que valía para ello. Y Andrés, sin dudarle un momento, se matricularía en ciencias y tecnología, era lo suyo.

Convenía apretar en los estudios pues dentro de dos años irían a la universidad y las experiencias albergadas, durante ese año, les marcaría, pero no menos que las vividas durante otros años. La escuela era una parte muy importante de ellos mismos, pero también lo eran la familia, los amigos, los profesores. Don Luis fue la mejor persona que nunca conocieron. Los chicos no podían dejar de pensar en él. Postrado en la habitación del hospital, solo y dolorido. Soportando una terrible enfermedad que lo había reducido a una silla de ruedas. Sin posibilidad de recuperación, desahuciado por los médicos. Era injusto, pensaron. No debería sufrir tanto, ni él ni nadie.

El hospital Santa Rosa estaba situado en las afueras de Osca. Era convenientemente grande ya que tenía que dar servicio a toda la provincia. Los rescates de alta montaña se traían directamente allí, por ser el único que tenía helipuerto.

Don Luis estaba en la habitación ciento doce, en la primera planta. Cuando los chicos entraron en el hospital los saludó el vigilante de seguridad. Habían venido tantas veces a ver al profesor de historia, que eran de sobra conocidos por él.

—¡Buenas tardes chicos! —dijo el vigilante, con aire cordial—. ¡A ver al profesor! ¿Verdad? Es una pena que tenga que estar así, un hombre tan vital —se lamentó el guardia de seguridad.

—¡Buenos tardes! —dijeron los tres a la vez y sin entretenerse mucho en hablar.

El vigilante de seguridad, del hospital Santa Rosa, se llamaba Fermín. Debía tener unos treinta años. Alto, delgado, pelo muy rizado, negro y largo; lo que hacía que sobresaliera por los lados de la gorra, proporcionándole un aspecto gracioso.

—¿Qué lleváis en esa mochila? —preguntó mientras señalaba el macuto que portaba Andrés en la mano y sin soltar el cigarro que pendía de sus labios.

—¡Nada! —respondió rápidamente Juan, sin saber que esa era la peor contestación que podía dar. Un buen celador siempre debe desconfiar de ese tipo de respuestas. "Nada" significaba, precisamente, que había algo que ocultar.

—Me puedes abrir la bolsa —le dijo a Andrés mientras adoptaba una posición defensiva.— Tengo que comprobar cualquier paquete que entra en el hospital —afirmó.

Si lo hubiera pasado por el detector de metales, hubiera visto que los chicos no portaban una bomba ni nada por el estilo, sólo una inofensiva cantimplora. Sin embargo, la confianza, hizo que se saltara ese tipo de control y ahora el vigilante quería mirar la bolsa personalmente.

Andrés se descolgó la mochila de su espalda y la dejó sobre la mesa del mostrador, mirando a sus amigos con cara de asustado. El receloso guardia acechó el zurrón de Andrés, mientras Juan y Alberto permanecieron callados y expectantes. Al abrirlo, observó la cantimplora metálica. Le hizo un gesto a Andrés para que la destapara.

—¿Qué es esto? —preguntó mientras señalaba el contenido de la cantimplora.

—¡Barro! —respondió Alberto. Pensó que lo más sencillo era decir la verdad. Mentir ahora podía echarlo todo a perder—. Sólo es barro —repitió, ligeramente nervioso.

—¿Barro? —insistió el vigilante dudoso de haberlo entendido bien.

—Sí —repitió Andrés—. Es barro. Lo hemos traído a petición del profesor de historia. Quiere oler un poco de tierra mojada antes de morir.

—Es el deseo de un buen hombre —afirmó Alberto mientras tapaba la cantimplora con el tapón y agitaba el barro, para que viera el vigilante que no había nada extraño en su interior.

El celador asintió con la cabeza al mismo tiempo que les hizo una señal indicando que podían pasar. La versión aportada por Andrés le convenció.

Los chicos subieron por la escalera. Como era la primera planta no hacía falta coger el ascensor. Llegaron hasta el rellano y se dirigieron a la habitación 112. En el pasillo se cruzaron con una enfermera que apenas reparó en ellos. Por fin llegaron hasta la puerta donde estaba don Luis. La hallaron entreabierta. La empujaron un poco y accedieron al interior.

Lo encontraron acostado. Reposaba en una cama típica de hospital, con un montón de hierros debajo y palancas a los lados, con los que modificar la posición del lecho para acomodar mejor al paciente. Al lado derecho un gotero para administrar los medicamentos por vía intravenosa. Completaban el panorama un gran ventanal orientado a la carretera que venía de Guísar y un pequeño revistero lleno de libros de lectura. Al profesor ni siquiera le quedaban fuerzas para leer, su gran afición.

«Que duro debe ser no poder hacer lo que te gusta», pensó Alberto, mientras miraba al que un día fue un hombre fuerte y lleno de energía.

—Don Luis —le llamó mientras Andrés subía un poco la persiana de la habitación para que entrara la claridad del día—. Don Luis. ¿Cómo está?

—Parece que se encuentra profundamente dormido —dijo Juan.

—¡Escuchad! —dijo Andrés— ¿Y si venimos más tarde? Por lo visto el profesor está muy cansado.

—Hola chicos —gimió el profesor al despertar de su letargo—. ¡Habéis venido a verme!

—Hola profesor, no se incorpore, parece muy agotado —dijo Andrés mientras acercaba un vaso con agua hasta la mesita—. Tenga, por si quiere beber un poco —

propuso enseñándole el recipiente.

—Gracias muchacho, agradezco mucho vuestra visita, pero hoy me encuentro muy mal.

Don Luis hablaba con dificultad. No solamente tenía un aspecto realmente cansado, sino que también su voz parecía que no quisiese surgir de los pulmones.

—Tranquilo profesor —le dijo Juan—. Hemos venido a ayudarle. Todo está solucionado, tenemos la pipa de madera de brezo de Benjamín, el abuelo de Andrés. ¿Se acuerda?

—Sí, recuerdo a mi querido amigo, pronto me reuniré con él —gimoteó mientras intentaba incorporarse para sentarse en la cama.

—¡No se levante! —le recriminó Juan—. Siga acostado que estará más a gusto.

—¡Echadme una mano! Me quiero incorporar. Deseo veros bien a los tres, por última vez —suspiró mientras hizo un intento fallido de erguirse.

—Pero... ¿qué dice? —amonestó Andrés—. Si a usted le queda mucho tiempo de estar entre nosotros, precisamente de eso venimos a hablarle.

—Sí —continuó hablando Alberto—. Tenemos el barro de las pozas de Belsité, lo hemos traído en una cantimplora.

—También tenemos la pipa de brezo de mi abuelo, con la boquilla de cuerno de alce —siguió hablando Andrés—. Se la hemos quitado al duende Menuto en la estación de ferrocarril de Osca.

—Y aún estamos en el mes de noviembre —acabó de hablar Juan—. Se acuerda de lo que nos dijo, para que el conjuro funcione tienen que coincidir tres cosas, y hoy están aquí. Deje que le pongamos el barro por encima de su cuerpo. Antes de hacerlo sumergiremos la boquilla de la pipa en la cantimplora. En un instante estará usted tan sano como antes de que le hiciera presa esa horrible enfermedad.

Mientras hablaban, don Luis consiguió sentarse en la cama. Los miraba a los tres con aspecto cansado y sin perder su sonrisa bondadosa. Examinó el recipiente con barro, que Andrés había colocado encima de la mesa.

—¿Sabéis cuántos años tengo? —preguntó mientras se miraba las palmas de las dos manos.

Los tres se quedaron callados y sólo Juan hizo un gesto encogiendo los hombros, indicando que no conocía la respuesta.

—¡Tengo sesenta años! —respondió él mismo a su pregunta sin dejar de mirarse las manos—. Sesenta largos años en los que he hecho de todo. Me casé, fundé una familia. Mi mujer y mi hija murieron en un accidente de tráfico, hace ya algún tiempo. He dedicado mi vida al colegio Santa Ágata, a la educación, a vuestros padres, a vosotros. He sido un hombre muy feliz, sobre todo por haberos conocido, creo que sois unos chicos excepcionales. Lo que queréis hacer por mí, así lo demuestra. Cuando os expliqué los prodigios del lodo no pensé que quisierais usarlo

conmigo, lo hice más como una fantasía de juventud. Os vi tan ilusionados. Pero me satisface enormemente saber que lo habéis intentado. Yo ya he vivido todo lo que tenía que vivir. No se puede contravenir los designios del destino.

—Pero... ¿Qué hacemos con el lodo mágico? —preguntó Juan confundido por la decisión de don Luis—. Ese barro existe para hacer el bien. No se puede desperdiciar de esta forma.

—El lodo por si solo no hace nada. Es la combinación de tres cosas lo que consigue su utilidad —explicó don Luis recostado—. Ya sirvió un día para curarte la pierna Juan. También hace tiempo sanó a un buen hombre, el abuelo de Andrés —afirmó mientras miraba con ojos perdidos—. Pero nadie buscó conseguir esos efectos milagrosos, fue el destino y la casualidad quien lo hizo. No he querido desanimaros, pero recuerdo que el día que se curó la gangrena del pie de Benjamín, era uno de noviembre, Festividad de Todos los Santos. El mismo día que se recuperó por completo la pierna de Juan. He reflexionado mucho sobre todo esto, y he llegado a la conclusión de que, el lodo sólo funciona si es recogido el uno de noviembre, ese es el día mágico. Y otra cosa —don Luis se detuvo un instante para coger aire—, cuando mi amigo Benjamín se cayó en las charcas de Belsité, estábamos disfrutando de una lluvia de estrellas, y según creo recordar, en la historia que me contasteis vosotros, también había una estrella fugaz. Así que es más que probable que haya una estrecha relación entre esos cuatro ingredientes: uno de noviembre, boquilla de cuerno de alce, barro de Belsité y una señal del cielo que autorice el hechizo. Sólo hay dos de ellos. Lo siento chicos, necesito dormir, estoy muy cansado. Las cosas son como son y no hay que darle más vueltas.

—Pero escuche profesor... —Alberto intentó agotar los últimos cartuchos buscando convencerle— no sabemos si son necesarios los cuatro componentes, igual funciona sólo con dos.

—Es posible —argumentó el profesor con la voz cada vez más tenue—. Pero yo tengo que tomar la última decisión, como ser libre. Ya ha llegado la hora de reunirme con mi esposa y mi hija. Sólo os pido que no expliquéis lo del lodo a nadie, ni la existencia de la pipa con cuerno de alce fabricada por un Menuto. No sería bueno que Belsité se llenara de lunáticos buscando las pozas, ni que la gente dejara de usar los trenes por miedo a los duendes. La desconfianza hace a los hombres vulnerables y una persona frágil puede ser presa fácil del demonio. Es importante que nadie sepa nuestro secreto. Deshaceros del lodo, guardad la pipa y quedaros con los recuerdos de vuestra lucha por conseguir algo y la amistad perdurable que habéis forjado en vuestro empeño.

Los tres amigos permanecieron un buen rato en silencio, mirando al viejo profesor en su lecho de muerte, en la modesta habitación de un hospital. Don Luis se había quedado dormido y quizá no volvería a despertar.

Salieron los tres de la sala llorando, incluso Andrés, con lo rudo que era, soltó una enorme lágrima, que le resbaló por su mejilla hasta llegar a la comisura de su boca.

Bajaron por las escaleras hasta el rellano principal. No les apetecía contestar las incómodas preguntas del vigilante de seguridad sobre la salud del viejo profesor, así que para evitarlo, se dispusieron a salir por la sala de urgencias.

Había mucho trajín, los médicos y enfermeros no paraban de corretear por el largo pasillo. Los chicos esperaron en la entrada a que se calmara el incesante traqueteo y así no molestar al personal sanitario.

Una madre lloraba desconsolada en la sala de espera. Varios médicos intentaban, sin éxito, tranquilizarla. ¡Que venga un psicólogo! —gritaba una enfermera—. ¡Señora no se ponga nerviosa! —vociferaba un facultativo.

Permanecieron allí un rato, quietos para no perturbar el incesante movimiento de gente. Alberto aprovechó para reflexionar sobre las palabras del profesor de historia, acerca del destino. Don Luis había dado todo por sus semejantes, fue un hombre bondadoso. Enseñó a los chicos a entender el mundo que les rodea. Pero el destino no se portó de igual forma con él, le quitó la esposa y la hija en un accidente de tráfico. Le postró en una silla de ruedas. Y dejó que sus días finales fuesen un auténtico calvario en la solitaria habitación de un hospital. El precio que pagó por ser bueno no había sido equitativo.

El ruido incesante de la sala de urgencias sacó a Alberto de su introspección.

En la sala debía haber como diez habitaciones pequeñas. Cuartos tapados con cortinas, que contenían los útiles médicos necesarios para una cura de primera urgencia. El trajín era incesante. El personal no paraba de correr de un lado para otro. Había unas quince personas ataviadas con batas de color blanco y cuatro que vestían de color verde.

—Un accidente —comentó Juan susurrando—. Ha tenido que ser muy fuerte por el escándalo que están montando.

—Ya lo creo —dijo Alberto—. Están entrando muchos heridos.

—Sí —verificó Andrés—. Por la cantidad que hay tiene que haber sido por lo menos un autocar.

El vigilante irrumpió en el rincón donde se habían parado y al verlos se acercó a preguntarles.

—¿Qué hacéis aquí?

Con sus grandes manos apartó el fino visillo que apenas ocultaba a los chicos.

—Hemos venido a ayudar —se anticipó Andrés, con su agilidad mental característica.

—La mejor manera que tenéis de hacerlo... ¿sabéis cuál es? —preguntó con rostro serio, mientras observaba el movimiento incesante de camillas—. ¡No molestando! Aquí lo único que hacéis es distraer a los médicos que están haciendo su

trabajo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Juan.

—Un autobús de línea que venía de la capital —respondió amable el guardia de seguridad—, se ha salido de la calzada en una curva, posiblemente debido al mal tiempo. Llueve mucho a éstas horas en la carretera de Guísar. Todos los pasajeros han sufrido heridas de diferente consideración, la peor aquella niña de allá —mencionó, mientras señalaba uno de los cuartos donde más médicos había.

—¿Qué le sucede? —preguntaron Juan y Alberto al mismo tiempo y sin dejar de mirar hacia el pasillo donde estaban los enfermeros.

—Está prácticamente destrozada por dentro, no se puede hacer nada por ella. Sufre múltiples fracturas, no creo que sobreviva —afirmó el vigilante mientras ponía la mano en la espalda de Andrés invitando a los chicos a salir de la sala de urgencias—. La mujer que llora desconsolada es su madre.

—Pobre mujer —afirmó Juan quitándose las gafas para limpiarse el sudor de la frente con un pañuelo.

—No tiene suerte —manifestó el vigilante de seguridad—. La conozco bien desde hace tiempo, es del pueblo. El año pasado se mató su marido en una obra cuando estaba trabajando. Ella se quedó sola a cargo de su pequeña, ahora tiene tres años, es lo único que le queda en esta vida.

A la pena que sentían los chicos por el profesor, se sumó la enorme pesadumbre del destino de esa niña y de su madre.

Los tres se miraron con aire de complicidad. No hacía falta decir nada, sobraban las palabras. Ya sabían lo que tenían que hacer.

—No funcionará —dijo Andrés.

—Claro que sí. Tenemos tres de los cuatro ingredientes —dijo Alberto mientras sonreía.

—No te salen las cuentas —replicó Juan ante la atónita mirada del vigilante que no entendía nada de lo que estaban hablando.

—Sí. Cuando llené la cantimplora, aún quedaba mucho barro de la última vez, y ésta fue el uno de noviembre. ¿Os acordáis? Lo que significa que el lodo que contiene ahora, es mayoritariamente de ese día. Así que se cumple la tercera condición. ¡Hay que probarlo!

Andrés y Juan asintieron con la cabeza.

—Fermín —dijo Andrés mirando fijamente al vigilante—. ¿Confías en nosotros?

—¿Qué tramáis? —dijo mientras los miraba con cara de turbación—. ¡No me vayáis a meter en ningún lío! ¿Eh? No sé de que habláis, pero no quiero cosas raras en el hospital.

—No te preocupes —le dijo Alberto mientras le ponía la mano en su fornido hombro—. Debes fiarte de nosotros. Tienes que dejar que nos acerquemos a la niña.

No preguntes por qué, sólo ten confianza en nosotros tres.

—Estáis locos ¿Qué pretendéis? Que me echen del trabajo. ¿Para qué demonios queréis llegar hasta la niña?

Fermín gritó realmente enfurecido. Cualquier intento de aclaración, por parte de los chicos, sería del todo infructuosa. No lo entendería.

—No te lo podemos explicar —dijo Juan mientras se descolgaba la mochila de la espalda y preparándose para sacar la cantimplora con el lodo—. Sólo te pedimos que nos hagas caso. No es nada malo. Te lo aseguro.

—Ya me lo supongo, pero quiero saber de que se trata —afirmó rotundo—. Estoy en mi derecho, la seguridad de este centro depende de mí.

—Es que si te lo contamos no nos creerás —aseveró Andrés para acabar de complicar las cosas.

Casi hubiera sido mejor decirle que se lo explicarían más tarde, eso les hubiera hecho ganar tiempo para ayudar a la niña.

—Pues entonces no tiene que ser nada bueno, os tengo que pedir que abandonéis la sala de urgencias y también el hospital —aseguró el vigilante mientras les ponía la mano en la espalda, para acompañarlos por el pasillo hasta llegar a la salida principal—. Esto no es un juego y vosotros ya no sois tan críos para estas tonterías.

Los tres salieron del centro, apesadumbrados. Tenía que haber alguna forma de salvar a esa chica antes de que muriera. No podía ser, ahora que tenían la oportunidad de utilizar con justicia el lodo mágico, que por culpa de un vigilante incrédulo, no pudieran curar a la chiquilla.

—Daremos la vuelta al edificio y entraremos por urgencias —afirmó resuelto Andrés—. Desde allí queda más lejos el cuarto de la niña, pero cuando se den cuenta los médicos ya estaremos dentro.

—¿Y el vigilante? —preguntó Juan—. Si nos ve nos muele a palos.

—Mira —dijo Alberto finalmente— lo importante es salvar a la niña. Si después de eso nos echan, nos golpean o llaman a nuestros padres, ¡qué más da! Como si viene la Guardia Civil y nos encierra en el calabozo del cuartel.

—¡Tienes razón! —afirmaron Andrés y Juan al mismo tiempo.

—Lo mejor es planificarlo para que no falle nada —argumentó Andrés, siempre previsor—. Uno de nosotros tiene que distraer al vigilante de seguridad y los otros dos se han de acercar hasta el cuarto y rociar a la niña con barro todo su cuerpo. Las fracturas son muy graves, por lo que conviene empaparla totalmente de lodo.

—¡Me parece bien! —defendió el plan Juan—. ¿Quién distrae a Fermín?

—Yo creo que el más fuerte —dijo Alberto mientras miraba a Andrés.

—¡Vaya! ¿Me ha tocado? —lamentó Andrés metiéndose la camisa por dentro del pantalón y abrochándose un agujero más del cinturón.

Los tres cruzaron las manos, una encima de otra y gritaron: "Todos para uno y

uno para todos". Andrés se dirigió hacia la puerta principal de la clínica, donde estaba el vigilante. Juan y Alberto dieron la vuelta por la parte de atrás del hospital, hasta la sala de urgencias, donde todavía seguían llegando multitud de ambulancias desde el lugar del siniestro. Había dos coches de la policía nacional en la puerta de acceso.

—¿Y ahora qué? Nos detendrán antes de llegar a la sala de urgencias —dijo Juan inundado de sudor y mientras señalaba los vehículos de la policía.

—No necesariamente —replicó Alberto—. Uno de los policías es amigo de mi familia, conoce a mi padre. Intentaré hablar con él para que nos deje entrar.

—¿Y qué le dirás? —comentó Juan, escéptico por la idea que acababa de tener.

—Lo más sencillo, que uno de nuestros amigos está ahí dentro y que queremos verlo —afirmó Alberto, pensando que era lo mejor que podían hacer—. Es un buen hombre y no creo que ponga pegas para dejarnos pasar. Tu ven detrás de mí y no digas nada —le indicó a Juan.

—Hola Carlos —saludó Alberto al policía nacional, que estaba fumando un cigarro al lado de uno de los coches patrulla.

Carlos era amigo de los padres de Alberto desde antes de nacer él. Era el típico policía carroza ya que debía estar a punto de jubilarse. Exageradamente gordo y bien afeitado, lo que dejaba al descubierto una enorme papada, solía venir mucho a casa de la familia de Alberto a tomar café y su padre le hacía muchas preguntas sobre Joaquín, el novio de Rosa; aunque por celo profesional, el policía omitía responderlas.

—Hola Alberto ¡chico! ¿No te había visto? —respondió de forma muy efusiva—. ¿Qué hacéis aquí? —preguntó mientras miraba a Juan.

—Hemos venido a ver un amigo, que viajaba en el autocar siniestrado —respondió haciéndole el gesto a Juan de que se acercara hasta donde estaban ellos.

—¡Vaya por Dios! menudo accidente. Hacía tiempo que no se producía uno tan grande en Osca —comentó mientras le propinaba una fuerte calada al cigarro que sostenía en la mano—. Pues nada, nada..., pasad dentro..., y no molestéis a los médicos. Saludad a vuestro amigo y salid enseguida, hay mucho trabajo en urgencias.

—No te preocupes Carlos, sólo queremos comprobar que nuestro compañero se encuentra bien y nos marcharemos inmediatamente —le dijo Alberto para tranquilizarlo.

—¡Ok Alberto! ya le digo a los otros agentes que os dejen pasar —replicó, haciendo un gesto de aprobación a tres policías nacionales que había en la entrada de la puerta de urgencias.

Alberto y Juan accedieron al interior del Centro. Parecía que se había calmado el trajín de personal correteando de un lado para otro. Aún así seguían habiendo muchos camilleros y enfermeros deambulando por el largo pasillo. Desde esa entrada les

pillaba más lejos la niña, que desde la puerta principal, estaba en la última habitación de la sala de urgencias. Los dos caminaron por el pasillo despacio, sin fijarse en nadie y rezando para que ningún personal clínico les preguntara a donde iban. Alberto llevaba a su espalda la mochila con la cantimplora. Tenían que ir rápido; no sabían cuánto tiempo podía entretener Andrés al vigilante de seguridad.

Un policía pasó al lado de ellos, por la emisora oyeron que pedían refuerzos desde la entrada principal, al parecer había un joven que estaba peleándose con el vigilante de la puerta.

Juan y Alberto aceleraron el paso.

Llegaron hasta el cuarto de la niña, en el interior había una enfermera comprobando las constantes vitales. Una malla de tubos recorrían todo su cuerpo y una máquina ruidosa no dejaba de comprobar el latido de su corazón. Esperaron a que la enfermera saliera fuera de la estancia.

—¡Juan! —gritó Alberto, mientras sacaba la cantimplora—. ¡Sujeta la mochila mientras rocío a la niña!

Levantaron la bata que le habían puesto los médicos a la chica y dispersaron el fango por su amoratado cuerpo. Ella no se daba cuenta de nada, permanecía ajena a todo lo que estaba ocurriendo.

Volvió a entrar en el cuarto la enfermera que acababa de salir.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó mientras no le quitaba la vista de encima a la pobre niña, que yacía recubierta de barro por todo su cuerpo. ¡Seguridad! ¡Aquí!

Salieron huyendo del cuarto dirección a la puerta principal de la sala de urgencias, por donde habían entrado. «Los policías y el vigilante estarán entretenidos con Andrés», pensaron sin dejar de correr.

Alberto y Juan corrieron hacia la carretera, era la manera más rápida de desaparecer sin ser vistos del hospital. Ya era de noche y callejearon hasta cruzar las vías del tren y llegar al pueblo.

—¿Y Andrés? —preguntó Juan mientras agonizaba por la carrera que se estaban dando.

—¡Vamos a buscarlo! —le respondió Alberto, sin dejar de correr—. No le podemos dejar sólo.

Volvieron a la puerta principal del hospital. Antes de llegar pudieron observar un tumulto de gente, entre ellos Andrés deshaciéndose en explicaciones con varios policías y Fermín, el vigilante.

—¿Conoces a este chico? —le preguntó Carlos, el policía amigo de su familia.

—Sí, es un compañero del colegio. ¿Qué ocurre? —preguntó Alberto, como si no supiera nada.

—Pues no lo sabemos aún, pero parece que se ha vuelto loco —manifestó Carlos—. Hemos tenido que emplearnos a fondo para reducirlo. ¿Sabes que le sucede?

—¡Sí claro! es por el amigo del que te hable —le dijo Alberto sin que se le ocurriera una excusa mejor—. Está muy afectado y por eso se habrá puesto tan nervioso. Lo mejor es que nos lo llevemos de aquí e intentemos tranquilizarlo.

—Creo que será lo mejor —afirmó el policía—. Sacadlo del hospital y procurad que se aplaque un poco. Ya hablaré yo con el vigilante para evitar que interponga una denuncia.

Alberto y Juan cogieron del brazo a Andrés y se largaron del hospital Santa Rosa a toda prisa, sin mirar hacia atrás. Pasearon durante un buen rato. No hablaron y cuando era casi medianoche se fueron cada uno a su casa.

Alberto se dio una buena ducha y se acostó, sus padres ni siquiera le preguntaron nada al verlo tan alborotado. El chico no podía dejar de pensar, la cabeza le daba vueltas. Don Luis, la niña, el Menuto, don Pablo, Pedro, el lodo mágico, Belsité, La Hermana de Dios, la rana con alas, Caravaca de la Cruz. Le habían ocurrido tantas cosas esos últimos veinte días. Todas increíbles. Necesitaba tiempo para asimilar lo acontecido. Encendió la radio y se puso los auriculares. Escuchó las noticias locales antes de quedarse completamente dormido.



—19—

La crónica

Crónica de Osca:

Esta tarde ha sufrido un terrible accidente un autocar de pasajeros de la línea

Guísar-Osca. En el autocar viajaban cuarenta vecinos de la ciudad, de los cuales sólo hay que lamentar heridos leves y ninguna víctima mortal.

A las once de la noche ha sido dada de alta Elvira Roca, la niña de tres años que entró en el hospital en estado crítico, según el informe médico inicial, y que por causas que se desconocen contenía errores, ya que la niña sólo sufría heridas leves de escasa consideración. La caída en el barro, por una de las ventanas fracturadas del accidentado autocar, es con toda seguridad lo que amortiguó el golpe y le ha salvado la vida. La niña estaba impregnada de lodo en el momento de ser ingresada.

Cosas de la vida:

Esta noche se ha podido ver en el cielo una lluvia de estrellas fugaces. La contaminación lumínica de la ciudad, no obstante, ha reducido enormemente la visibilidad de este espectáculo maravilloso. Los expertos estudiarán el fenómeno, por ser inusual en esta época del año. Tampoco se advierte de la presencia de ningún cometa, descartando que la lluvia de meteoritos provenga del polvo de la cola de alguno.

Sociedad:

A las doce de la noche ha fallecido en el hospital Santa Rosa de nuestra ciudad, el ilustre profesor de historia, don Luis Lanaspá Justes, a la edad de sesenta años, tras un deterioro generalizado de su estado de salud a causa de una enfermedad degenerativa que arrastraba desde hacía varios años. Sus compañeros, profesores, alumnos y amigos, ruegan una oración por su alma.



Esteban Navarro Soriano nace en Moratalla (Murcia) en el año 1965. En la actualidad vive en Huesca, lugar al que se siente muy vinculado. Ha sido el organizador de dos primeras ediciones del concurso literario Policía y Cultura a nivel nacional y ha escrito numerosos artículos de prensa. En su currículum se encuentran numerosos premios literarios de relato corto. También ha recibido el I Premio de novela corta Katharsis por la novela 'El Reactor de Bering' y el I Premio del Certamen de Novela San Bartolomé - José Saramago, con la obra 'El buen padre'. Su novela 'La casa de enfrente' se situó en los primeros puestos de las listas de más vendidos de Amazon desde su publicación.